

CUADERNOS DE ETNOLOGIA
DE
GUADALAJARA

C. E. Gu., 24 (1992,4º)

24



INSTITUCION PROVINCIAL DE CULTURA
"MARQUES DE SANTILLANA"
EXCMA. DIPUTACION
GUADALAJARA



12.193

CUADERNOS DE ETNOLOGIA DE GUADALAJARA

(C.E. GU.)

es una publicación de la Sección de Etnología
de la Institución Provincial de Cultura
"Marqués de Santillana"
de la Excm. Diputación Provincial de Guadalajara.

Núm. 24 (4º trimestre de 1992).

CONSEJO DE REDACCION:

Coordinador:

D. José Ramón de los Mozos Jiménez.

Vocales:

D. José Antonio Alonso Ramos.

D. Antonio Aragonés Subero.

D. Javier Borobia Vegas.

D.^a María Teresa Butrón Viejo.

CUADERNOS DE ETNOLOGIA DE GUADALAJARA aparecerá
trimestralmente, componiendo un volumen anual de cuatro números.

Para canje, suscripción o colaboración toda correspondencia deberá
dirigirse a:

CUADERNOS DE ETNOLOGIA DE GUADALAJARA
Biblioteca de Investigadores
Complejo Educacional "Príncipe Felipe"
Paseo del Doctor Fernández Iparraguirre, 24
19003 GUADALAJARA.

El precio de suscripción anual es de 1.000 pesetas

Cuadernos de Etnología de Guadalajara
no se solidariza ni identifica necesariamente
con los juicios y opiniones
que expresan sus colaboradores,
en el uso de su libertad intelectual.

Dep. Legal: Gu - 6 - 1987
INSS 0213 - 7399 (Cuadernos de Etnología de Guadalajara).
Imp. Utrilla. C/ Boixareu Rivera, 89. Guadalajara.

CUADERNOS DE ETNOLOGIA GUADALAJARA

C.E. Gu., 24 (1992, 4º).

INDICE

	Página
ARAGONÉS SUBERO, Antonio.: "El paso del marrojo. Ritos de paso y tradiciones mágico-medicinales"	7
SÁNCHEZ MÍNGUEZ, Doroteo.: "Juegos y recreaciones de Peñalver"	61
GARCÍA LÓPEZ, Aurelio.: "Las fiestas paganas en Pastrana en los primeros años del siglo XVII"	101
VILLALBA PLAZA, Antonio.: "Romería de la Santa Cruz a Cabanillas"	109

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE GUADALAJARA

Institución Provincial de Cultura

"Marqués de Santillana"

El presente trabajo se ha desarrollado en el marco del Proyecto de Investigación "Etnografía de la cultura popular en la provincia de Guadalajara"

El presente trabajo se ha desarrollado en el marco del Proyecto de Investigación "Etnografía de la cultura popular en la provincia de Guadalajara"

El presente trabajo se ha desarrollado en el marco del Proyecto de Investigación "Etnografía de la cultura popular en la provincia de Guadalajara"

El presente trabajo se ha desarrollado en el marco del Proyecto de Investigación "Etnografía de la cultura popular en la provincia de Guadalajara"

El presente trabajo se ha desarrollado en el marco del Proyecto de Investigación "Etnografía de la cultura popular en la provincia de Guadalajara"

El presente trabajo se ha desarrollado en el marco del Proyecto de Investigación "Etnografía de la cultura popular en la provincia de Guadalajara"

El presente trabajo se ha desarrollado en el marco del Proyecto de Investigación "Etnografía de la cultura popular en la provincia de Guadalajara"

El presente trabajo se ha desarrollado en el marco del Proyecto de Investigación "Etnografía de la cultura popular en la provincia de Guadalajara"

El presente trabajo se ha desarrollado en el marco del Proyecto de Investigación "Etnografía de la cultura popular en la provincia de Guadalajara"

El presente trabajo se ha desarrollado en el marco del Proyecto de Investigación "Etnografía de la cultura popular en la provincia de Guadalajara"

El presente trabajo se ha desarrollado en el marco del Proyecto de Investigación "Etnografía de la cultura popular en la provincia de Guadalajara"

El presente trabajo se ha desarrollado en el marco del Proyecto de Investigación "Etnografía de la cultura popular en la provincia de Guadalajara"

EL PASO DEL MAROJO. RITOS DE PASO Y TRADICIONES MÁGICO-MEDICINALES

Antonio Aragonés Subero

INTROITO

Cuando inicié este trabajo, pensé simplemente en su contenido noticiable y en todo caso, en su posible ampliación como reportaje periodístico, pero dado que el tema era atrayente para cualquier interesado por la Etnología, y contando con una biblioteca a mano, fui añadiendo fichas a las notas de campo, hasta lograr un fárrago susceptible de ser publicado.

Si algún éxito pudiera caberme, será gracias al Dr. Enrique Borobio que me acompañó como testigo de excepción en el acto ritual del *Paso del Marajo* de San Andrés del Rey; a sus “pasadores” o padrinos, y a las muchas personas que con sencillez y espontaneidad me hicieron partícipe de su conocimiento del tema. También me ayudaron desde el Infinito lugar en que se encuentran D. Valentín Rodríguez Alonso, médico que fue de Yélamos de Abajo, del que aprendí como debe uno relacionarse con la población rural y del ilustre biólogo D. Emilio Guinea López, mi profesor de Ciencias Naturales en el Instituto de Segunda Enseñanza de Guadalajara, que me enseñó a amar la naturaleza. A todos estoy agradecido por su saber impartido, que he incorporado a mi libro, como igualmente he incorporado datos de una extensa bibliografía.

El *Paso del Marajo*, milenario rito comprende capítulos que compendian la descripción del escenario y sus protagonistas, el solsticio de verano, el ritual dentro y fuera de España, el culto arbóreo, magia, canciones, refranes, topónimos, etc., y el

valiosísimo testimonio de las fotografías tomadas en el momento de ejecutarse el paso.

¡Quién podía suponer que por madrugar aquella mañana de San Juan, tuviera pasado el tiempo, que dedicar muchos días más al estudio de un hecho aparentemente intrascendente como el Paso del Marojo, cuyo contenido no es ni mas ni menos que un rito ancestral de origen indoeuropeo que pervive en plena Alcarria, en San Andrés del Rey!

Es el *Paso del Marojo* una de las mas puras reliquias mágico-medicinales-curativas de raíz indoeuropea, que como otras muchas se realiza desde que el hombre tuvo necesidad de creer, temer, y esperar “algo de seres superiores”. Pero lo verdaderamente curioso es que en plena era nuclear cuando la medicina ha llegado a sus cotas más altas con el uso del laser, la onda corta, la microcirugía y otras avanzadísimas técnicas operatorias, un residuo cultural que llega según el historiador L. Pericot García, hace ya entre los 25.000 y 50.000 años desde Asia al occidente de Europa, portando “una magia que señorea en sus ceremonias y ritos”, emplazándose desde finales del segundo milenio a J.C., merced a portadores de pueblos germanos en zonas ibéricas, entre las que ha pervivido la del ceremonial de San Andrés del Rey.

Este *Paso del Marojo* no es otra cosa que la curación mágica de la hernia inguinal infantil de acuerdo con un culto que describimos literaria y fotográficamente por ser una muy interesante reliquia arqueológica que muestra la práctica conexión simpática entre el roble rajado y el niño herniado, prodigio mágico arbóreo que se efectúa al salir el sol por el horizonte el día de San Juan cuando unos padrinos o pasadores llamados Juan y María cumplen con el ancestral modo de “sanar potras” sabiendo no estar en posesión de poderes especiales ni contar con la gracia ni el don de Dios, y sí poseer total fe en la magia del marojo:

“Juan y María por leña van; lunes parten y martes llegarán; miércoles cargan, jueves huelgan, viernes vienen y sábado están. Y el domingo a misa van”.

De igual forma, el número tres que está presente en el ritual del paso, tiene un simbolismo indicativo de la bondad, la beneficencia y la prosperidad. Muchos son los tríos conocidos: tres las personas de la Santísima Trinidad; tres los ángeles viajeros que visitan a Abraham y Sara; tres las Gracias hijas de Zeus, personalizadoras de la belleza; tres los Reyes Magos de la tradición...

Las curaciones a través del *Paso de Marojo* se basan en la magia simpática apoyándose en el viejo aforismo latino “*simila similibus curantur*” (1).

(1) Lo semejante cura lo semejante.

A lo largo y ancho de este mosaico de descripciones, citas y estudios sobre cultos al árbol, encontramos que el primer condicionamiento a cumplir es la fecha del día de San Juan, en su amanecer coincidente con el solsticio de verano, cuando más propiciamente se manifiestan las curaciones, y que a otros muchos sucesos extraordinarios une el ser la época tope al decir de los labradores alcarreños, “en que se ahorcan todas las orugas de los frutales”.

He puesto gran interés en buscar remotos paralelos del ceremonial del *Paso de Marajo*, y sus coincidencias aparecen con frecuencia en fechas, horas y árboles, padrinos, pasadores, texto del recitado, etc. De forma tangencial también existen analogías con otros ritos de curaciones mágicas en las que el actor se presenta como agua, rocío, hogueras, aceite bendito, baños, oraciones, etc.

En este estudio puede observarse que además de la protección solicitada del árbol, destaca la idolatría ofrecida, en especial al “quercus” (2), ya sea encina o roble, árboles a los que desde siempre se procuró proteger, como puede confirmarse por textos legislativos antiguos, como el Fuero de Zorita:

“De aquel que encina o rebollo taiare”.- Todo aquel que encina o rebollo taiare, por los glandes peche un maravedí”.

(2) Quercus.- El roble y la encina pertenecen a la misma familia botánica quercus. Dentro de ella tenemos a los ya citados, mas el rebollo, cajiço, quejigo, quejigueta, melajo, marajo, mata, alcornoque y roble albar con sus variantes borne, carrasqueño, negro, negral, chaparro, y villano, recibiendo el nombre de péñol en Cataluña, aritz-zorí en Vasconia y alvarinho en Galicia, y hasta seiscientos nombres mas repartidos por los cinco continentes. En Molina de Aragón al marajo se le conoce por coscoja. El marajo es un quercus de hoja caduca mas grande que la perenne. El marajo o melajo es, según Emilio Guinea, un árbol de la familia de las fagáceas, semejante al roble albar con raíces profundas y acompañadas de otras superficiales de las que nacen muchos brotes; tronco irregular y bajo, copa ancha, hojas aovadas unidas al peciolo por su parte mas estrecha, vellosas en el envés y con pelos en el haz, y bellota solitaria o en grupos de dos a cuatro. Su nombre deriva del latin Malum felium (hoja mala). Se integra en la familia quercoidae; subgénero lepidanulus; sus nombres vulgares son: roble; roble tocío en Santander; roble negro en Asturias; sapiego en Asturias; rebollo en ambas Castillas, Extremadura y Andalucía; roura en Cataluña; carvallo negro en Galicia; tarúa en Vascongadas; melajo en Avila, Segovia y Cuenca, y finalmente marajo en algunas zonas de Cuenca y Guadalajara.

R.Graves en “La Diosa Blanca” en su capítulo “La Batalla de los Arboles” dedica el canto siguiente al roble glosando su importancia:

*“Con el pisar rápido del roble
Cielo y Tierra retumban,
“Recio guardian de la Puerta”
es su nombre en todas las lenguas”*

Guadalajara tiene varios topónimos del roble entre los que figuran Robledo: alquería del partido de Tamajón; Roblelacasa, del municipio de Campillo de Ranas; Robleluengo, aldea del termino de Campillo de Ranas; Robredarcas lugar del partido de Atienza; Robledo de Corpes, ayuntamiento del partido de Atienza.

Aunque hemos encontrado abundantes referencias bibliográficas sobre el rito de paso en España y el extranjero con diversas variaciones en la utilización de distintos árboles, apenas se encuentran citas del *Paso del Marojo* de San Andrés del Rey, por lo que aprovechamos para transcribir la que con rotundidad castellana recoge Epifanio Herranz Palazuelos en su *Romancero Mariano de Ayer y de Hoy* y cuya autoría adjudica a un “Merencio” desconocido.

... “*Del monte en el marojo
las hernias todas se curan,
la mañana de San Juan
cual remedio celestial*”...

Este “portento” curativo se sitúa en fecha y hora fija del lugar conocido como “El Marojo”, pago del Alto de la Cruz, a una altura s.n.m. de 1053 metros en plena zona de alcarrias, del Monte de la Hiruela (3) término municipal de San Andrés del Rey.

Tuve como elementos bibliográficos básicos para el estudio del *Paso del Marojo*, *La Rama Dorada* que analiza comparativamente las creencias, mitos y supersticiones de los pueblos primitivos, y el “*Folklore en el Antiguo Testamento*”, obras ambas de James George Frazer, el gran etnógrafo e historiador irlandés (1854-1941); *La Diosa Blanca*, conocida en la antigua Grecia por Lucotea, la madre de los centauros nacidos de los amores de Isión y de una nube a la que Zeus dio forma de Hera (4) y que fue adorada a su vez por los latinos. “*La Diosa Blanca*” es el gran texto de la pormenorizada e ideal reconstrucción del ceremonial mágico popular procedente del Asia Central que arrinconó

(3) HIRUELA.- En España existen gran número de topónimos con este nombre, escrito unas veces con hache y otras sin ella, que hemos tratado de desentrañar y que siempre aparece oscuro y misterioso. En Guadalajara tenemos Hiruela Vieja, caserío del partido de Tamajón, término de Peñalba de la Sierra; Caserío de la Hiruela en el término de Semillas; un camino de la Iruela en el término municipal de Tordellego y un Prado de la Hiruela en el municipio de Somolinos. Recordamos en otras provincias: Iruela en León; Iruela en Jaén; Garganta de las Iruelas en Avila; Iruelas del Camino en Salamanca; las Hiruelas en Salamanca; la Hiruela en Madrid; Barrio de la Hiruela en Soria capital; Hiruela, pago valenciano; las Iruelas finca del término de Retuerta del Bullaque provincia de Ciudad Real. También existen apellidos Iruela, como el que encontramos en el expediente eclesial del matrimonio celebrado en 1.830 entre Alfonsa Iruela, natural de Uceda y Angel Bravo. En Cuanto a su significado en el pueblo de la Hiruela de Madrid se nos dice que debe su nombre a “haberlo tomado del terreno en que se fundó”; en los alrededores del Pico Ocejón se nos ha dicho que significa “roble gordo” o “roble fuerte”. Clemente Saenz Ridruejo, ingeniero de caminos, geólogo e historiador tiene censados mas de 20 topónimos Hiruela en zonas rústicas o los define como “monte menor adosado a un monte mayor”. Menendez Pidal en “*Orígenes del Español*”, capítulo 36 que estudia la “Pérdida de la o-u final entre los mozárabes” pag 180, apartado 5, señala la antigüedad y arraigo del apócope iel-el, uel-ol, ok-ek etc referidas a topónimos y antropónimos españoles, citando entre los de Castilla el de areola, de la que derivan cruela y mas tarde iruela, y cuya etimología no está suficientemente definida por el momento. Por diversos estudios de Miguel Asin Palacios y de Rafael Lapesa sabemos que los sufijos ea, el ela, eran, son diminutivos.

(4) HERA.- Diosa suprema entre los olímpicos. Era hija de Crono y de Rea. Casó con Zeus y su principal que hacer fue proteger a las mujeres casadas de la infidelidades de sus esposos...

los mitos heredados del Paleolítico, que analiza Robert Graves, el inminente estudioso y escritor inglés tan ligado a España; fueron también base de este trabajo todas las obras que sobre botánica escribió D. Emilio Guinea López, mi profesor de Ciencias Naturales durante el Bachillerato, de quien sus alumnos aprendimos a amar a la Naturaleza en toda su dimensión, empezando por el helecho al que profesaba especial predilección, y al roble, cuyo nombre, por cierto, nos dictó un día en todas sus acepciones locales, dialectales españolas, conocidas y en algunas nominaciones extranjeras, amén de sus nombres latino-científicos correspondientes.

Siendo el Paso del Marojo tan interesante, y tan atrayentes sus derivaciones, no hubiera sido preciso dedicar al personaje del tío Juanillo tanto texto, aunque dado su valor humano estimemos ser merecedor de especial atención. Creemos que el mejor homenaje que puede rendírsele es contar quien fué, y decir cuánto él nos dijo, tal y como lo contó, con sus mismas palabras. Así hemos seleccionado algunas de sus parrafadas para incluirlas en este introito, pero antes sepamos, que nació en San Andrés del Rey y fue bautizado con el nombre de Juan de Dios, siendo sus apellidos Sanz García, de la familia de los “Sordillos”, y de la estirpe de los honrados sanandresos, conocidos por esta Alcarria con el apodo gentilicio de Almorteros. El fué a buen seguro el último de los druidas del Bosque de los Marojos del Alto de la Cruz en el Monte de la Hiruela, un hombre que a sus ochenta y un años cuidaba su huerto en el Secano de la Horca, buscaba setas en la Dehesa de Budía, cogía caracoles en la vega, y leía sin gafas cuanta prensa atrasada llegaba a sus manos. De su boca conocí historias tan curiosas como la de la curandera de Fuentelencina, *que cuando no olía a vino despedía peste a aguardiente*; la de la tía Sancha, que echaba el mal de ojo, y la del tío Miguel que curaba las almorranas con un emplasto de hierbas cogidas secretamente al borde de los caminos y en los navajos (5) de la Galiana de las Merinas durante nueve amaneceres de sábados primaverales. El tío Juanillo fue un hombre bueno que afirmaba no haber mentido nunca y que manifestaba no poseer poderes extraordinarios, ni gracia alguna, ni practicar la magia curanderil, ni brujería supersticiosa... “porque creía en Dios, Uno y Trio”.

- *El poder es solo del Marojo y de la fe que se pone en él.*-

- Antes de rajar el árbol pregunto a los padres del chico herniado si creen en la fuerza del Marojo y si no es así, ni hago la rajadura, ni paso al chico, porque sería perder el tiempo.-

- En San Andrés todos creemos en el poder del Marojo para remediar las hernias, y hasta gastamos raciones de buen humor a costa de los potrosos.-

(5) NAVAJO.- Charca de agua de lluvia. Depresión de un terreno en el que se forma una charca que tarda mucho en secar. Lavajo.

- Si una criatura sale llorona se le dice: “Llora galán hasta secar el gualguero, que tienes atado el ombligo” (6). Y si el quebrado es persona mayor y no le quieren bien, algunos le maldesean así: “que la potra te cante, por detrás y por delante”, que viene a querer decir que primero te duela la hernia por delante, y finalmente te canten los curas el día del entierro.-

Una mañana de agosto se presentó en mi casa el tío Juanillo acompañando a Juan Alba, padre de uno de los niños curados de hernia inguinal a través del Paso del Marojo, que venía a dar fe de como ocurrió lo de su hijo.

- “Soy el padre de Juan Alba Asenjo. Aunque sólo creo en lo que veo, el Paso del Marojo lo he visto y vivido en carne de mi carne y por eso vengo a contárselo... Cuando mi hijo Juanito tenía siete años fue operado de una hernia en la ingle izquierda en el Hospital del Niño Jesús de Madrid, y antes de cumplir el año le tuvieron que operar de otra en el lado derecho en el mismo hospital... Aún no habían pasado dos veranos estando un día pescando cangrejos en el río de Peñarubia, mi hijo se resintió de las dos hernias no se si por haber ido a caballo en la mula, o por algún esfuerzo... Lo demás ya se lo ha contado el tío Juanillo, pero se lo volveré a contar... Como el chico seguía quebrado, unos parientes míos se lo llevaron a San Andrés del Rey a que lo pasaran por el Marojo, cosa en la que yo no creía, y naturalmente el niño no se curó, porque dicen que para curarse hay que creer a pies juntos; al año siguiente, le volvimos a llevar el día de San Juan, y le doy mi palabra que lo llevé personalmente con ilusión y fe en el remedio... Y a Juanito le desaparecieron las quebraduras unas semanas después, y quedó talmente como los ángeles: ahora cumple su servicio militar en Infantería de Marina de San Fernando. Allá por Cádiz”.-

Para remachar la infalibilidad del Marojo, el tío Juanillo, que no abrió la boca durante la larga parrafada de Juan Alba, volvió a tomar la palabra:

- “Si es que Vd. duda le puedo traer a una docena de vivientes de los que pasé por el Marojo”.-

- “Hernia o quebradura, o potra: de las tres maneras llamamos aquí ... De lo que se trata, radicalmente, es de un bulto, que no sé a que se debe su hinchazón, pero que según dicen, sale por hacer esfuerzos en el trabajo; por toser fuerte; por llorar enrabiado; por ser “tardos de vientre”; por los “empujes” de la mujer al parir; por ajobar (7) costales de grano o pellejos de vino. Dicen que se rompe una “tela” de las cinco que tenemos en la piel”.-

(6) Al despreocuparse la madre del llanto de su hijo, sabiendo que llora sin razón pues está limpio y alimentado y la faja le sujeta el ombligo por lo que está libre de quebradura.

(7) AJOBAR.- Levantar o alzar sobre el hombro costales de grano, pellejos de vino o aceite, y también cuévanos de uva en la vendimia.

Algún tiempo después fui yo quien busqué al tío Juanillo, tenía interés en continuar nuestras charlas sobre el Marajo, y preparé un viaje a San Andrés del Rey. Le encontré en el huerto que tiene en un sitio llamado La Horca; estaba en mangas de camisa haciendo una pared de piedra seca, tenía ganas de hablar, porque a poco dejó de trabajar... Le gustaba conversar conmigo y para hacer más íntimo su relato puso su mano izquierda sobre mi hombro derecho, entornó sus ojos que siempre denotaban sinceridad, hizo un carraspeo con la garganta y utilizando el índice de la mano derecha como metrónomo perfecto recitó una letrilla de monótona cadencia, cuyo texto hubo de repetirme tres o cuatro veces para poder tomarla con justeza.

- Le contaré una canción que me enseñó mi padre que en gracia esté, que él recitaba siempre que la familia se reunía para algo bueno, como en la merienda del día de la mansiega. Decía así:

- *“Bendigamos las lunas que miden y rigen nuestro tiempo”*
- *¡Benditas sean!*
- *“Bendigamos el barro que encarna nuestros cuerpos”*
- *¡Bendito sea!*
- *“Bendigamos la lluvia que trae el agua de la vida”*
- *¡Bendita sea!*
- *“Bendigamos los trigos que amasan nuestros panes”*
- *¡Benditos sean!*
- *“Bendigamos las hierbas que ordenen la salud”*
- *¡Benditos sean!*
- *“Bendigamos los árboles que protegen nuestro ser”*
- *¡Benditos sean!*
- *“Bendigamos las frutas del campo, que alimentan “sin cuidado””*
- *¡Benditas sean!*
- *“Bendigamos los animales que nos visten, alimentan y acompañan”*
- *¡Benditos sean!*
- *“Bendigamos la noche que trae vida, descanso y esperanza”*
- *¡Bendita sea!*
- *“Bendigamos al viento que aparta las pestes y trae canciones”*
- *¡Bendito sea!*
- *“Bendigamos a la estrella del sol que madura las cosechas”*
- *¡Bendita sea!*
- *Y por siempre demos gracias al Gran Dios que hizo la noche y el día, la lluvia y el barro, el viento y las hierbas, los árboles y las frutas, las lunas, los animales y el tiempo y que nos espera en la Gloria Eterna. Amén. ¡Bendito sea!”*

En el verano de 1990 el tío Juanillo enfermó y fui a visitarle. Le encontré incómodo, delgado, pálido, embarbado de varios días y con los ojillos hundidos y tristes,

aguantando el dolor que le atenazaba desde hacía una semana. Al verme volvió a sonreír como antaño y levantó su dedo índice con el que siempre señalaba futuras metas y sus más ilusionados propósitos. Lo tenía apuntando al techo... El pobre viejecito hizo un gran esfuerzo y se incorporó ligeramente balbuceando un saludo al que correspondí hablándole de futuras excursiones en busca de setas o de grabaciones del trino de los pájaros en la madrugada, pero ambos sabíamos que no se realizarían jamás.

- De esta no salgo. Tendrían que pasarme sobre un marojo viejo, pero los árboles añosos son difíciles de rajar y más difícil que “añuden” porque Dios sabe que esta quebradura mía se llama vejez.-

Y volvió a levantar su dedo índice y dirigió su mirada a lo alto.

Unos días después el tío Juanillo se fue para siempre más allá del bosque de los marojos, en el alto de la Cruz del Monte de la Hiruela, y es seguro que gozará de la gloria eterna, que el Sumo Hacedor reserva también a los druidas buenos.

DIVAGACIONES EN VÍSPERAS DEL MAROJO

La víspera de S. Juan catábamos un clarete del año anterior el joven médico del pueblo, un pintor madrileño recién avecindado, Don Florentino, un cura serrano virtuoso del Evangelio y del mus, y Diego, un pastor pleno de simpatía y del saber popular, y naturalmente quien esto escribe, que ha dedicado más de medio siglo a observar y estudiar el costumbrismo de Guadalajara.

Animados por el vinillo, y después de tocar lo divino y lo humano, se llegó al tema de la salida del sol el día de San Juan. Diego nos propuso madrugar para gozar del amanecer participando a la vez del maravilloso concierto de las aves al venir el día. La idea era aprovechable pues era coincidente con clásicas creencias heliolátricos de saludo reverencial al solsticio de verano con la participación activa gastronómica de chocolatada con pan frito; algo así como adorar al Sol dando gusto al paladar, que no es mala celebración.

Hubo consenso y Diego lo agradeció, como siempre hacía, dando un brillo centelleante a sus ojos, comunicando su alegría con ayuda de los brazos de tal forma, que sus palabras, ya medio arengadas, quedaron convertidas en entusiástico huracán:

- Y haremos chocolate y pan frito, aunque los “antiguos” lo celebraban haciendo puches (8)

Todos tuvimos algo que decir sobre la mañana de San Juan. Cada cual aportó su cuarto a espadas y dijo cosas interesantes:

(8) PUCHES.- Puré muy espeso hecho a base de harina de almortas, aceite, manteca, chorizo, morcilla, hígado, pimentón y otras especias.

- Actualmente se va a ver salir el Sol, pero antes fue rito de eminente adoración astral.

- ¡Naturalmente! Ello se debe a que este día, el de San Juan, coincide exactamente con el solsticio de verano, que empezando el día 21, termina en su tercera noche. Por cierto, la más corta del año.-

- Fue la fiesta romana propiciatoria de la fecundidad.-

- El día de San Juan cristianiza definitivamente el culto solar de la antigüedad celtibérica y romana.-

- Es la noche mágica del campo y del amor en la que los enamorados “echan su verbena” a la moza elegida, adornándola el balcón con flores, frutas, golosinas y cintas de colores.

*“Esa cinta que tu llevas
te la puse por San Juan;
no te la quites mi vida
si no me quieres matar”.*

- En esta fecha los juegos de amor son propicios; son días para el requiebro en los que sus resortes se activan como sol nuevo, el olor a flores y la alegría de la creación manifestada en su campo.-

- Además es el único día en que Lorenzo sale dando vueltas de alegría... Es difícil mirarle cara a cara por que quema la vista. Se le ve “rodar” en el fondo de una palancana con agua. Yo también le he visto en el fondo de los “navajos” cuando tienen agua de lluvia. Algunos lo miran a través de cristal ahumado. “Antesmano” (9) había quien lo miraba a través de un pañuelo de hierbas. (10)

- Lo cierto, es que sale dando vueltas.-

- Falso, se trata de un fenómeno óptico y a veces por la atmósfera caniculosa del amanecer.-

- Yo les aseguro que baila o gira como la rueda de Santa Catalina.- (11)

- ¿Y no será que lo que se “contornea” es el ojo por mirar fijamente?-

- ¿Que relación existe entre la adoración solar y el obsequio floral o de enramada

(9) ANTESMANO.- Expresión anticuada: antiguamente, hace tiempo, antaño, en tiempos pasados.....

(10) PAÑUELO DE HIERBAS.- Pañuelo moquero de tejido oscuro que usaban los hombres del campo.

(11) RUEDA DE SANTA CATALINA.- Santa Catalina de Alejandría, que vivió en el siglo IV y uno de cuyos milagros fue según tradición, hacer saltar en pedazos, gracias a su fé, las cuchillas y navajas de que estaba formada la rueda del martirio con que pretendían darla muerte. (“Año Cristiano. Tomo IV pag. 414. B.A.C.Ed.Católica.)

con que los mozos cortejan a sus chavalas?

- Es la fiesta de la nueva savia, de la fuerza, del amor... Bueno, es una civilizada expresión del acoso sin derribo: es el ancestral “dígaselo con flores”.-

- En ocasiones el cortejo amatorio del día de San Juan es duro desplante. Aquí se canta una jotilla que lo dice bien claro:

*“Ayer te traje claveles
y hoy con rosas te rondé
si mañana no me quieres
meaperros (12) te echaré”*

- Hay pueblos donde la fiesta ritual no coincide con la salida del Sol, empezando cuando empieza el día, es decir, a las doce de la noche del día veintitrés.-

- Ese es otro culto: el de la noche, la Luna y las brujas.

- En Galicia

- También en Castilla se cree que “sanjuanandose” (13) se curan muchos males.-

- Hace muchos años que en la madrugada de San Juan se cogían flores de hinojo y de romero para colgarlos en el techo de las cuadras como remedio contra el asma de las caballerías.-

- Otro festejo sanjuanero consiste en recoger en la amanecida del día de San Juan el rocío depositados en las hojas del roble, para luego hacer con ello el “óleo de San Juan”, un ungüento milagroso que “cura” toda clase de heridas y afecciones de la piel y que también ayuda a “dar claridad a la mente”.-

- Los gallegos en este amanecer sanjuanero llevan a sus caballos a pastar reunidos en dulas (14) a las carballeiras (15) para que los animales tomasen orballo (4), que todo lo cura.-

- El sacerdote, que hasta el momento no había hecho otra cosa que oler el vino de

(12) MEAPERROS.- Planta muy abundante en la Alcarria. Su nombre científico es CHENOPODIUM STOECHAS.

(13) SANJUANARSE.- Celebrar la Sanjuanada madrugando el día de San Juan y correr descalzo sobre el rocío de los prados. En Zafra, la mañana de San Juan; los gitanos se sajuanaban metiendo sus varas y garrotes de tratantes en el pilón de la fuente del Duque de Feria, por que así tendrían mas suerte todo el año.

(14) DULAS.- Conjunto de cabezas de ganado equino de un pueblo llevados a pastara un terreno comunal. También en ganado caprino o de cerda.

(15) CARVALLEIRA.- Robledales gallegos.

su vaso y quemar tabaco, sentenció con voz grave: “La fiesta mañanera es herencia de un antiguo y profano culto al Sol. Nuestra iglesia lo hizo suyo por entender que sobre el Astro Rey está el Creador... Yo también iré a ver esa salida famosa, y “FAUSTA NOBIS LUX APPAREAT”, que viene a querer decir: “Dios nos amanezca con bien”.-

- ¡Falta nos hace! ¡que así nos luce el pelo!.

- ¡Hombre! El sol y el fuego se interrelacionan en estos ritos que son preferentemente purificadores y lustrativos.

- De niños hacíamos grandes hogueras con sarmientos, mondarajas de mimbre y paja de espliego para saltar sobre las llamas, casi siempre emparejados y cogidos de la mano.-

- Al saltar se nos chamuscaban ropa, cejas y pestañas, por lo que nos calábamos bien la boina y cerrábamos los ojos.-

- Al que no saltaba por temor, se le perseguía a tizonazos cantándole una musiquilla con letra despectiva:

*“Por caguica no salté
y la “chasca” se apagó,
con la llama y el tizón,
al que no salte cagón.
Ande, andeja
el que no salta
pierde la pelleja”.*

- Ese es el rito lustral. Llevar de la mano a un “miedica” es una iniciación.-

- Saltábamos a favor del viento.

- Ritos ígneos los hay en toda España y en todas las culturas. Los hay en Soria, Asturias, Alicante, Valencia... y en nuestra provincia tenemos la Sampedrada de Budia y la Hoguera de la Candelaria, y San Blas de Hontova, que el 3 de febrero los materializaba en una fogata iniciada por los quintos de cada año.-

- El fuego es un rito imitatorio del dios Sol. Es un culto calentador para propiciar las cosechas, es pues un signo agrario.-

- El paso o salto sobre ascuas o llamas es un rito lustrativo. Pocos pueblos no cuentan en su inventario costumbrista con un remoto paso sobre el fuego, las llamas o el humo, elementos propiciatorios del crecimiento de los cereales.-

- Frazer (16) lo vió como estímulo de crecimiento del cáñamo y otras plantas. Otros antropólogos aseguran que se hacía para prevenir o curar la sarna, la tiña, la viruela,

(16) J.G. FRAZER.- James George Frazer (1.854-1.941) Irlandés. Estudió en las universidades de Glasgow y Cambridge. Fue catedrático de esta última. Filósofo, historiador, etnógrafo. Su otra cumbre es “La Rama Dorada”. Publicó varias obras sobre totemismo, religión, historia y costumbrismo.

la peste, el dolor de riñones y hacer huir a los piojos.-

- La hoguera de la Candelaria y San Blas de Hontoba tenía significado lustrativo y de agregación; en ella se consumían grandes cantidades de leña y su fuego se mantenía varios días.-

San Andrés de Rey también tuvo sus hogueras primaverales, que al igual que en otros muchos pueblos alcarreños eran saltadas por la chiquillería acompañándose de una extraña copleja que decía:

*“Anda galán que salte
y los “malos” (!7) me quité,
las pulgas de Belcebú
sarna y piojos tengas tú”.*

Al señalar con la mano quien era el TU, este debía saltar seguidamente sobre la hoguera, y al repetir la misma copla señalar otro TU para continuar el rito. Si alguno de los designados fallaba se le tildaba de cobarde y de “gallego” (18). El juego terminaba cuando todos los espectadores habían saltado o cuando el señalado se negaba a saltar, momento en que todos le zurraban la pavana y le afeaban su cobardía.

Otros muchos son los ritos mágico medicinales aplicados en beneficio y atajo de cualquier mal físico o moral, que lo mismo se aplicaban a personas que a animales; a niños que a mayores; a hombres que a mujeres. Esta fecha del 24 de junio es “propicia” a las curaciones de hernias inguinales infantiles pasando la criatura a través de un roble hendido; a hacer fecundas a las mujeres infértiles haciéndoles adentrarse en la mar y aguantando el batir de nueve olas sucesivas. En el Pirineo el culto al fuego se observa en esta fecha encendiendo hogueras en las puertas de las casas y en los atrios de las iglesias propiciando con ello la salud y prosperidad familiar. También Horche cristianizó el rito ígneo del solsticio de verano, conservándose hoy por la Hermandad de la Purísima Concepción, cuyos doce hermanos encienden hogueras a la puerta de sus casas para que vecinos, familiares y amigos salten sobre las llamas como rito purificador lustrativo y amatorio, siendo esta última faceta la más festejada.

*“Salta morena conmigo,
salta conmigo la hoguera;
que las llamas que ahora salto,
me están diciendo te quiera”.*

(17) LOS MALOS.- Espíritus maléficos que “viven” en unos diminutos coleopteros guardados en el interior de un alfilerito de madera de boc. Insectos propios del mimbre.

(18) GALLEGO.- Insulto que en su acepción de cobarde se hace a los indecisos. !Gallego, a que no saltas sobre la hoguera!

Por último el simpático y locuaz Diego, se puso en pie para poner punto final a la reunión.

- Después que cada cual ha dicho lo que sabía sobre la fiesta de mañana, creo que lo mejor será reunirnos antes del amanecer en el Pico de la Torrecilla para recibir al Sol con una hoguera de romero, aliagas y chaparros. ¡Y haremos chocolate y pan frito!

*“Quiero ver girar al Sol,
quiero mirarle de frente,
quiero tomar chocolate
con pan frito y aguardiente”.*

CAMINO DEL MAROJAL (19)

A la cita del Pico de la Torrecilla faltamos el médico y yo, que previamente habíamos decidido ir a otro lugar.

Serían las cinco y media de la mañana cuando los gallos empezaban a alborotar los corrales. Aún había en el cielo estrellas, y las golondrinas se desperezaban sobre los cables del tendido eléctrico de las calles con su parlotear chisporroteante. Poco después el joven galeno me recogió en su coche y al instante enfilamos la carretera que sube por el valle en dirección Este. Dejamos atrás los dos Yélamos y San Andrés del Rey; subimos La Picaza, corta pero brava cuesta. Ya en el Llano, que para los geógrafos es la meseta y para los de aquí “las alcarrias”, la carretera discurre entre campos de cereal todavía verde. El horizonte se pierde más allá de la cuenca del Tajo, donde por cierto ya se anuncia la claridad del día.

Mi amigo el médico, inteligente, dinámico, buen profesional y con vocación en temas antropológicos, hablaba por los codos, pero centró su monólogo en el asunto objeto de nuestra madrugada:

- Vamos a presenciar el viejo rito del “Paso del Marajo” que propicia la curación mágica de niños herniados. Naturalmente yo no participo de esta creencia, pero es interesante asistir a la ceremonia.-

De la cuneta izquierda saltó una liebre trasnochadora que dejaba los sembrados para volver a su diurno refugio en el monte cercano. Corrió asustada entre el haz de luz de los focos durante casi un centenar de metros y al llegar a la curva se salió por la tangente dando saltos y perdiéndose en un yermo.

(19) MAROJAL.- Sitio poblado de marojos. Hay importantes marojales en El Recuenco y en Poveda de la Sierra; un Navajo del Marojal en Laranueva; Los Marojales en Cubillo de la Sierra; Alto del Marajo en Hombrados y en el Pobo de Dueñas; Cañada del Marajo en Torrecuadrada de los Valles; Arroyo de las Marojadas en Sigüenza y Camino del Marojal en San Andrés del Rey.

Después tomamos un camino agrícola que corre a la izquierda y parte de la Vieja Galiana de la Mesta, ahora muerta de aburrimiento y nostalgia de unos ganados que ya no transhuman, y de canciones que hace tiempo dejaron de escucharse, para entrar en un bosquecillo de chaparro bajo. El coche serpenteaba entre robles, romerales y aliagas siguiendo una ruta norte; sus bajos rozaban un áspero seto formado por matojos de salvia y tomillo, que al quebrarse daban un olor agradable a la amanecida. El paragolpes delantero doblaba de vez en vez los escasos matorrales que crecen entre las huellas de las rodaduras hechas por el transitar de los tractores y que en ocasiones esconden algún pedrusco capaz de partir el cárter del motor, pero había que seguir adelante. Por fin llegamos a la Dehesa de San Andrés, que en el mapa figura como Monte de la Hieruela, cuartel 49 A.

- *¿Sabes que es una hiruela?*

- *No. ¿Con hache o sin ella?*

- *Creo que con hache*

- *También a este paraje lo llaman el Alto de la Cruz.*

El médico que seguía luchando con el volante, lo hacía girar a diestra y siniestra, ciñiéndose al imperativo de las curvas, sorteando matojos, rodadas y otros obstáculos que invadían el camino, tuvo que pisar el freno para que dos perdices madrugadoras cruzasen tranquilamente ante nosotros.

- *Ya estamos cerca de lo que los “sanandresos” llaman el Rincón de los Marojos (20).*

Aún continuamos un buen tramo hasta llegar a un ensanchamiento del camino donde estacionamos el coche con la luces apagadas. No se veía a nadie; estábamos solos. La mañana era fresca y serena. Se respiraba un aire limpio con fragancia a jara y romero. En un instante el horizonte pasó de un tono violeta a otro rosáceo mientras los pájaros daban señales de su existencia ensayando sus primeros gorjeos.

- *No te arrepentirás de haber madrugado. Vas a presenciar un ancestral rito de paso que “cura mágicamente la hernia inguinal infantil”. Los médicos no podemos creer en este tipo de curaciones, ya que no existe razón científica que las avale. Son al decir de los antropólogos terapias mágico-simpáticas.-*

Poco después llegaron cinco automóviles. Una veintena de personas descendía de ellos. Eran gentes de toda edad. En sendos coches, desnuditos y arropados entre mantas temblaban de frío, y tal vez de miedo, un niño de ocho años y otro de diez y ocho meses.

Un hombre fuerte y achaparrado vino a saludarnos:

(20) Parte del marojal en el que suelen realizarse los ritos de Paso del Marajo.

- *Ya sabe, doctor: Puede verlo todo y si quieren pueden hacer fotografías, pero con respeto y silencio, ¡vamos con ley! y ya le advertí, que sin hablar hasta que terminemos.*-

Asentimos en silencio y preparamos las cámaras fotográficas.

PASANDO EL MAROJO

El tío Juanillo (21) un viejecito menudo y simpático buscó por el espesor de los marojos jóvenes, dos de ellos que la tarde anterior escogió y señaló para esta ceremonia de hoy. Los halló al fin; tenían un trapo blanco atado al tronco.

Con sus nervudas manos y un breve golpe de hachuelo, este jefe de ceremonias dendrolástricas rajó los marojos desde la cruz (22) hacia abajo en una largura de unos cuarenta centímetros, con lo que el arbusto se abrió formando una uve ancha, como las astas de un toro cornalón.

El cielo estaba limpio y la luna vestida ya de plata dominaba en lo alto, sola, sin estrellas. Hasta el lucero del alba se había apagado ese día.

Sacaron de los coches los niños herniados que seguían envueltos en sendas mantas; los angelitos observaban con miedo cuanto ocurría a su alrededor, pues no en balde eran protagonistas pasivos de un extraño ceremonial. Nosotros permanecemos callados y expectantes ante el misterio que envolvía el ambiente.

Un remusguillo que venía del Ocejón, muy característico de los amaneceres alcarreños hizo acto de presencia cuando a ambos lados de cada marajo hendido se situaron los padrinos pasadores. Eran necesariamente un Juan y una María por cada criatura. Los juanes sostenían en sus brazos al niño herniado, todavía envuelto en la manta. Estaban situados de cara al saliente, mientras que las mujeres, las marías, quedaban frente a ellos. Como eran dos grupos de pasadores, el médico se situó con su cámara fotográfica en uno, y yo en el otro. Los que pasaban al niño pequeño eran auténticos ancianos, y la otra pareja rondaría la treintena de años.

Dos minutos antes, Francisco Ramos, “El Moreno”, labrador de San Andrés del Rey, chaparro y reidor él, cuya edad pasa en docena de años del medio siglo, corrió hasta un altozano y con la agilidad de un mozo gateó por el tronco de un roble viejo hasta sacar la cabeza sobre las cruces de su capota (24) para desde tan alta atalaya anunciar a gritos el momento justo en que el Sol asomara el flequillo por el horizonte.

(21) TIO JUANILLO.- Juan Sanz García. Nacido el 8 de marzo de 1.908 y fallecido el verano de 1.990.

(22) CRUZ DEL MAROJO.- Parte superior del tronco del marajo donde se ramifica para formar la copa. La cruz recibe también los nombres de cruces, horca, horcadura y palma.

(24) CAPOTA.- Parte alta de la copa del árbol.

- Atención, Juanes...
- Que ya falta poco ...
- Que va a saliiir...
- Ya, ya, el Sol, el Sol, el Sol ...

En el ambiente se escuchaba el silencio; no se movió ni una hoja. El remusguillo de la amanecida, que allí llaman cierzo, se contuvo unos instantes. Los pájaros que se habían “revolado” (25) desde que aparecimos por la Hiruela renunciaron momentáneamente a todo movimiento.

Los juanes, tirando las mantas al suelo, alzaron a los niños desnuditos sobre la rajadura del marajo y poniéndolos en los brazos de su emparejada María, recitaron con voz pausada y serena la frase ritual:

-Este niño ha de sanar la mañana de San Juan. Tómalo María...-

Y cada María recogió amorosamente al niño herniado devolviéndolo a su emparejado Juan diciendo:

- Este niño ha de sanar la mañana de San Juan. Tómalo Juan ...-

El silencio se rompió con el llanto de niño pequeñito, mientras la entrega y devolución se repetía dos veces más, por ambas parejas de pasadores.

Una vez acabada la ceremonia, las madres vistieron con premura a sus hijos entre besos y jaculatorias, en tanto que los espectadores, tan silenciosos y respetuosos durante el “paso” empezaron a hablar con alegre parloteo, mientras se sucedían las enhorabuenas a los padres y caricias a los niños.

- Dios y San Juan quieran que el Marajo los sane.-

Alguien sacó una caja de cartón con rosquillas y la oscurecida botella de anís de endrinas, que fueron consumidos en leal agregación, a la par que el tío Juanillo sumando a su natural simpatía la que añade el aguardiente, habló largo y tendido del “Paso del Marajo”.

-Antiguamente, la víspera de San Juan llegaban a la posada forasteros de pueblos lejanos; venían en caballerías con algún hijo a “pasarlos” por el marajo, pero ahora lo que hacen es venir unos días antes a comprometer a los pasadores. Luego, tal como este día, antes de amanecer ya están aquí con su propio automóvil y la criatura preparada.

- “Antesmano” veníamos hasta el marojal de la Hiruela en carro o caballería... y se hacían unas hogueras “tremendísimas” hasta que amanecía, y se rezaba... y cuando

(25) REVOLADO.- Segundo vuelo; estar inquieto; asustarse.



terminaba el “paso” se cantaba y bailaba y se bebía buen “chapurriao” y (26), aguardiente de endrinas.

El “Moreno” que anunciara tan cabalmente la aparición del Sol, retornó a prisa para ayudar al tío Juanillo a recomponer la hendidura de los marojos atándolos con peladura de mimbre verde y barro, un barro que trajeron amasado en una bola húmeda a la que llaman “tiesto”.

- Mire: Si el marajo une su rasgadura y “empega” bien, vamos, que cicatrice, el chico sana y la hernia desaparece, pero si el árbol se seca, el niño seguirá quebrado, así que a esperar que “añuden”, y sea lo que Dios quiera, que ya sabe que no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios.-

Y el “pasador” sanandreso terminó su dicho haciendo la señal de la Cruz sobre su boca, besando su pulgar derecho y volviendo a tocar con afectuoso gesto al marajo recién atado.

- Además tenga seguro que si los padres del chaval no tienen fe en el marajo, el chico no sana, como tampoco le desaparece la hernia si le vuelven a poner el braguero cuando lllore.-

En tanto que la caravana de coches emprendía su retorno a San Andrés del Rey, el tío Juanillo, siguió glosando las maravillas del Paso del Marajo, a la par que se movía por el marojal como Pedro por su casa. Se le veía alegre y satisfecho.

- Sobre la cruz de este marajo tan “arrechante” (27), dijo señalando un roble, se pasó al hijo del Bartolomé hace más de cuarenta y cinco años. Lo pasaron Juan “El Botija” y Maria, su mujer. El “Botija” era un pastor que venía de la familia de los “Cerradas”.

- Ese otro que esta en el claro, es el de Luis Cortijo que se fue del pueblo hace lo menos cuarenta años. Aquel tan “pispoletto” (28) curó a Victor Cerrada. Y el que hay junto a la senda es el del hijo de Ceferino, el de Yélamos de Arriba. El “grandismo” de la rama torcida es de uno de Valladolid que lo trajeron cuando acabó la guerra; hace pocos años vino con sus hijos y se retrataron alrededor.

Según manifestaba el tío Juanillo, los marojos por los que se habían pasado a los niños herniados, ya eran propiedad de los enfermos curados adquiriendo su nombre y garantizándose mutuamente su supervivencia. Nadie osa cortar un marajo que haya curado a un quebrado.

(26) CHAPURRIAO.- Bebida hecha con mosto y aguardiente.

(27) ARRECHANTE.- De arrecho, tieso, arrogante.

(28) PISPOLETO.- Vivaracho, derecho.

También recordó el famoso “pasador” que allí habían acudido enfermos de Castillo, Valdelagua, Durón, Budía, Pajares, Brihuega, Valladolid, Horche, Guadalajara, Alcalá de Henares, Madrid, Romancos, Tendilla, Irueste, los Yélamos, Escamilla,...

- *De Sigüenza trajeron un chiquejo con dos quebraduras y de Teruel uno de cinco años, que sanó enseguida y sus padres volvieron al año siguiente para traerme una botella de aguardiente de Los Amantes. Aquí no se cobra nada, pero una atención no ofende y sabemos hacerle aprecio.*

- *Algunos prometen y no cumplen. No hace tantos años que pasamos a un quebrado de Tendilla, y el padre prometió que si el chico sanaba regalaría un novillo para nuestra fiesta, pero no lo ha cumplido y ha “encenagao” (28 bis) su nombre.*

- *Ahora recuerdo a un quebrado de Valdelagua; traía dos hernias muy malas. Ese tronco grande y viejo con cicatriz alorigada (29) es el suyo.*

Acababa de señalar el cuerpo atormentado de un marojo que destacaba de sus hermanos por lo rugoso de su corteza.

- *Por ese otro tan derechico pasamos a un hijo de un sargento de la Guardia Civil que estuvo en Budia.*

- *Con un chico de Balconete tuvimos un fracaso, pero no fue culpa del marojo. No se remedió la quebradura por que el zagal siguió llevando braguero. ¡Vamos, que se lo ponían cuando lloraba!*

- *De Yélamos de Abajo, Juan “El Botija” paso en 1926 y 1927 a Pedro Martínez Ramos, Cesáreo Ramos García y Juan Antonio Arroyo Sánchez. Los tres pueden contarlo.*

- *No hay nada que aprender, solo creer. Las “normas” son rajar un marojo joven; pasar a la criatura entre un Juan y una María; hacerlo tres veces seguidas justo al verse el Sol asomar por el “salidero” (30); que haya silencio; que no se vuelve a poner el braguero; que cicatrice la rajadura del marojo, y que los padres crean en ello.-*

- *¿Mujeres? Pues si., una que yo recuerde. Hace ocho o nueve años pasé a la hija del Gregorio y la Pascuala. Se llama María del Rosario Alba Ramos. Tenía una potra junto al ombligo. ¡Si la viera ver bailar y saltar en las fiestas! ¡Es de aquí! Entonces tenía ocho años.*

(28 bis) ENCENAGAO.- Mote gentilicio de los tendilleros, debido a que las lluvias arrastraban barro y lodo y encenagaban el pueblo. Hoy el torrente está canalizado.

(29) ALORIGADA.- Corteza con múltiples abultamientos y cicatrices. El nombre lo debe a su remoto parecido a la coraza metálica de laminas finas a modo de escamas que llevaban los guerreros en la Edad Media. También en la Alcarria se llamaban alorigadas a las gallinas cuyo plumaje de cualquier color estaba jaspeado o salpicado de pintas o de pequeñas manchas de otro tono o color.

(30) SALIDERO.- Lugar por donde sale el Sol en el horizonte.

- ¡Si yo les contara! Tengo mucho guardado aquí debajo de la gorra, aunque el doctor se ría.-

- Siempre en San Andrés hubo pasadores. Por cierto, les diré que mi abuelo "relataba" que su padre contaba, que una vez llegó al pueblo la caballería carlista y un sargento quería que lo pasaran por el marajo, pero no se encontró ninguna María dispuesta a ello, no se sabe si por tener que hacerlo como su madre lo parió, o porque en peso, el militar no bajaba de las siete arrobas (31).

Y por primera vez el tío Juanillo soltó una carcajada.

- Antes que yo hubo otros juanes que pasaron a los quebrados. El que más chicos pasó fue "El Botija", el pastor. Que yo "conozga" en San Andrés nadie se ha operado de hernia. Con el marajo basta y sobra. De otras cosas si se han operado. Al hospital van desde las parturientas a los de la "péndice" (32), los de cataratas, tumores, mal de estómago y piedras en el riñón.-

- No se si es el marajo o el Sol quien cura la hernia, pero lo que si se es que muchos en agradecimiento encargan después una función religiosa a San Juan y a toda la Veranda (33).

- Aquí, el señor doctor es muy dueño de no creer en estas curaciones porque es nuevo y joven; quiero decir moderno. Yo le respeto sus dudas y su ciencia, pero aquí nadie me puede negar que el Sol y el Paso del Marajo la mañana de San Juan curan a los quebrados.-

- Yo les digo que no soy un sanapotras (34). Solo soy un amigo de los marajos a los que hablo y acaricio, porque no se si Vd. sabe que los árboles también oyen y sienten, y conocen al que les tiene ley. Yo tengo oído decir que a los hijos de los que carbonean (35) en los montes no les curan las quebraduras aunque se les pase por el marajo, por que son sus enemigos.

- De nada sirve pasar al chaval en cueretes vivos si los padres no creen. Tuvimos un chiquillo de Yélamos de Arriba que lo pasamos en balde porque sus padres no creían y justamente quedó tan quebrado como estaba, así que lo llevaron al hospital y le operaron y volvió a herniarse, y luego los padres volvieron a traer con la esperanza que el Marajo lo arreglara y el Marajo lo arregló. Ahora el padre es capaz de pegarse con

(31) SIETE ARROBAS.- Ochenta kilos y medio

(32) PÉNDICE.- Apéndice, apendicitis.

(33) LA VENERANDA.- Todo lo venerable; todo lo digno de respeto y veneración. Por extensión popular, todas las imágenes de la iglesia local.

(34) SANAPOTRAS.- Curandero componedor de hernias.

(35) CARBONEAR.- Hacer carbón de leña. Cortar el monte de roble o de encina para hacerlo carbón. Las cortas se hacen cada diez u once años.

el que diga que a su hijo no le ha sanado el Marajo. Aquí está el estabón (36) seco del primer paso y un poco más allá verde como una lechuga el del año que sanó.

- Los primeros que cumpla serán 79. Llevo más de cincuenta "haciendo pasos", pero ni soy brujo, ni curandero, ni lloré en el vientre de mi madre, ni nací en Viernes Santo, ni tengo cruz en el cielo de la boca, ni bajo la lengua, todas esas cosas que dan "gracia" (37). Lo que cura es el Marajo y el Sol del Día de San Juan, porque ese día el Sol es mucho Sol.

Sin duda Juan Sanz era heredero directo de los viejos druidas celtas que descendían a su vez de remotos indoeuropeos y que debieron tener su santuario arbóreo, su bosque sagrado en el Monte de la Hiruela, que como se ha dicho de otros "conserva algo mágico, en el que intuyes la proximidad de seres vivos que te vigilan y acompañan, lo que no ocurre en el yermo, en el rastrojo o en el páramo".

- Oiga, le propongo un cambio: Vd. me da una fotografía de esas que ha hecho tirando relámpagos (38), y yo le daré una esquela con mi historia.-

El tío Juanillo rechazó la invitación de regresar al pueblo en el coche del doctor.

- No. Se lo agradezco igual, pero aún me responden los remos (39). Es buena hora para caminar por el monte y de paso echo una mirada a unos garbanzos que tengo allá abajo, y si es caso cojo un manojito de manzanilla amarga y un poco de flor de sanguinaria, que es el mejor día para esos menesteres.-

- Claro que no se me hace largo el camino. Voy hablando con los marajos, con los chaparros y con mi sombra, que la llevo delante hasta que el Sol levante. Y además rezo, porque yo siempre rezo.-

Dió media vuelta, se alzó un poco la gorra y echó a andar por la senda que corta derecho a la Cuesta de la Picaza.

OTROS RITOS DE PASO ESPAÑOLES

La curación mágica a través de los árboles debió estar generalizada en España en tiempos remotos, y restos notables de tales prácticas quedan en aquellas zonas donde perduran los bosques. FRANKOWSKI (40) que estudió el folklore español a principios del siglo, asegura que los ritos y curaciones de paso se practicaban sobre la hernia infantil

(36) ESTABON.- Tronco joven seco unido a otro mayor. Por lo general se trata de un trozo pequeño.

(37) TENER GRACIA.- Poseer don sobrenatural para "curar".

(38) TIRAR RELAMPAGOS.- Destellos de flax fotográficos.

(39) REMOS.- Piernas de los humanos. Extremidades de los cuadrúpedos.

(40) FRANKOWSKI.- "Sistematización de los ritos usados en ceremonias populares" Revista de Estudios Vascos. 1.919."

y el raquitismo, aunque de este último mal actualmente no tenemos noticias de su práctica.

Galicia es la región que más ritos de paso mágicocurativos mantiene. El etnógrafo VICTOR LIS QUIBEN en un documentadísimo trabajo publicado en la Revista de "Dialectología y Tradiciones Populares" (Año 1944, pag. 215). titulado *Medicina Popular Gallega* cita varias curaciones de la hernia infantil, detallando como se practica en Cangas (Pontevedra), en la que los padrinos de la ceremonia pasan al niño herniado por un roble "negral" hendido, diciendo por tres veces:

- "DOUCHO QUEBRAD, DEVOLVEMO SANO"

En Mos, de la misma Pontevedra, se pasa al niño por la hendidura hecha a un roble "Cerquiño", siendo sus padrinos dos niñas Marias o una María y un Juan. El triple paso se acompaña de estas frases:

- "TOMA MARIA"
- "DA ACA, XOAN"
- "DOUCHO CREBADO"
- "DARASMO, SAN"

Con las mismas frases en Insúa, también de Pontevedra, los padrinos son un matrimonio "bien avenido", cualquiera que sean sus nombres.

Los vascos llevan a los niños herniados en la madrugada de San Juan para ser "pasados" entre dos ramas de árbol o arbusto, roble generalmente, uno de las cuales está desgajada, y que es ligada fuertemente después del acto complementando ciertas prácticas religiosas. Este tratamiento mágico busca su curación por la semejanza exterior de la cosa a curar con el accidente producido en el árbol (desgajamiento de la rama), que al precisar vendaje, o sana y se reduce, o se seca y muere.

Ignacio M^a. BARRIOLA, en "La Medicina Popular en el País Vasco", pag. 98, nos dice: "se pretende la curación de la hernia infantil haciendo pasar al niño que la padece entre las dos porciones de un tronco de roble hendido. Desnuda la criatura es cogida en brazos por un hermano, y en tanto suenan las doce campanadas de la media noche se lo pasará a otro hermano por la hendidura, mientras dice: "eutsi, anaie" (Coge hermano), al recibirlo el segundo contesta: "ekatsu, anaie" (Dámelo hermano), y se cambian las frases de entregado al primero por la parte derecha del tronco. La operación ha de repetirse por tres veces, y luego, dejando la camisa del niño colgada del árbol hasta que se pudra, han de ligarse las dos porciones del abierto tronco".

GARRISON (1) estima que estas prácticas de paso se basan en la regeneración material que procede "de la adoración primitiva al poder generador de la Naturaleza, el culto del LINGA y del YONI, poder atribuido también a la roca hendida, y a la magia simpática habida entre la vida del individuo y su proyección anímica o espiritual hacia algunos árboles.

(1) F. H. GARRISON.- "Historia de la medicina". E. Calpe, 1921

En Ochandiano (Vizcaya) este rito de paso sobre el roble lo practican dos hermanos gemelos que lleven los nombres de Juan y Pedro. A ello añade Julio Caro Baroja en "Estación de Amor" (41) que después de llevar a cabo el rito de paso, dejan también en el valle la camisa del niño.

Un árbol frutal tan cultivado en la ribera de Navarra como el alberchigal, es sobre el que se pasa a los niños herniados de aquella zona; en LARRAUN intervienen en la ceremonia dos juanes; en ULZAMA tres: el primero toma en sus brazos al chico y lo entrega al segundo diciendo: "TO JUAN" (Toma Juan); el segundo lo entrega al tercero haciéndole pasar entre los brazos de la rama hendida con la frase: "ARZAC, JUAN" (Recíbelo Juan). Y el tercero lo devuelve al primero diciendo: "TOI, JUAN" (Toma Juan). Repiten la operación tres veces mientras suenan las doce campanadas de la media noche.

Son un Juan y un Pedro los que pasan a los niños en LOBERA DE ONSSELLA (Zaragoza). El ritual oral es así:

"Tómalo, Juan"
"Dámelo Pedro"
"Lisiado, te lo doy"
"Sano, te lo devuelvo"

A cinco leguas de Huesca, lo que viene a ser unos 27 Kms., en plena Sierra de Guara, bajo una roca, está situada la ermita de los Santos Cosme y Damián, a quienes se pide curación de aquello a lo que la ciencia no alcanza, y además las hernias infantiles. En su santuario se sigue el ancestral ritual de hacer que el niño quebrado toque las imágenes de los santos y les bese ambos pies y manos. Al grupo escultórico, en activo desde el s. XI, le tienen que alumbrar tantas velas como años cumplidos tenga el enfermo al que se da de beber el agua de la fuente existente en el presbiterio del propio santuario, luego reza una oración el niño herniado, o su padrino o madrina del acto y se le encamina a otra fuente cercana a la iglesia llamada Fuente Santa conocida también por Manantial de la Salud. Por la noche dos personas mayores llamadas Pedro y Juan acompañan a la criatura con velas encendidas hasta una higuera cercana de la que penden restos de bragueros y vendajes que pertenecieron a personas que sanaron con anterioridad; luego el chiquillo, por sí mismo o ayudado por una persona mayor, moja con su manita la zona inguinal de la hernia con agua del Manantial, mientras Pedro y Juan dicen estando de Rodillas:

"Dámelo, Juan"
"Tómalo Pedro, tómalo malo, bueno lo devuelvas"
"Dámelo Pedro"
"Tómalo, Juan, tómalo malo, bueno lo vuelvas".

(41) "Estación de Amor". Julio Caro Baroja. Taurus. Ediciones S.A./ Madrid 1.985 página 243.

Repiten dos veces más el paso y texto, y seguidamente el niño y los mayores recitan oraciones en las que se describen los milagros obrados por “los santos Cosme y Damián, que bajo la peña están...” Esta fiesta se celebra el 27 de septiembre.

Existen en Cataluña diversas variantes del rito de paso sobre árboles hendidos. Prepondera la costumbre de Juan y María como padrinos pasadores, aunque en algunos lugares son los propios padres quienes los pasan y los nombres del que entrega y el receptor es el que realmente corresponde a su nominación de pila.

La ceremonia de GISTIAN se hacía por dos hermanos gemelos; en SORT eran un Pedro y un Juan, con las frases:

- *“TENIU, PERE; AQUI OS DONO UNA CRIATURA TRENCADEA”*

- *“TENIU, JOAN; AQUI OS LO DEVUELVO CURAT”.*

Valencia mantiene la particularidad de que siendo los pasadores un Juan y una Juana, cada uno de ellos adopta la personalidad del otro, de forma que a Juan se le llama Juana y a Juana Juan. Además el paso se realiza sobre una higuera loca.

A las cero horas del día de S. Juan, en VILLAFRANCA, provincia de Castellón, se pasan los niños herniados (CHIQUET TRENCAT) sobre una zarza, siendo los pasadores un Juan y una Juana.

- *“Toma Juana a este chiquet, que esta trencat y el Señor lo va a curar”.*

En Salamanca se pasa al herniado sobre un álamo joven hendido y aunque no precisan que clase de personas lo hacen, el texto de la oración que recitan es así:

*“Virgen Santísima
lo que tu hacías bien salía;
lo que yo haga bien salga.
En el nombre de la Santísima Trinidad,
yo te curo y Dios te salva”.*

Extremadura, región de encinas y robledales, el rito de paso se hace con un mimbre rajado y atado por la punta, de forma que por el aro o circunferencia que forma se pasa al niño justamente a las 12 de la noche del día 23, o sea al nacer el día de San Juan. Lo pasan tres veces diciendo:

*“Toma María”
“¿Que me das, Juan?”
“Un niño quebrado”
“¿Quien lo sanará?”
“La Virgen María y
el Señor San Juan”.*

A los diversos lugares citados como practicantes del rito de paso para el

tratamiento mágico-simpático de la hernia inguinal infantil realizados sobre árboles, habrá sin duda que añadir algunos más no recogidos en este trabajo, y que tienen igual o parecido ritual que el empleado en el resto de Europa en la misteriosa noche de San Juan o en el amanecer de aquel día. Las variantes se establecen en el tipo y nombre de las personas que intervienen como “pasadores” o padrinos del acto, de tal forma que nos encontramos con Juan y María, con dos Marías, con dos Juanes, con Pedro y Juan, con dos hermanos, con dos hermanos gemelos, con padre y madre con matrimonio bien avenido, etc. y como fundamento el árbol sobre el que se realiza el paso del enfermo, que es un roble en varias provincias, un mimbre en Canarias, una higuera en Valencia, un pino en Tarragona, la encina en Extremadura, el álamo en Salamanca, el guindo en la alberca y el marojo en Guadalajara. El número tres se utiliza en el número de pasos en todos los casos, y los recitados son similares en su contenido con diversos añadidos de oraciones y jaculatorias.

Existen otros ritos de paso para curar las hernias infantiles, como el empleado en CASTRODEZA, en la provincia de Valladolid, que el día de Nra. Sra. de la Encina se pasa al enfermo sobre el brocal de un pozo.

Juan Blázquez Miguel en su libro “Hechicería y Superstición en Castilla-La Mancha” cita tomándolo de D. Torrente Pérez en su obra “Historia de San Clemente” que en el siglo XVIII existía la tradición de reunirse varios hombres y mujeres, y cogiendo a un niño quebrado lo llevaban a algún árbol, preferentemente la higuera, del cual desgajaban una rama pero sin acabar de desunir, pasando seguidamente al niño por debajo. Después la soltaban y si la rama se unía con las demás del árbol era presagio de que el niño sanaría.

Un etnógrafo tan destacado como el Dr. Castillo de Lucas íntimamente ligado a Guadalajara recoge en su documentado libro “Folkmedicina” la curación mágico-simpática de la hernia inguinal infantil, aunque no cita el Paso del Marojo de San Andrés del Rey. Describe las fórmulas y ritos de paso en España y el extranjero y asegura “como en Inglaterra y en Alemania hay guardabosques que vigilan y defienden determinados árboles en que se han hecho esta cura y otra similar, pues su existencia depende de la del sujeto que con ellos está ligado”.

En la zona más oriental de nuestra provincia, en el pueblo de Mochales, del Partido de Molina de Aragón, hemos encontrado también el paso del guindo, rito practicado para la curación de la hernia inguinal infantil con “pasadores” llamados Juan y María, y la fórmula oral tan repetida de “Toma María este quebrado, devuélvemelo curado...”.

También en Budía celebraba hasta la primera década de este siglo una romería la víspera de San Juan, teniendo como lugar de encuentro la Dehesa del Peral, donde entre cánticos y libaciones se esperaba el amanecer del día del santo, para que justo a la salida del Sol pasar a los niños quebrados sobre un roble quejigo hendido. Los romeros asistían con gran devoción al ceremonial que protagonizaban además del enfermo un Juan y una

María, que recitaban por tres veces la conocida frase de: “Toma este niño quebrado. Tómalo tu María, que ha de sanar la mañana de San Juan”, frase que tanto el hombre como la mujer repetían invariablemente tres veces.

De igual manera en la zona de los Montes de Toledo tuvieron su rito de paso curativo de la hernia inguinal infantil, ceremonia que se ejecutaba en unas localidades a través de un mimbre y en otras a través de una encina.

El historiador y cronista de Pastrana Dr. D. Francisco Cortijo Ayuso nos proporcionó noticia de un curioso rito que se practicaba en aquella ciudad el día de San Juan ante la Virgen de la Soterraña (42) para curar a los niños herniados. En esa fecha los padrinos de la ceremonia, un Juan y una María, presentan al chiquillo desnudito ante la imagen, cuya lámpara votiva ha de encontrarse encendida. Los padrinos o pasadores mojan un algodón en el aceite que da luz y lo untaban al pequeño en las ingles. La fórmula oral de la entrega y paso de los padrinos era casi igual a otras muchas.

“María: Aquí te entrego este niño quebrado, devuélvemelo curado”.

Otros pueblos alcarreños como Hita, Torre del Burgo, Cañizar, Alarilla, Taragudo, etc. llevaban a los niños herniados a ser curados de su mal a la Virgen de Sopedrán, en la capilla de la Fuente Santa, donde cuenta la tradición que la Madre de Dios bautizó al moro HALI MAYMUN y en cuyas aguas se curaban heridas, cerraban llagas y hacían desaparecer las hernias inguinales infantiles si se las sumergía en ellas. La ceremonia seguida en el Monasterio de Sopedrán consistía en colocar por el santero o sacristán a la criatura desnudita en el centro de un pañuelo o mantoncillo blanco y tomándolo por sus cuatro puntas suspenderlo primero y sumergirlo después de golpe en el agua del pozo allí existente, acción que se repetía dos veces más, lo que proporcionaba al tierno infante, además del natural chapuzón, una gran impresión y el consiguiente llanto... y pasados unos días la desaparición de su mal.

La curación por inmersión la encontramos también en Añover de Tajo, en la zona de la Sagra, en el manantial situado bajo la Ermita de San Bartolomé, en cuyas aguas también “pasaban” a los herniados. Muy recientemente escuché en TVE del propio as ruso del ajedrez GASPAROFF, que de pequeño padeció una hernia inguinal, que se le curó al ser bautizado, pues su madre y su abuela materna decidieron cristianizarlo y como los ortodoxos realizan el bautizo por inmersión en la pila de agua bendita, la impresión que le produjo el baño retrajo la quebradura, lo que en cierto modo equipara el resultado con los propiciados en Sopedrán.

(42) VIRGEN DE LA SOTERRAÑA.- Imagen de la Madre de Dios escondida por los cristianos durante la invasión árabe en el siglo VIII y descubierta en el siglo XI en un sótano del Castillo de Zorita.

RITOS DE PASO EN EL EXTRANJERO

En el extranjero se practican también ritos de paso sobre árboles, para la curación mágicosimpática de la hernia inguinal infantil. En Alemania se hace sobre robles o encinas, lo mismo que en Francia, Suecia, Dinamarca, Inglaterra, Italia, Portugal,...

De “La Rama Dorada” de J. G. FRAZER. Edición 1981. Madrid, pag. 765, tomamos el siguiente texto: “En Inglaterra, algunas veces pasan a los niños por la hendidura de un fresno como remedio para la hernia o el raquitismo, y en adelante suponen que existe una cohesión simpática entre ellos y el árbol. Un fresno que fue usado para este propósito crecía en la linde de Shiley Heath, en el camino de Hockly House a Birmingham, Tomás Chillingworth, hijo del propietario de una hacienda colindante que tiene ahora 34 años, cuanto tenía uno de edad, fue pasado a través de un árbol parecido, ahora perfectamente sano, el cual cuida con tanta precaución que no consentiría que se le tocara una sola rama, cree que la vida del herniado depende de la vida del árbol y en el momento en que se talase aunque el paciente esté muy distante, la quebradura vuelve y sobreviene la inflamación, terminando con la muerte, como fue el caso de un hombre que guiaba una carreta por el camino en cuestión”.

“El proceder corriente para efectuar la cura es hendir un renuevo de fresno longitudinalmente como a lo largo de un metro, y pasar y repasar tres veces al niño desnudo a través de la hendidura al amanecer. En el Oeste de Inglaterra se dice que la pasada del niño debe ser a contrasol. En cuanto la ceremonia se ha ejecutado, atan fuertemente al árbol, cerrando la hendidura y emplasteciéndola con barro o arcilla. Se cree que de igual manera que se cierra la hendidura en el árbol, así la quebradura del cuerpo del niño cicatriza, pero si la raja del árbol permanece abierta, la quebradura queda igual, y si el árbol muriera con toda seguridad subvendría también la muerte del niño”.

En la misma obra J. G. FRAZER, su autor nos deja un testimonio curioso: “Cerca del Castillo de Dalhousie, no lejos de Edimburgo, crece un roble llamado el árbol de Edgewell, del que es opinión popular que está conectado con la suerte de la familia por un lazo misterioso, pues dicen que cuando alguno de la familia muere o está próximo a morir se desprende una rama del árbol de Edgewell. De ahí que cuando en un día plácido y sereno del mes de julio de 1874 cayó una gran rama del árbol, un viejo guardabosques exclamó al verlo: ¡El Lord ha muerto ahora mismo! Poco después llegaban noticias de la muerte del Fox Maule, undécimo Conde de Dalhousie”.

En la Rusia del siglo XIX cuando enfermaba un niño se le llevaba al bosque, se hendía o rajaba una encina joven y sobre la rajadura se pasaba tres veces al chiquillo enfermo y seguidamente la criatura y sus familiares daban 27 vueltas alrededor del árbol para que el tronco “recogiera” el mal, pasando del humano al vegetal, que en este caso si no se secaba haría que el niño sanase. El número de vueltas en torno al árbol confirman la seguridad de la interrelación del culto lunar y el dendrolátrico: el mes lunar y el dios Donar, imagen del trueno y de la fuerza.

EL CULTO AL ARBOL

El culto al árbol es tan viejo como la Humanidad y está contenido en la existencia del espíritu colectivo del bosque, interpretador de misteriosas fuerzas protectoras del hombre, que ha merecido destacados trabajos referidos especialmente a su poder mágico curativo.

Julio Caro Baroja afirma en su obra “Ritos y Mitos Equivocos” que los, “espíritus que habitan en los árboles impregnaron el sentir de algunos pueblos”. No fue por cierto la Alcarria proclive al trato amable al árbol, y aunque siempre hay excepciones que confirman la regla, encontramos en San Andrés del Rey un bosquecillo, apenas una mancha dentro de otra zona de robledales, en el que una implantación arbórea destaca de su entorno, especialmente por la atención que le dedican las gentes del lugar. Tal es el caso del bosque de los marojos cariñosamente respetado y atendido por los habitantes del contorno, que sin conocimiento profundo alguno de arboricultura tienen un peculiar cariño por los robledales, que aquí se presentan en sus variantes rebollo, quejigo, marajo, etc., parientes cercanos de las encinas, las arizas, el carballo, el melojo y otros que derivan del tronco QUERCUS, y que constituyen el conjunto arbóreo más venerado desde la antigüedad. Dice el gran botánico Emilio Guíuea que el roble es “el árbol más venerado por los humanos, que simboliza y representa a Zeus y Júpiter y gobierna el trueno y la lluvia..., considerándole más castigado por el rayo que cualquier otro árbol y en tales sacudidas se pensaba que se manifestaba el propio Zeus”. De la atracción del roble al rayo nos queda en la Alta Alcarria el dicho popular: “Cuando llueve y hay redoble (43) no te ampares en el roble”.

Hace siglos España era un inmenso bosque donde sus habitantes practicaron un culto al árbol legado de allende Europa, y que perdió fuerza a medida que desaparecieron grandes manchas de su arbolado sometidos a la devastación del fuego y a talas inmensas.

El culto al árbol se mantuvo merced a la influencia céltica ya que “los bosques sirvieron de templos y las rocas de altares, siendo divinizadas las aguas”.

La veneración del culto al roble y sus parientes, procede del Asia y su origen se asocia a la magia atribuida a fuerzas naturales tan fundamentales como el Sol, el fuego, la lluvia, o la Luna, y establece ideas dendrolátricas precursoras de las religiones. De aquella confusa dendrolatría nace una dendromancia o arte del vaticinio sobre el porvenir y la curación de las personas en la que juega un gran papel la inclinación del árbol, el rumor de sus hojas o la cicatrización de sus propias heridas. Son tantas las creencias en torno al árbol que ya los romanos “respetaban” al que sufría la descarga del rayo, pues creían que desde ese momento gozaba de una potencia preservadoras de la que brotaban fuerzas extraordinarias provenientes de un traspaso de energía del Cosmos. En

(43) REDOBLE.- Tormenta con truenos.

algunos pueblos alcarreños se cree que frotándose la espalda contra el tronco de un roble o de una encina se adquiere una fuerza extraordinaria dimanante del espíritu del árbol, y así se dice también “ser fuerte como un roble” y “no partirle un rayo”.

Existió un culto ario al roble, del que procede la fe en el marojo como elemento sanador, que llegó con el DRUISMO, la religión céltica en la que la magia arbórea es fundamental. Es el roble el séptimo árbol en el orden DRUIDA, y se corresponde con su letra D de su alfabeto (D, por Duir).

Del oriente asiático nos llega el culto al árbol, quedando implantado en la vieja Europa germánica y nórdica que son las zonas de mayor densidad forestal, donde adquiere conciencia de totem colectivo con la creencia de que los espíritus habitan el bosque y con mayor fuerza en los robledales. De esta parte se ocupa J. FRAZER al estudiar lo que llama “la sensibilidad de los árboles y la inteligencia de los espíritus que los habitan, así como la magia establecida entre la vida de ellos y los hombres” (44).

Los poetas griegos y romanos se inspiraron con frecuencia en las DRIADAS (45) y HAMADRIADAS (46) y en SILVANOS (47) y FAUNOS (48), que más tarde se corresponden con las deidades conocidas como SATIROS y NINFAS en la mitología arbórea nacida de antepasados que antes fueron árboles.

Existen en torno al árbol infinidad de creencias, algunas tan fantásticas para el mundo racional y analítico de hoy, como la de la leyenda vasca recogida por Barandiaran, que Julio Caro Baroja cita en su obra “Ritos y Mitos Equívocos” pag. 143, según la cual los árboles “iban por su propia voluntad a los caseríos para que los quemaran, hasta que una mujer se enredó con las faldas en ellos en el portal de su mansión y colérica dijo: “ETORRICO EX BALI OBEA LEIKO” que traducido quedaría así: “SERIA MEJOR QUE NO VINIESEN” y desde entonces es el hombre quien tiene que ir al monte a cortarlos”.

El árbol fue y es para el hombre mucho más que un vegetal aprovechable. “El árbol mantiene relaciones muy numerosas con el hombre que vive en sociedad” (49), como si la sensibilidad que proyecta hacia todo ser vivo garantizasen una mutua correspondencia. El propio FRAZER estima que la magia es cuestión intelectual y no mística, por la misma razón que la magia es universal y la religión no. El cree que “la edad de la magia es anterior a la edad de la religión”.

(44) “Estación de Amor” Julio Caro Baroja. Taurus Ediciones S.A. Madrid 1.985. página 113.

(45) DRIADAS.- Ninfas de los árboles.

(46) HAMADRIADAS.- Ninfas de los bosques.

(47) SILVANOS.- Deidad de la selva.

(48) FAUNOS.- Semidios de los prados y de los bosques.

(49) MICHAEL HABERLANDT. “Etnografía”. Ed. Labor S.A. 1.926.

Robert Croves en "La Diosa Blanca" retrata al roble como árbol de Zeus, Júpiter, Hércules, etc. y señala que los fuegos del día de San Juan se alimentaban con leña de roble, al igual que el fuego de Vesta en Roma. El roble es el árbol que simboliza la emoción y el triunfo, y se dice de él, que como el fresno "corteja al relámpago". También distingue a Zeus como dios del roble que va armado de rayos.

La etimología del roble, estudiada por varios autores, de la que se ocupa intensamente James Frazer, significa "puerta" en todos los idiomas indoeuropeos en sus acepciones sinónimas, acero, entrada, frontera, vida, etc.

De la fortaleza y la longevidad del roble y de su cercano familiar y la encina, existen evidencias históricas, así como de sus citas en la Biblia (50); en alguna ocasión su presencia sirve para determinar y deslindar campos, como en el amojonamiento realizado en el término de Yélamos de Abajo en 1629 al ser enajenado por Felipe IV, cuyo texto manuscrito en letra gótica, con la firma del propio rey se encuentra en la Biblioteca Nacional, y que en la parte citaba, muestra para nosotros interés: "Y en el dicho moxón el dicho medidor hixo la dicha medida por el dicho término y el campo adelante que divide los dos términos jurisdicciones de las villas de Yélamos de Abaxo y de Arriba hasta llegar a otro moxón que es de una encina grande que la dicha encina moxón está en un cerro que llaman el Sitio del Rebollar y del otro moxón a este declaro haver y hubo quinientas varas".

Por otra parte se justifica por si solo, el culto al roble por el carácter mágico que en este árbol tiene atribuido y que encarna como totem de fuerza, longevidad y protección,... En lo práctico el roble proporciona una de las maderas más duras, uno de los combustibles más calóricos, uno de los frutos mejor conservados, un curtiente de fácil uso y varias aplicaciones medicinales de su corteza y hojas.

Después de los asiáticos, fueron los pueblos germánicos quienes adjudicaron un mayor poder mitológico al roble y la difusión de su mágico poderío se extendió pronto a otros pueblos europeos, incluso los de la península ibérica donde fue llegando durante siglos en sucesivas oleadas.

Cuando se instalaron los visigodos sobre la cultura romana, adoptaron su estructura vial y urbana y modificaron sus leyes jurídicas y religiosas, pero no renunciaron a la milenaria práctica dendrolátrica rindiendo culto al roble "el dios de los árboles". Persistió en muchas regiones el amor indoeuropeo al roble, con influencias germánicas y nórdicas, y de ello hay constancia por toda la geografía española.

El alma humana reverencia al roble en toda Europa, cuando una serie de ritos, que según algunos etnólogos se identifica como indoeuropeo dentro de los cultos solares que se practicaron en Persia. El principal defensor de esta teoría es José M^a. IRIBARREN.

(50) La encina de Abraham. Génesis 18.

Estos atávicos restos del paganismo se han mantenido amparados en otros que inteligentemente aceptó primero y adoptó después el Cristianismo en diversos concilios. Tal es el caso de fiestas y costumbres confundidas entre el ritual católico, especialmente las celebraciones del solsticio de verano coincidente con los festejos agrarios sanjuaneros, etc., que hoy constituyen una liturgia popular de fe.

Las civilizaciones se miden por largos espacios de tiempo, por siglos en muchas ocasiones, pero sus raíces insertan siempre en otras milenarias de un pasado remoto coincidente con prácticas atávicas y ancestrales que corresponden a ese testigo del pasado del que siempre queda un poso, un rastro, una huella, envueltos ambos en un misterioso perfume del que no podían substraerse los celtíberos, dueños de un pasado tan rico en creencias y cultos arbóreos. Es muy fuerte el arraigo y dependencia del “gran medidor”, alumbrador, calentador de la tierra, que ordena y rige la vida, el día y la noche del árbol, -en este caso el roble- al que “pasa” su poder, unas veces mediante la luz, otras merced al calor, en muchos por el viento y sobretodo cuando se manifieste por la potencia del rayo.

En la vida práctica el roble proporcionó múltiples aplicaciones: sirvió para empalizadas primero y edificios después, para lanzas y mangos de hacha, para torres de guerra y cureña de cañones, su fruto alimentó hombres y animales, su corteza fué un gran curtiente y mezclada con vino tinto se aplicó como remedio contra las anginas y otros males. En muchas estelas funerarias de origen céltico figuran árboles supuestamente robles entre sus símbolos, lo que confirma el carácter dendrolátrico de aquellas culturas tanto en los pueblos nórdicos europeos como entre los colonizadores de América del Norte, procedentes de Irlanda y Holanda especialmente.

Los hebreos idólatras rindieron culto a la encina, y a su sombra se prostituyeron sus hijas contando con el perdón de los profetas. Posteriormente existen textos del Antiguo Testamento con citas a la encina, el roble y el terebinto como árboles sagrados (51). La cultura judía señala la desacralización de los bosques a través de la Biblia encontrando entre los más interesantes en Deuteronomio XII.2 cuando dice: “Destruiréis enteramente todos los lugares donde las gentes que vais a desposeer han dado culto a sus dioses, en los altos montes, sobre los collados y bajo todo árbol frondoso. Destruid sus altares y romped sus estatuas entregando al fuego sus bosques profanos”.

En Palestina los árabes creen en la santidad de muchos árboles, ya sean encinas, robles, terebintos, etc., adorándolos, rogándolos y frotando su cuerpo y zonas doloridas con el ramaje, pero sin atreverse a desgajarlo del árbol. Los filipinos afirman que las almas de sus difuntos se reencarnan en árboles a los que ofrendan oraciones y a veces ropas del fallecido colgadas de sus ramas hasta que el tiempo y los elementos las

(51) La encina y el roble son confundidos tanto en la literatura antigua como en la tradición idolátrica, ya que ambos pertenecen a la familia QUERCUS siendo la primera ILEX y ROBUS el segundo.

destruyen. A este respecto J.G. FRAZER en "El folklore en el Antiguo Testamento" hace referencia a curaciones de enfermos colgando sus ropas de las encinas, así como poner remedio a sus males de reuma y lumbago arrastrándose bajo la sombra de estos árboles, o lograr un parto feliz si las preñadas gatean bajo sus ramas.

El roble tiene también para la sociedad española carácter sagrado y símbolo de la justicia. Julio Caro Baroja en "Ritos, Mitos y equívocos" dice: "que solo después de jurar so el árbol, se es señor; solo legislando so el árbol, se hace ley; solo convocado so el árbol un hombre puede ser acusado y condenado o absuelto de modo legal" (52).

La tradición del pueblo vasco, transmite la creencia de que Dios plantó el Arbol de Guernica hace mil años y que no debe dejársele morir porque de lo contrario los vascos se verán perdidos.

*"MILLA URTE INGURU DA
JAINKOAK JARRI ZUELA
ESATEN DUTELA
GUERNICA'KO ARBOLA.
ZAUDE, BADA, ZUTIK
ORAIN DA DENBORA
ERORITZEN BA'ZERA
ERRAS GALDU GERA."* (53)

El roble fue para los indoeuropeos un dios, que los druidas adoraron y los celtas temieron. Sus mayores protectores fueron los romanos,, siendo los vascos quienes lo hicieron símbolo de su pueblo y los más modernos arios, los germanos, los nazis alemanes le consagran como meritorio emblema de las más altas condecoraciones del III Reich. Los británicos le dieron culto desde el 1600 a.J.C. llegando incluso a practicar ciertos ritos funerarios en los que se introducía el cadáver en un tronco hueco de este árbol siendo luego incinerado por creer que el tránsito de la vida terrena al más allá se hacía más fácilmente dentro de un ataúd que lo conducía directamente ante Zeus.

La superioridad del roble se representa en la idea antigua de la conjunción de los tres mundos poderosos: el de la Tierra, el del Cielo y el del Infierno, que se corresponden con la idea que totaliza aire, agua y rayo. De este culto arbóreo llegado con los arios hace miles de años desde Oriente nace la popular fe de su poder, proclamándose de hecho rey de los árboles, dios del bosque y paradigma del valor, coraje y la fuerza, siendo el más mítico de los árboles, pues incluso el legendario ULISES antes de decidir cualquiera de sus aventuradas empresas le consultaba como al mejor de los oráculos.

(52) "Ritos y Mitos equívocos" Julio Caro Baroja. Ed. Istmo. Madrid 1974.

(53) GUERNICA.- La tradición cuenta que hace mas de mil años que existe el Arbol de Guernica. En el himno al milenario árbol se dice: "Según la Historia dice, el Arbol de Guernica, hace mas de mil años por Dios fue plantado. Arbol santo no caigas, que sin tu dulce sombra, irremisible nuestra perdición es".

(Versión de Jaime Querexeta).

Frazer, en su gran obra “El Folklore en el Antiguo Testamento” destaca como los hebreos, en la remota antigüedad tenían especial devoción a la encina y al terebinto (54), árboles parecidos que llegaron a ser confundidos por los cronistas y por los traductores griegos de la Biblia. Nos narra también el insigne irlandés que a la sombra de estos árboles sagrados enterraban a sus más prestigiosos y virtuosos ancestros, traspasándose mutuamente árboles y santos sus propias capacidades mágicas. Estos encinares situados siempre en lugares altos fueron objeto desde épocas remotas de culto propiciatorio de magia a pesar de que el “Libro de los Libros” invita a los israelitas por orden de YAHVE a destruir, como ya se ha dicho anteriormente “todos los lugares sobre las altas montañas, encima de las colinas y bajo todo árbol frondoso” (55).

Desde el norte de España hasta ambas Castillas se extendió la costumbre de celebrar bajo el roble o el olmo, las reuniones comunitarias. De ello quedan algunas muestras en la olma (56), hoy por desgracia perdida por la grafiosis. Este árbol representó para el vecindario amparo, protección y solidaridad, y bajo su amplio y copudo ramaje el pueblo celebró sus concejos abiertos y no pocos ritos festivos y transacciones comerciales.

(54) TEREBINTO.- En tierra Santa además de la encina se encuentra muy extendido el terebinto, nombre que deriva del latín TEREBINTHUS, arbolillo de la familia de las ANACARDIACEAS que alcanza hasta seis metros de altura. Tiene un tronco ramoso; hojas alternas; flores en racimos; frutos en drupas pequeñas, primero rojas y al madurar casi negras. Su madera es dura y compacta; de su corteza exuda gotas de trementina blanca muy olorosa.- Los hebreos confundían muchas veces las encinas con los terebintos, pues aunque son árboles de distinta familia tiene un aspecto general muy parecido, por lo que a veces en el Antiguo Testamento se confunden una y otro, por culpa de los sucesivos traductores de la Biblia. Señala J.G. Frazer en “El Folklore en el Antiguo Testamento” Fondo de Cultura Económica. Madrid 1981 que “las palabras hebreas traducidas ordinariamente como encina y terebinto son muy parecidas... de modo que cuando nos encontramos con una u otra de ellas en textos del Antiguo Testamento resulta en cierta medida dudoso si el árbol a que se hace referencia es en realidad una encina o un terebinto.-” Por otra parte también en la Biblia se lee que Abraham vivió junto a los terebintos o encinas de Mamré y allí bajo su sombra y a la puerta de su casa se le apareció Jehová bajo la apariencia de tres mensajeros, y con ellos compartió su comida: luego levanto un altar. Siempre la encina o el terebinto han sido objeto de adoración, aunque después de muchas vicisitudes e interpretaciones de múltiples traductores el pleito de la larga rivalidad de competencia quedó fallado en favor de la encina, a la que por cierto los griegos consagraron a Poseidón, Heracles y Cibeles.

.- En ocasiones la encina sirvió como hito o mojón delimitador de terminos y jurisdicciones, y ejemplo de ello es el texto que figura en el documento que otorga y firma el Rey Felipe IV el año 1629 en El Escorial enajenando la villa de Yélamos de Abajo en favor del pueblo.: “Y en el dicho moxon el dicho medidor hizo la dicha medida e noto lo necesario con el instrumento e fue aciendo la dicha medida por el dicho término y campo adelante que divide los dos terminos y jurisdicciones de las villas de yelamos de abajo y de arriba hasta llegar a otro moxon que es de una encina grande que la dicha encina moxon en un cerro que llaman el sitio del Rebollar y del otro moxon a este declaró haber y hubo quinientas varas.”

(55) DEUTERONOMIO.- Deuteronomio XXI.

(56) OLMA.- Olmo de copa redonda formada a través de las ramas que nacen en la cruz.

El nacimiento del culto y veneración arbórea referido al roble se sitúa como vieja práctica precristiana coincidente con el culto pagano al Sol celebrado en el solsticio de verano, y que en toda cultura agrícola, como la muestra, se justifica por sí misma por el hecho de que el labrador mire continuamente a lo alto para vaticinar el resultado de la cosecha futura cubriendo un ciclo anímico en el que se definen ruego, petición, temor, esperanza y agradecimiento.

Los ritos agrarios se mueven en torno al Sol, padre de la fertilidad, la lluvia y la granazón de la cosecha, aunque hubo un lógico interés en despaganizarlo por parte de la iglesia cristiana, si bien no siempre se consigue. San Agustín declara con santa honradez en uno de sus maravillosos sermones: “Nosotros solemnizamos este día (San Juan, 24 de junio) no como fieles a causa del Sol, sino a causa del que ha hecho el Sol”.

La creencia nórdica de que cada árbol tiene espíritu, aquí aparece como carácter selectivo concedido solamente al marojo, al que de hecho se le presupone fuerza positiva para remedio de males, o cargando por el contrario de valor negativo a la higuera y al nogal. A la primera por asociársela con la muerte, por ahorcamiento de Judas y al segundo por creer que dormir a su sombra produce dolores de cabeza y articulares y que el cocimiento de sus hojas tomadas por la mujer produce aborto y la hace infecunda.

Al mal agüero atribuido a la higuera contribuyen la fragilidad de su madera y el mal olor que produce al ser quemada, así como creerse que siempre alberga animales desagradables.

*“A una higuera me subí,
y me caí de lo alto,
que a la higuera solo suben
los grajos y los lagartos”.*

El refranero alcarreño también nos ha dejado testimonio negativo de algunos árboles: “Tarde tormenta, ni torre ni higuera”; “Sombra de nogal, traesme mal”; “Bajo el nogal, si hojas no ha”; “Tras de sudar, huye del nogal”; “Bajo nogal, no parar”; “Sombra de noguera no la quieras”; “Sombra de nogal y de higuera, nunca medra”; “Más falso que rama de higuera”.

Roble y encina son emblema y símbolo céltico por excelencia. Para los celtas el roble representa la vida y el cosmos y supone inmortalidad relacionándolo con su verticalidad, su mundo inferior, su mundo central y el celeste (57).

La condición del árbol sagrado del roble y su carácter totémico nos lleva a buscar la definición que el totem hace la Real Academia de la lengua: “Objeto de la naturaleza, generalmente un animal, que en la mitología de algunas tribus salvajes se tomó como emblema protector de la tribu o del individuo y a veces como ascendiente o progenitor”.

(57) “Diccionario de Iconografía y Simbología” José Luis Morales y Marín. E. Taurus. Madrid 1984. Pág 51.

Es el culto del roble una remota herencia totémica cuyo origen probablemente nace en el cuaternario y que en este caso derivan de la magia que estrecha al binomio hombre-árbol, que modernamente llamamos dendromancia, que extiende su capacidad a su posibilidad de adivinación, vaticinio, presagio atribuido según la inclinación de los árboles o la conformación de sus troncos y ramajes. Cuando el culto totémico es llevado a las plantas, constituye la Fitomancia.

Los pueblos eslavos y germanos ejercían la justicia bajo el gran roble del poblado, por ser este árbol mágico el punto de contacto entre el Cielo y la Tierra, siendo así que su sombra gozaba de su doble condición protectora, celeste y terráquea, reverenciada desde sus ancestros años.

El roble, árbol sagrado para los indoeuropeos o arios es el rey de los espíritus arbóreos entre las deidades forestales y según J. G. FRAZER. el culto al dios roble fué compartido por todas las ramas del tronco ario de Europa, manteniéndose en forma activa en los bosques germanos. Los eslavos que también tuvieron en el roble su dios arbóreo, lo consideraron un dios tronante (58). De esta adoración arbórea también participaron los lituanos hasta el s. XIV en el que el Cristianismo llevó sus templos a la que hasta el momento solo habían sido bosques sagrados para el culto de dioses paganos.

En la antigüedad existió la universal creencia de que cualquier ser vivo, incluido los vegetales, estaba dotado de alma, especialmente el roble al que se trataba de salvaguardarle del dolor, que no solamente podía ser físico, sino también anímico. FRAZER en "La Reina Dorada" dice que "a quien descortezaba a un árbol vivo le arrancaban el ombligo y lo clavaban en la parte descortezada obligándole a dar vueltas al árbol hasta enrollar con sus intestinos la parte del árbol inutilizada".

El muérdago es también elemento mágico de la foresta por el hecho de nacer en el roble, y los celtas le atribuyen doble poder por que "cura enfermedades, hace concebir a las mujeres estériles, sana la vista", etc. Plinio aseguraba que todo lo que nace sobre el roble es enviado por el Cielo y que el muérdago es un regalo de Dios, idea de la que también participan los druidas.

Al creer de los pueblos arios, el roble es el árbol divino por excelencia, porque el Dios del Cielo lo escoge con frecuencia para enviarle su poder en forma de centella. De igual forma los celtas y germanos de las selvas de Europa Central lo sometieron a su influencia de DONAR, dios del trueno, que recibe el sobrenombre de THOR y ante cuya voz temblaban todos los dioses. Por el contrario, en su aplicación terrena inmediata, el roble goza de fama benéfica y solo recibe alabanzas que van desde el uso nobilísimo de su madera al beneficio medicinal que aportan su corteza y sus hojas, al poder astringente y al supremo valor protector del muérdago que en él se cría.

(58) TRONANTE.- Que truena.

Otras peculiaridades de las creencias sobre el roble se manifiestan con cierta afinidad a cientos y hasta miles de kilómetros de distancia como si el origen de las ideas que las sostienen fueran remotamente las mismas. Así, por ejemplo, cuenta FRAZER que cuando cae el roble al ser talado “da tales gemidos y gritos, que pueden oírse a más de una milla, como si estuviera lamentándose el genio del árbol”. Los campesinos austriacos creen que los árboles sufren y sienten las heridas del hacha que los tala, tanto como los sufriría un ser humano. En el Palatinado al iniciar su tarea los madereros, le hablan al árbol con respeto y humildad diciéndole: “perdóname, pero te tengo que derribar”. En algunos lugares de España cuando empezaban su misión los taladores, se persignaban ante el árbol que había que derribar o trazaban una cruz con el corte de la herramienta sobre la corteza.

Griegos y romanos concedieron al roble su más alto grado de adoración cuando la tempestad le escogía para tocarle el rayo, cercándolo con vallas y protectores y consagrándole como dios. Ante este y otros antecedentes divinizadores no es de extrañar que aparezca en la Alcarria un roble de la variedad marojo en San Andrés del Rey, verdadera reliquia dendrolátrica, objeto principal de este trabajo.

El roble que forma parte de la heráldica figurante en estelas funerarias, que es el árbol juradero de Vizcaya y de los Reyes Españoles como Señores de Vizcaya, que da apellidos a muchas familias, que es elemento decorativo importante, proporciona una extensa lista de topónimos provinciales tanto de nombres de pueblos como de parajes. En esa lista referida a Guadalajara las etimologías corresponden al “quercus” bien de encina o roble y algunas otras de distintas familias arbóreas. De ellos recordamos: Aranzueque, (59), Alcolea del Pinar, Cereceda, Beleña de Sorbe, Carrascosa de Henares, Castilmimbre, Cerezo, Espinosa de Henares, Fuentelahiguera, Fuentelencina, Fuentelsaz, Hiendelaencina, Málaga del Fresno, Matarrubia, Matas, Matillas, El Olivar, Olmedillas, Olmeda de Cobeta, Olmeda de Jadraque, Pinilla de Jadraque, El Pobo de Dueñas, Poveda de la Sierra, Rebollosa de Hita, Rebollosa de Jadraque, Robledo de Corpes, Robledarcas, Robledillo de Mohernando, Roblelacasa, Robleluengo, Torrebeleña, Valderrebollo, Valdesotos, Viñuelas, Zarzuela de Jadraque, Saúca.

Desde que el hombre usó y organizó su facultad de razonar, subordinó su vida a las grandes fuerzas “regidoras” del Universo y adoró a los astros, al fuego, a los árboles y a algunos animales. Mas tarde la cristianización de la extensa liturgia pagana que se concedía al árbol sufre una transformación en la que de su olimpo arbóreo quedan ancestrales reminiscencias transformadas en advocaciones marianas, es decir, que a la veneración otorgada a la Virgen María se la distingue con apellidos de localización arbórea tan conocidos en Guadalajara, como Virgen del Peral, de la Salceda, del Madroñal, de las Viñas, de los Robles, del Encinar, de los Olmos, de la Encina, del Pinar, de los Enebrales, de la Oliva, del Espinar, de la Zarza, del Espino, etc.

(59) ARANZUEQUE.- Del vasco aranz=espino.

SUPERSTICIÓN Y MAGIA

Desde épocas remotas el hombre vió en el árbol la imagen de un dios que intercomunicaba las deidades celestes con las de la Madre Tierra: Sol, Luna, Agua y Tierra. Su enlace se mostraba en vertical, siendo el crecimiento de abajo hacia arriba y de arriba hacia abajo, siguiendo la línea impuesta por el calor solar o la lluvia que determinaban la sazón del fruto. Los encargados de establecer el culto a aquellos dioses fueron los druidas, sacerdotes de los antiguos galos y britanos, que ejercían su ministerio en los bosques e impartían justicia, según sus leyes. Fue un tiempo en el que la magia del bosque fue compartida, también, por las driadas, hermosas mujeres divinizadas; por las homedriadas, ninfas arbóreas; por los faunos, divinidades selváticas, y por silvanos, semidioses de los bosques. Todos ellos transmitían el poder benéfico del espíritu del árbol que les otorgaba Dios. De este concepto divinizado surge la adoración que da origen a que los germanos elevaran a santuarios los bosques, donde cada árbol era colectiva e individualmente objeto de culto, y fué tal su idolatría que castigaban severamente al que dañaba o descortezaba a alguno de ellos que estuviera en pié, hasta el punto de imponerle como pena el arrancar el ombligo al culpable y sacarle por allí el intestino atándolo con él al tronco del árbol maltratado y obligándolo a dar varias vueltas en su derredor, hasta “encortezarlo” con sus tripas, como ya citamos anteriormente.

El hombre enfrentado siempre, a lo adverso y al misterio, impetra ayuda del Invisible Poderoso y de los múltiples ídolos en los que supone existencia de energía sobrenatural. Más tarde apoyándose en el prodigio que le rodea surge la magia, que es la ciencia o arte que enseña a hacer cosas extraordinarias y admirables, gracias a lo que adquiere poder, si es ejecutante o mago, y protección si es receptor. La magia se fundamenta en causas naturales pero desconocidas para la mayoría de los humanos, lo que la reviste de apariencia sobrenatural dados sus extraordinarios efectos. Más tarde aparece la ciencia que razona el conocimiento de los efectos por sus causas. Sobrevolando tan extrañas fuerzas, la religión permanece como base de toda esperanza.

Al teorizar FRAZER sobre el problema de las creencias afirma que “magia, religión, y ciencia no son nada más que teorías del pensamiento, y que así como la ciencia desplazó religión y magia, puede que algún día otra hipótesis más perfecta arrincone a la propia ciencia”. Entre tanto y partiendo de que en algún tiempo, magia, religión y ciencia se confunden y yuxtaponen, tratemos hoy de analizar el Paso del Marajo situándolo en el lugar que le corresponde como fenómeno social de una remota cultura.

No es fácil imaginar el origen de este rito de paso, ni la razón de sus prácticas y creencias dado que su nacimiento data de miles de años, habiendo pervivido a pesar de su tribulación por el desgaste que le produjeron otros pueblos y razas, religiones y guerras, e influencias de todo orden, a pesar de lo cual ahí está firme e inamovible la base de su liturgia, que sin duda se define rotundamente como indoeuropea.

Pericot (60) afirma categóricamente, refiriéndose a la cultura indoeuropea, y su influencia en la Península, que “De esta raíz han de haber quedado en España, en especial en sus zonas montañosas atrasadas muchos elementos espirituales y sociales, las prácticas de caza más primarias con todos los elementos que comportan los ritos relacionados con el totetismo y la magia, sobre todo esta última”.

Otra autoridad tan destacada en antropología, cual es J. G. FRAZER, considera que la magia imitativa ya era practicada por los pueblos arios hace más de veinte mil años, así como los ritos contaminantes, que a su vez por su matiz positivo o negativo “podían” transferirse con deseo y afán de bien o curativo, o por el contrario trasladar el mal; y en cuanto a la magia homeopática la cree “fundada en la asociación de ideas por continuidad. La magia homeopática cae en el error de suponer que las cosas que se parecen son la misma cosa; la magia contagiosa comete la equivocación de presumir que las cosas que estuvieron una vez en contacto siguen estándolo”.

La magia del Paso del Marajo llamada por algunos “gracia” se afirma en la frase latina SIMILA SIMILIBUS CURANTUR (con símiles se curan los similares), y puesto que lo semejante produce lo idéntico, y las cosas que han estado en contacto deben seguir “eternamente intercomunicadas” por similitud y contagio, o lo que es lo mismo, que pretende confirmar la magia imitativa y contagiarla a la vez. Dicho de otra forma: lo que se contacta una vez, continúa influyéndose mutuamente formando similitud y contagio o acción imitativa contagiosa, por la misma teoría mantenida en la creencia popular tan generalizada de que al pasar una estampa o una medalla sobre el sepulcro de un santo, este se intercomunica traspasándole parte de su propio ser a la imagen del grabado o del acuñamiento metálico. De igual forma al usar una joya, una prenda o cualquier otro objeto que hubiera pertenecido a algún antepasado, se dice que transmite su espíritu, acompañando y aún protegiendo al portador, como humorísticamente manifiesta la copla rondeña parejana:

*“De tu abuela, tu heredaste
los zarcillos y el collar,
y el levantarte temprano
y el no comer por ahorrar.
Porque te conozco prenda
contigo me he de casar”.*

Transferir el mal de una persona, tal como sus berrugas, el aojamiento, la hernia, etc. a un árbol se le llama “pasar”. Los ritos de paso han tenido un estudio excepcional en F. H. GARRISON, que les dedica un extenso capítulo en su “Historia de la Medicina”(61) donde establece que este tipo de curaciones por “paso” obedecen a la

(60) LUIS PERICOT. Historiador y arqueólogo español autor de “La España Primitiva”, “La Cueva de Paspallo” y otros. Nació en 1899.

(61) F.H. Garrison. Espasa Calpe. Madrid 1921.

creencia de la regeneración material que procede de la primitiva adoración al poder generador de la Naturaleza, que como culto del LINGA (62) y del YONI (63) practicaban los pueblos arios. Frazer cree que son ritos mágico-simpáticos asociados a la idea del alma externa” o a la interrelación del individuo con el árbol. Sin embargo Julio Caro Baroja atribuye la curación a la creencia del poder mágico que posibilita que el árbol actúe por la fuerza recibida de los seres que le animan (64).

El rito de paso es también rito de transferencia del sufrimiento materializado en el poder individual de intercambio mágico entre el hombre que lo sufre y otro ser vivo, en este caso el árbol, aunque a veces la transferencia no se hace con carácter individual, sino al colectivo arbóreo, al bosque. Existen pasos de persona a persona, de persona a cosa, de persona a animal, o de persona a vegetal, la mayoría de las veces representado en el árbol. Este último caso es el que encasilla al marojo, que al actuar como receptor del mal (la hernia), modifica el aspecto externo con el abultamiento de la cicatrización de la hendidura o rajadura, que adquiere forma de quebradura en la corteza del árbol. Es en definitiva la materialización de una simple conexión simpática que se establece entre el que sufre y su elemento sanador.

El paso del Marojo de San Andrés del Rey, como otros tantos pasos de rito paralelo, sobre diversos árboles, que en el mundo siguen practicándose produciendo curaciones, constituyen casos de sanaciones homeopáticas o imitativas, que tanto Frazer como sus traductores llaman “magia simpática”.

Los ritos de paso sobre hendiduras de roble creen en común en la cicatrización de la herida del árbol y la subsiguiente desaparición del mal en la criatura pasada. Con ligeras variantes todos estos ritos tienen como sujeto activo al enfermo, como elemento mágico al árbol y como testigos que ofician de sacerdotes a los padrinos o pasadores. El carácter dendrolátrico del bosque ampara siempre la ceremonia, que ha de tener algo de íntimo y misterioso, pues el árbol objeto de paso que se hermana con el niño quebrado no ha de ser derribado mientras ambos vivan. Cortar el árbol es segar dos vidas; cuando el niño, ya hombre, muera, el árbol se secará, al menos así se cree en muchos lugares de Europa. La creencia en esta recíproca vinculación hace que los guardabosques de Gran Bretaña y de Alemania vigilen y defiendan los árboles en los que se practicó alguna cura por rito de paso, pues de su existencia depende la del sujeto que con ellas está ligado” (65).

(62) LINGA.- Símbolo también del falo, fuerza creadora universal que destaca en los templos de la religión hindú.

(63) YONI.- Principio generador femenino de la mitología hindú considerado fuente de vida y de virginidad. Para pasar el yoni se hacía una imagen en forma ovoide o almendrada en oro, y a su paso se conseguía la regeneración y la curación.

(64) “Los Vascos”. Julio Caro Baroja. Ed. Istmo. 1971.

(65) “Folkmedicina”. Antonio Castillo De Lucas. Ed. Dossat S.A. Madrid 1958. Pag 478.

Los rituales de paso a través de árboles jóvenes hendidos corresponden a ceremonias de una antiquísima y atávica creencia, según la cual “las divinidades tutelares habitan en los árboles” (66). lo que en cierta forma supone una reencarnación o forestación de la persona que lo plantó y lo cuidó como un ser superior; es pura dendrolatría saturada de amor hacia aquel ser con doble personalidad: la del árbol y la de aquel familiar nuestro que lo plantó y cuidó.

Las ceremonias y prácticas mágico-medicinales se corresponden, por las fechas en que se realizan, con cultos solares coincidentes con el solsticio de verano, que en apariencia se asigna con exclusividad a la festividad religiosa de San Juan. Es sin embargo un rito solar de origen ario. En la misma época se ejecutan otros ritos a los que se les asigna poderes fecundatorios de cosechas, y su liturgia queda determinada por la lustración mediante el agua o saltando sobre el fuego.

Toda fiesta en torno a la hoguera tuvo siempre un sentido purificador lustrativo y propiciador de salud. Los romanos saltaban tres veces sobre la hoguera en la fiesta de Palas Atenea (67), y pasaban a sus ganados a la carrera sobre una línea en llamas para protegerlos de las alimañas.

El Sol siempre fue objeto de múltiples cultos, ya que se le atribuyeron beneficios tanto en el orden agrícola y ganadero como en el medicinal. Su índice propiciatorio se extiende a la pura práctica mágica. Quienes creen interpretar los sueños dicen que soñar con el Astro Rey es signo de buen agüero, como lo es también verlo “bailar” al amanecer el día de San Juan a través de una criba o un arnero.

- *El Sol de San Juan, quita reuma y alivia el mal.* -

La fiesta solsticial de verano extiende sus creencias propiciatorias y mágico medicinales sobre determinados ritos celebrados en esta fecha, que según Julio Caro Baroja, giran en torno a once prácticas de origen indoeuropeo, que el gran antropólogo clasifica y ordena en su obra “Los Pueblos de España” (68) de la siguiente forma:

- 1.- “Crear que el Sol sale bailando la mañana de San Juan”.
- 2.- “Bañarse o pasearse descalzo sobre la hierba humedecida por el rocío, a fin de asegurar la salud para todo el año”.
- 3.- “Adornar con ramaje de pino albar y fresno las puertas y ventanas para proteger la casa contra los rayos”.
- 4.- “Alfombrar los umbrales de las puertas con diversas flores y hierbas”.

(66) “Ritos y Mitos equívocos”. Julio Caro Baroja. Ed. Istmo Madrid 1974.

(67) PALAS ATENEA. Diosa protectora de Esparta y de los ganados.

(68) “Los pueblos de España”. J.C. Baroja. Editorial Barna S.A. Barcelona 1946. P.312

5.- “Conservar estas durante todo el año para utilizar su infusión en caso de ciertas enfermedades”.

6.- “Hacer fogatas delante de las casas (y en las encrucijadas) durante la noche anterior a San Juan”.

7.- “Llevar a las piezas del labrantío manojos de hierbas encendidas en estos fuegos, a fin de ahuyentar los malos espíritus y evitar plagas y enfermedades de las cosechas”.

8.- “Saltar sobre estos fuegos para evitar dolencias”.

9.- “Plantar en la plaza pública el llamado árbol de San Juan, que no debe ser reclamado por su dueño, aunque se haya sustraído contra su voluntad”.

10.- “Coronarse con flores y hierbas los romeros concurrentes a ciertas ermitas de San Juan”.

11.- “Pasar tres veces a los herniados por una hendidura practicada en un roble a fin de que cure la dolencia”.

Varios etnólogos adjudican los ritos de paso a una remota cultura indoeuropea, que procedente de la India se asienta en la Europa Occidental, y más concretamente en la vieja Germania, extendiéndose en sucesivas invasiones hasta llegar a la Península Ibérica. Ello se constata porque pueblos distintos en origen guardan similares o parecidos ritos, coincidiendo también en ciertas expresiones orales, cerámicas, creencias, danzas, etc. El historiador Luis Pericot cree que a fines del segundo milenio antes de Jesucristo ya existían en el occidente de Europa grupos indoeuropeos. Roger May, en su interesante obra “Cinco mil siglos de misterio” determina otra proyección del pueblo ario, pues asegura que los primeros habitantes llegan a la India hacia finales del segundo milenio antes de Cristo. Estos arios pertenecían al grupo indoiraniano de la familia indoeuropea, que tras de haber abandonado a sus hermanos medos y persas, bajaron por el Afganistán hasta el valle del Indo y desde allí se extendieron por el Ganges. Sin embargo el indoeuropeo como lengua y como cultura se sitúa aproximadamente en los 3000 años antes de Jesucristo, sin que los antropólogos, puedan definir al pueblo o raza que lo determinó, pues se creyó que se trataba de raza dolicocefala importada por asiáticos, y pasado algún tiempo se consideró que los dolicocefalos eran europeos de la región central ruso-polaca, estimando que más bien correspondía a una unidad lingüística y cultural que de una unidad racial. Por otra parte Poisson nos dice que los indoeuropeos “son la resultante de tres razas europeas: los dolicocefalos del norte, dolicocefalos del sur y braquicefalos”. Sin embargo F. Keln cree “que nacen de la mezcla de asiáticos braquicefalos llegados a Europa en la época del último glacial, pueblo de pastores euroasiáticos, los cromagnon y el tipo de los portadores de la cultura megalítica”. Francisco Villar en su



obra: “Lenguas y pueblos indoeuropeos” (69) resume “que todas las ramas de la ciencia relacionadas con el problema indoeuropeo han conocido una época de optimismo en la que se creyó no solo en la existencia de un pueblo originario, una lengua originaria, sino también en la posibilidad de reconstruir esa lengua, identificar esa cultura, establecer el emplazamiento originario de esa patria y definir esa raza. Tras reiterados fracasos en todos los campos hoy ponemos en duda no solo la posibilidad de reconstrucción o identificación de tan diversos elementos de origen, sino la existencia misma de los factores unitarios originarios. La investigación en el campo indoeuropeo se encuentra, pues, en un momento de crisis, ya que no se cree a ciegas en los métodos tradicionales de investigación y sin embargo aún no han sido puestos a punto otros que sean capaces de reemplazarlos satisfactoriamente. Conatos en este sentido han hecho Bosh Gimpera, Maruja Gimbutas y Milojeic”. De cualquiera manera el rito de paso que nos ocupa del Marajo de San Andrés del Rey, es un rito llegado hace milenios desde el centro de Europa y posiblemente abundando en la teoría de Kossina ¿pertenece a una cultura próxima al Danubio o a una cultura danubiana y siendo por lo tanto sus portadores los pueblos y razas que dieron origen a daneses y alemanes, lo que contradicen a quienes estiman que la cultura indoeuropea fue parte de la expansión de pueblos esteparios rusos? De una u otra forma su antigüedad es manifiesta y su origen es oriental, si bien puede escalonarse tanto su distancia geográfica como su situación en el tiempo.

Dice el maestro de los etnólogos españoles D. Julio Caro Baroja que la mejor manera de estudiar el costumbrismo ha de hacerse “observando primero, teorizando luego, y clasificando y ordenado de modo pedagógico después”. Yo he de confesar haber seguido un sistema nada ortodoxo, adaptado a las circunstancias en que conocido y vivido el Paso del Marajo y su entorno. Es posible que el lector se encuentre confuso ante tanta cita y opiniones ajenas aportadas, pero intento con ello ampliar la descripción que hago a modo de crónica, en la que doy fe de cuanto vi y escuché, o pude documentarme gracias a una extensa bibliografía.

Después de registrar los modos supersticiosos, mágicos y religiosos coincidentes en este rito de paso y de analizar otras muchas tradiciones estudiadas por eminentes etnólogos, piensa el autor, que algo queda flotando sobre el Monte de la Hiruela en el Alto de la Cruz, en el amanecer del día de San Juan, para que en confusa y misteriosa mixtura, buenas dosis de superstición, magia y religiosidad, den lugar a un hecho innegable: la fe en el Paso del Marajo.

Resumiendo cuanto hemos visto, escuchado, leído y teorizado, señalamos que el Paso del Marajo de San Andrés del Rey es un rito indoeuropeo llegado a través de celtas y germanos, que los agentes mágicos intervinientes son el Sol, el Solsticio de Verano (24 de junio), la variedad del roble conocido como marajo y el número 3, y como añadidura o apéndice religioso cristiano San Juan, que la ley de la simpatía desborda en sus acciones

(69) “Lenguas y Pueblos Indoeuropeos”. Francisco Villar.

de semejanza y de contacto apoyándose en que “lo semejante, produce lo semejante”, o lo que es lo mismo, que “el efecto se asemeja a la causa” y actúa por simpatía intercomunicativa y recíproca, que el rito se celebra exclusivamente durante la salida del Sol del día 24 de junio, fecha del solsticio de verano, cristianizado con la celebración de San Juan; que los padrinos o “pasadores” han de ser un Juan y una Maria; que la curación no podrá realizarse si los padres de la criatura herniada no creen en la eficacia del sistema que la tradición otorga al rito citado; que siempre que la rajadura del marojo cicatriza, desaparece la quebradura del niño.

Para contrastar la eficacia patente del Paso del Marojo existe un censo viviente de antiguos herniados, que no lo son hoy, “gracias” a haber sido pasados por el marojo, que tienen su “certificado” más categórico en la curación y en la cicatriz del árbol que les sanó, y que se alza como otros muchos en el bosque sagrado del Alto de la Cruz del Monte de la Hiruela. Allí pueden verse las cicatrices rancias, reseca y deformes que abultan la corteza marojiana y que quieren encarnar las rugosas y miméticas copias de las otrora curadas hernias infantiles.

Ante este “prodigio” curativo queda la duda de la causa de sus curaciones y entre las atribuidas con más fuerza nos quedamos con su adjudicación de la magia homeopática o imitativa, que según Frazer fundamenta su eficacia en el principio basado en que “las cosas que estuvieron en contacto se influyen recíprocamente a distancia, incluso después de haber cerrado todo contacto físico”.

COPLAS DEL MAROJO

Julián Bermejo Cortés, labrador ejemplar, trabajador infatigable y hombre de bien, a quien todos conocían en San Andrés del Rey por Julián “El Virolo”, me entregó poco antes de su fallecimiento, acaecido el año 1.981 las Coplas del Marojo, unas coplas sencillas en las que la espontaneidad es su mayor valía y que en breve/texto hace una descripción incompleta del rito de paso, curador de las hernias infantiles en su pueblo.

-Te doy estas coplas por su puedes hacer que las “pongan” en imprenta. Yo se las di hace muchos años a D. Tomás Camarillo (70), pero no hizo nada. Luego las mandé con un propio a Nueva Alcarria, y debieron perderse.

-No. Yo no las hice. Las escribió un músico de Pastrana que venía hace años para la fiesta de la Virgen de Agosto, que sabía lo del Marojo porque había pasado por él a un hijo que estaba quebrado.-

(70) TOMAS CAMARILLO.- Insigne y ferviente alcarreño. Fue un notable comerciante que tuvo como gran afición la fotografía. Recorrió toda la provincia de Guadalajara tomando con su cámara la casi totalidad de su tesoro cultural, costumbrista y monumental, censando en imágenes infinidad de joyas, ropas litúrgicas, pinturas, esculturas, templos, castillos, danzas etc, que complementan la imagen de tarea histórico literaria del Dr. Layna Serrano y gracias a cuya obra conjunta conocemos aquellas riquezas y documentos historicoartísticos destruidos por el odio y la incultura entre los años 1936-39.

Las coplas dicen así:

**“De chiquejo me llevaron
por San Juan a San Andrés,
para quitarme una hernia
que me reventó al nacer.
Pues es fama que aún perdura
que en San Andrés bien se curan
los niños con quebradura
la mañana de San Juan.
Para curar quebraduras,
de niños de San Andrés,
es necesario creer
con la fe y el alma pura.
Cuando el Sol saca la frente
encimica del Peral (71),
los niños con quebradura
pasan sobre el marojal.
Con un marojo y un Juan
con un Juan y una María
sanan al nacer el día
los potrosos de su mal.
Al primer rayo de Sol
en cueros tiritita un niño
mientras se lo pasa Juan
a María con cariño.
Un marojo Juan rajó
para pasar a un quebrado,
que después quedó sanado
y el árbol cicatrizó.
Ahora te entrego, María
este niño muy quebrado
devuélvemelo curado
que hoy de San Juan es el día.
Y María le devuelve
por tres veces el infante,
que al acabar la pasada
la salud en él renace.**

(71) Ermita de la Virgen del Peral. Famoso santuario mariano de N.S. de la Virgen del Peral de Dulzura, que se eleva en el término municipal de Budía entre las carreteras que unen a dicha villa con Brihuega y San Andrés del Rey.

**El marojo antes rajado
vuelve luego a “rejuntarse”,
y si “empega” y no se seca
el niño queda curado.
Que aquí curaron es fama
niños de toda la Alcarria
de la Campiña y la Sierra
de Molina y de la Mancha.
Y aquí se acaba la historia
que me “contaba” mi abuela,
del marojo sanapotras
que está en mitad de la Hiruela”.**

Ciertamente no existen muchas referencias literarias que yo conozca, sobre el paso del Marojo de San Andrés del Rey, a parte del anterior texto pastranero, facilitado por Julián “El Virolo”. Epifanio Herranz Palazuelos, autor del “Romancero Mariano de ayer y de hoy” inserta una poesía con la firma de “Merencio”, anteriormente citada, sobre el mismo tema.

POSDATA

A la terminación de este trabajo he de resaltar la ayuda que me prestaron mis amigos yelameros en víspera tan señalada como la de San Juan en que conocí la curiosa celebración ritual del Paso del Marojo de San Andrés del Rey, que en aquel solsticio veraniego tuvo lugar. Destaco de entre todos al Tío Juanillo, que aportó con rigor notarial cuanto vivió a lo largo de sus muchos años durante los que “pasó” a cerca de cuarenta niños herniados y de los incontables personajes participantes en tantas anécdotas sucedidas.

Tuve la suerte de contemplar la maravillosa amanecida en los marojales del Monte de la Hiruela en compañía de gentes irrepetibles. Conté en todo momento con el valiosísimo auxilio del Dr. Enrique Borobio, conecedor del alma campesina y enamorado de la naturaleza, cuya simpatía nos abrió puertas y corazones, consiguiendo aquello que de otro modo hubiera sido inalcanzable.

Sirva este estudio del Paso del Marojo como aportación a viejos testimonios que sitúan la llegada de la cultura indoeuropea a tierras alcarreñas entre veinticinco mil y cincuenta mil años antes de J.C. !Tan antigua e importante es nuestra querida Alcarria!

Ha quedado aún sin solución el problema que intentamos resolver sobre la etimología del topónimo Hiruela-Iruela, que de las dos formas se escribe, a pesar de haber tenido valiosas ayudas de destacados filólogos; pero sigo buscando.

Sentí profundamente que el Tío Juanillo se nos fuera al eterno paraíso donde los marojos tienen flor perpetua y a los que no es preciso hendir por que allí no existen imperfecciones.



Foto 1.- El tío Juanillo ha escogido un marrojo joven.



Foto 2.- Juan Sanz abre la cruz del marjo.



Foto 3.- Juan y Maria inician el paso.

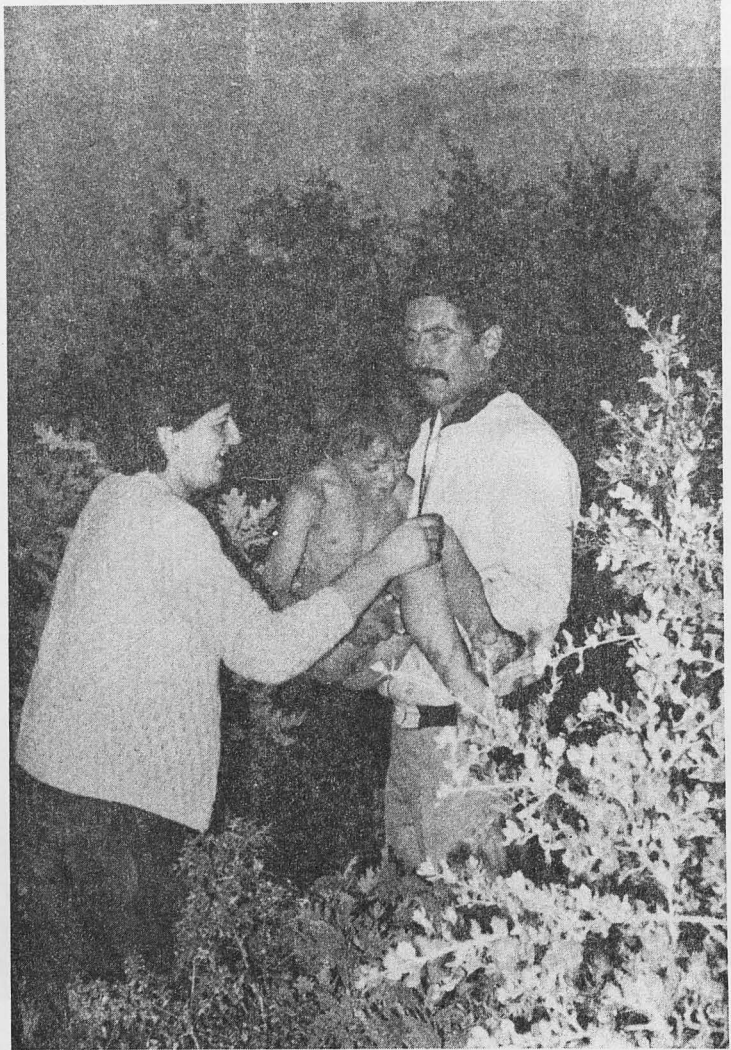


Foto 4.- Maria recibe de Juan al niño.



Foto 5.- El tío Juanillo y María se disponen a atar el marajo.

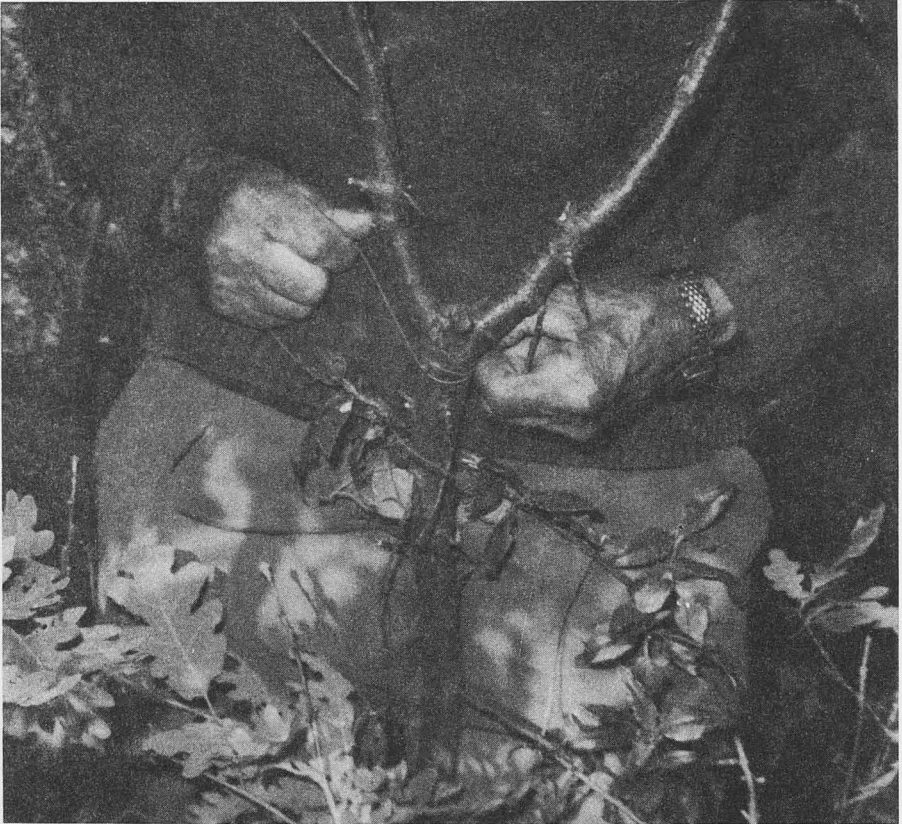


Foto 6.- Juan ata el marajo hendido tan fuerte como puede.

BIBLIOGRAFÍA

Baroja, J. O. La zona de la Sierra de Guadalupe. *Revista de Estudios Atlánticos*, 1911, t. 1, n.º 1.

Baroja, J. O. La zona de la Sierra de Guadalupe. *Revista de Estudios Atlánticos*, 1911, t. 1, n.º 2.

Baroja, J. O. La zona de la Sierra de Guadalupe. *Revista de Estudios Atlánticos*, 1911, t. 1, n.º 3.

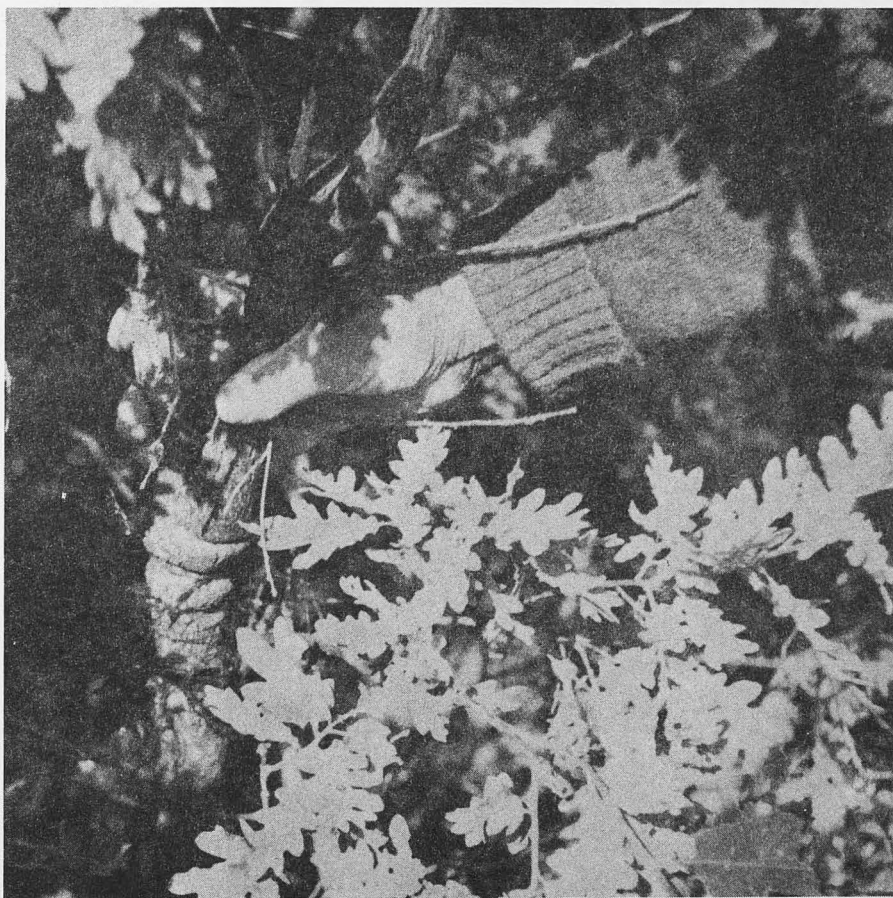


Foto 7.- Un marrojo atado el año anterior.



Foto 8.- "Por este otro derecho" pasemos "a un hijo de un sargento de la Guardia Civil"

BIBLIOGRAFIA

- Frazer, J. G. La Rama Dorada. Fondo de Cultura Económica. 1981.
- Frazer, J. G. El Folklore en el Antiguo Testamento. F.C.E. 1981.
- Graves, Robert. La Diosa Blanca. Alianza Editorial. 1983-84.
- Haberlandt, Michael. Etnografía. E. Labor. 1926.
- Caro Baroja, Julio. Ritos y Mitos equívocos. Ed. Istmo. Madrid 1974.
- Caro Baroja, Julio. Estación de Amor. Taurus Ediciones. Madrid 1985.
- Caro Baroja, Julio. Los Vascos. Ed. Istmo. 1971.
- Sagrada Biblia. Traducción de la Vulgata Latina. A de Prensas 1943.
- Castillo de Lucas, Antonio. Folkmedicina. Ed. Dossat Madrid 1958.
- Layna Serrano, Francisco. La provincia de Guadalajara. Hauser y Menet 1948.
- Villa, Francisco. Lenguas y pueblos indoeuropeos.
- Aragonés Subero, Antonio. Palabrario alcarreño. (inédito)
- Revista de Estudios Vascos. 1919.
- Morales y Marín, José Luis. Diccionario de Iconografía y Simbología. Madrid 1984.
- Garrison, F. H. Historia de la Medicina. Espasa Calpe. Madrid 1921.
- B.A.C. Año cristiano. Ed. Católica. Madrid
- Bergua. Sicolología el Pueblo Español. Ed. Bergua. Barcelona 1936.
- C.S.I.C. Revista de Dialectología y Tradiciones Populares. Madrid 1942-92.
- Menendez Pidal, Marcelino. Orígenes del Español. E. Calpe 1974.
- Guinea Lopez-Vidal Box. Ministerio de Educación y Ciencia. Madrid 1969.
- Gómez Tabanera, J. Manuel. Totetismo. C.S.I.C. Madrid 1958.
- Alonso del Real, Carlos. Superstición y Supersticiones. E. Calpe. 1971.
- Arocena, Fausto. El País Vasco visto desde fuera. San Sebastian 1949.
- Coluccio, Felix. Antología Ibérica y Americana del Folklore. B. Aires.
- Esc. Tec. Sup. Ingenieros de Montes. Arboles y arbustos de la E. Madrid 1971.
- Falcón y Pardo, Andrés. Budía. 1991.
- Perez Arribas, Andrés. Catálogo de los archivos parroquiales de Cogolludo. 1989.

- Pericot, Luis. España Primitiva. Barcelona 1899.
- Madoz, Pascual. Dic. Geográfico Estadístico Histórico de E. 1846.
- Markele, Jean. Druidas, Tradiciones y dioses de los celtas. Taurus 1989.
- Turnet, Wictor W. El proceso ritual. Taurus 1988.
- García López, Aurelio. Historia de Hontoba. 1988.
- Lapesa, Rafael. La toponimia como herencia histórica y lingüística. 1969.
- Barriola, Ignacio Maria. La medicina popular en el país vasco. 1952.
- Los pueblos de España. Ed barna. Barcelona.
- I. Geográfico y Catastral. Mapa top de España. Hoja 537.
- Del Arco y Garay. Ricardo. Folklore Alto Aragonés. Madrid 1943.
- Artes. A. Plantas medicinales. Orbe. Madrid 1961.
- Yago, Carmen. Nombres geográficos de Guadalajara. Valencia 1970.
- Cédula real de venta de Yelamos de Yuso. El Escorial 1629.

JUEGOS Y RECREACIONES DE PEÑALVER

Doroteo Sánchez Mínguez.

I. JUEGOS RURALES

He elegido, adrede, el título de este trabajo: “Juegos rurales” por considerarlo más castellano que su casi homónimo “deporte”. Por otra parte, en aquellos años 194... era esta castiza palabra -juego- la empleada; sólo en los últimos tiempos, el anglicismo “deporte” ha venido a ponerse de moda, cuando, lo deportivo brilla por su ausencia en nuestros estadios y en nuestras pistas de competición, donde se nos ofrecen unos espectáculos bochornosos -verdaderas batallas campales en las que pesan más los intereses económicos de los “CLUBS” -otra vez el inglés-, marcas comerciales y el de los jugadores, endiosados por unos contratos y unas primas fabulosas, que los intereses de los asistentes, verdaderos “paganos” de los desorbitados costes deportivos-. En aquellos tiempos, el único interés de los jugadores, era el deleitarse y deleitar a la concurrencia, sin recibir nada a cambio, y aceptaban el veredicto sobre la bondad o la maldad de alguna jugada dudosa, según el carácter del jugador -”buen o mal perder”- sin emplear nunca el término “deportividad”.

De la importancia del juego nos da idea su inclusión y reglamentación en la Enciclopedia de Alfonso X el Sabio. En esta obra cumbre del saber de la Edad Media, se equipara esta actividad humana, con la historia, el derecho, la magia, la guerra, etc.; al parecer temas de más entidad y fuste que el que nos ocupa. Que este humilde trabajo sirva para recopilar algunas variantes de “este don que Dios quiso dar para alegría de los

hombres” y, que en mis tiempos infantiles, “hubieron cumplidamente” y gracias a ellos pudieron “soportar mejor las penas y trabajos que pudieran sobrevenirles”. Muchas son las teorías que se han aventurado para explicar esta actividad lúdica recreativa, común a todos los hombres y en todas las épocas y civilizaciones.

Para muchos, en los tiempos primitivos, el juego pudo tener un carácter mágico-religioso, por medio del cual el hombre participaba colectivamente para agradar a la divinidad e impetrar su ayuda en la caza, en la siembra, en la recolección y en cualquier otra actividad de cuyo éxito dependía la supervivencia de la tribu y la suya propia.

Otros entienden el juego como una descarga de la energía sobrante. Esta versión me parece una verdad a medias: en muchas ocasiones, un simple cambio de actividad, aún dedicándose a un trabajo físicamente duro, supone un relajante descanso, pese a que para realizarlo se tenga que hacer un gran derroche de fuerza. Díganselo, si no, a los pelotaris de mi pueblo, que el día de Santiago volvían de segar a media jornada, para dedicar la otra media a jugar partidos de pelota, entre sí, o contra los gitanos que hasta momentos antes habían estado velando las armas, a la sombra refrescante de las nogueras.

En mis tiempos infantiles, la actividad lúdica tenía un carácter de esparcimiento con el cual se demostraba la destreza y la especialización adquiridas en el trabajo cotidiano, de un modo competitivo. En esta confrontación se podía cruzar alguna pequeña apuesta, generalmente, el pago del importe del refrescante porrón de cerveza o vino con gaseosa, siendo el mejor premio sin lugar a dudas, el salir victorioso de la contienda.

En las eras, entre vuelta y vuelta de la parva había ocasión con los vecinos “ajobándose” -levantando y cargándose en el hombro, con una sola mano- un costal lleno con tres medias de trigo o una fanega, con los pies dentro de una medida de trigo, para hacerlo más difícil todavía.

Otras veces, se medían las fuerzas “tirando al palo”. Este juego de nervio y fuerza se realizaba del siguiente modo:

Los dos contendientes se sentaban en el suelo, uno frente al otro, con las piernas estiradas, de tal modo que se correspondieran las plantas de los pies de ambos. Una vez situados de este modo, asían con sus manos el palo de una horca para ver quién levantaba a quién.

No obstante, los juegos más generalizados, por orden de importancia, eran: la pelota, la barra y los bolos, como juego de habilidad y fuerza; los “bolillos” y las chapas, como de destreza y azar, cruzándose en estos dos últimos importantes cantidades de dinero.

LA PELOTA.- Este fue siempre el juego rey. En 1.925, aproximadamente, se construyó el actual frontón, que vino a sustituir al antiguo que aprovechaba el muro de la hoy desaparecida, ermita de Ntra. Sra. de la Zarza. Su magnífica pared de piedra y cemento resulta demasiado ancha. Este exceso de anchura se hizo deliberadamente,

pensando en que pudieran jugar tres a tres y de ese modo contentar a más jugadores.

Siempre que había partido salía un equipo de “gananciosos” para contender con los vencedores. Cuando los jugadores eran muchos y no se “liaba” partido, todos tenían ocasión de jugar a la modalidad llamada “perdiguita”. Consistía este juego en uno contra todos y cada uno de los otros jugadores. Cuando el poseedor del saque perdía el tanto, ocupaba el último puesto, en espera de entrar a jugar para intentar arrebatárselo al que se lo había ganado a él o a cualquiera que lo tuviera en posesión. De este modo todos tenían ocasión de jugar, tantas más veces, como diestro fuera en el juego.

LA BARRA.- Juego muy viril, de habilidad y fuerza, de mucha aceptación en el pueblo. Siendo yo chico, siempre había en la Plaza dos barras de hierro esperando y tentando a los aficionados. Una de 7 u 8 kgs. de peso y otra, más grande, de no menos de 15. Uno de sus extremos, “pala”, estaba doblemente biselado, formando cuña, el otro, era apuntado, terminado en cono.

El terreno de juego estaba situado en la Plaza “CHIGUITA”. Los “patos” (hoyos para colocar los pies) estaban a la altura de la puerta de la “Carnicería” -antiguo matadero municipal-. Desde allí, se lanzaba la barra hacia la valla de 2.5 metros de altura que separaba esta plaza de la “Grande”. La distancia entre el punto de lanzamiento a la pared era, aproximadamente, de 16 metros. Esta pared fue rebasada por la barra lanzada por Alfonso Meco, según cuentan los más antiguos, testigos presenciales de la hazaña, jamás igualada, quedando clavada, casi verticalmente, al otro lado de la barda.

El juego se realizaba individualmente o por equipos, del siguiente modo:

El lanzador se situaba con las piernas abiertas, con un pie en cada “pato”, cogía la barra por el centro con una mano, la sopesaba y equilibraba cuidadosamente, la ponía vertical, mientras giraba pausadamente hacia la otra mano deshacía el giro con más celeridad, hasta llevar la barra a la espalda y, desde esta posición, la impulsaba, con la mayor fuerza posible, hacia adelante.

Si la barra tocaba el suelo con su extremo inferior, y el tirador no había movido los pies de los “patos”, era “tiro” que se marcaba, inmediatamente, con una “china” -piedra o “moto”- a modo de señal. También era válido el “tiro” si salía “tendió” y pegaba la barra de plano. Entonces se marcaba, aproximadamente, donde había golpeado el centro de la misma; si por el contrario, la barra “cabeceaba” y giraba descontrolada en el aire y tocaba antes el extremo superior, no era válido el lanzamiento.

Otra variedad de tiro, de menos aceptación, era, con los pies juntos y la barra horizontal junto a ellos; el tirador hacía una flexión, levantaba la barra con una mano casi hasta su cintura, y, desde allí, la lanzaba hacia adelante con un movimiento de dentro a fuera, el tiro era válido si daba de plano o con cualquiera de sus extremos.

LOS BOLOS.- Otro juego de mucho arraigo en el pueblo era este de los bolos. Según los más ancianos del lugar en un principio, se jugaba en la Plaza; posteriormente

se trasladó el juego a una explanada, junto a la llamada Fuente Nueva, donde debió estar instalado tanto tiempo que, en la actualidad, ese paraje se denomina “el Juego bolos”. Ya en mi niñez volvió, de nuevo, a jugarse en la Plaza.

El terreno de juego era un rectángulo de 18 o 20 metros de largo por algo más de seis de ancho. En los dos extremos había dos vigas, para detener las bolas, y a poco más de un metro de cada una de ellas, en el interior, estaban marcadas dos canales de 15 cm. de ancho y 4 o 5 de profundidad. Estos canales tenían que ser rebasados por la bola, de lo contrario, era “cinca”, palabra que fue sustituida por “mocha”, se invalidaba el lanzamiento y no se contabilizaban los bolos derribados.

Los bolos eran de madera, tenían una altura aproximada de 70 cm. por 6 o 7 de diámetro en la base. Desde ésta, se iban estrechando en forma de cono truncado, para terminar en un ensanchamiento -”capota”- cabeza. Se colocaban en dos filas de tres bolos a unos 3,5 m. de las canales y a unos 3 metros de distancia entre bolo y bolo.

Las bolas pesaban de 4 a 6 kgs. y eran, la raíz casi esférica del enebro, madera retocada apenas con el podón, para perfeccionarla.

Se podía jugar individualmente o por equipos. Para iniciar la partida, se lanzaba al aire, entre los dos contendientes o jefes de equipo, un bolo revoloteando, girando sobre su centro, al grito de: “Cabeza manda”. El jugador al que apuntaba la “cabeza” era el que marcaba el modo de iniciar la partida.

El jugador de estatura aventajada mandaba tirar con las piernas abiertas, casi en postura acrobática, tan forzada, que el más bajo se veía imposibilitado de tirar adecuadamente y, en ocasiones, caía de bruces, con lo cual, se anulaba el lanzamiento. El zurdo, mandaba tirar de espalda a los bolos, etc. En fin, cada uno elegía la modalidad de tiro que más le iba a él, y, por supuesto, en la que creía menos diestro al rival.

El tirador, con la postura elegida lanzaba la bola a la “capota” del primer bolo para derribarlo rozándolo suavemente e intentar que la bola derribara los dos bolos restantes de la fila. Si algún bolo, golpeado con fuerza, en su rebote, derribaba otro de la fila de la izquierda, se contabilizaba también. En la vuelta -”birle”-, lanzaba el jugador desde donde había quedado la bola, que no fuera “mocha” a la otra fila de tres bolos.

LOS BOLILLOS.- Se jugaba principalmente en Semana Santa; si el tiempo estaba bueno, en la Plaza; si por el contrario, hacía frío o llovía, se jugaba en cualquier bodega.

Como en el juego anteriormente descrito, había 6 bolos que se ponían en dos filas con una separación entre bolo y bolo de 10 o 12 centímetros. El tirador se situaba a una distancia de unos 8 metros, provisto de tres “manillas” -tacos de madera de unos 14 cms. de largo por unos 6 de diámetro-. Previamente había “casado” -apostado- dinero, él siempre a “buenas” y “noñes” o, a “malas” o a “pares”.

Los lances principalmente de este juego eran:

“Secas al golpe” cuando la manilla golpeaba y derribaba a todos los bolos menos uno.

Sacar por “capotas” cuando quedaba una pareja de bolos, uno detrás de otro. El lanzamiento era muy difícil; pero había buenos tiradores especialistas en este lance.

El jugador continuaba tirando hasta que hacía “malas” -dejaba más de un bolo o derribaba todos-. Entonces era sustituido por otro jugador.

LAS CHAPAS.- Era otro juego típico de Semana Santa. Se jugaba con dos monedas de cobre superpuestas: la primera con la cara para arriba y la segunda, con la cara hacia abajo. El lugar de juego, si el tiempo lo permitía, era en la Navarrisca; si no, en el vestíbulo de alguna bodega, bien protegidos del frío o de la lluvia.

El tirador, después de “casar” una cantidad de dinero, mostraba la correcta posición de las monedas y las lanzaba a lo alto, con la picardía de dejar la cara “sentá” en el lugar más blando, en el que, por consiguiente, botaba menos la chapa, y la otra, en un terreno más duro. Si las chapas mostraban la cara hacia arriba, ganaba lo apostado y continuaba tirando hasta que las dos chapas enseñaban la cruz, entonces perdía y era relevado por otro jugador.

El tirador o los apostantes podían invalidar la jugada al grito de “barajo” -revuelo o “güilas”. Seguramente esta palabra es una deformación de la mejicana huilas -invalido-. Además el tirador, también, podía invalidar la jugada cogiendo una de las monedas en el aire.

Con el calor de las apuestas, el terreno donde se lanzaban las chapas se iba estrechando. Para volverlo a sus justas dimensiones, el “baratero”, moviendo su cinto en círculo, se encargaba de distanciar a los nerviosos apostantes. Era también el encargado de recoger y entregar las chapas al tirador de turno; a cambio de estos servicios, éste o los tiradores que le sucedían, le daban propinas, más o menos cuantiosas, dependientes siempre de la espléndidez del jugador, o del número de caras logradas y de las ganancias obtenidas. Las gratificaciones eran arrojadas al suelo, de donde el baratero se apresuraba a recoger.

En este juego tomaban parte chicos y grandes en una promiscuidad total, sin apenas miramiento a la diferencia de edad entre los apostantes. En él se cruzaban muy importantes cantidades de dinero. Pese a ello, no había ninguna ley y todos aceptaban, de buen grado, las decisiones de la mayoría, en alguna jugada dudosa.

La llegada de la noche ponía fin a este juego. Carretera abajo se dirigían los jugadores a sus casas: exultantes de alegría los ganadores, deseando estar tranquilamente aposentados para recontar las ganancias; con las orejas gachas los perdedores, pensando volver al día siguiente a tentar a la esquivá fortuna, anhelando encontrarla más favorablemente dispuesta.

Con estos y otros juegos: unos, hoy diríamos que eminentemente deportivos y otros, en los que se buscaban unas cómodas ganancias, más fáciles de lograr, que con el trabajo, siempre cicatero a la hora de la retribución, se mataban los ocios de aquellos, ya lejanos, días de mi infancia, pródigos en labores y cumplidos en diversiones.

Hay un juego que no quiero omitir: el de los “cantigüeses”. Se jugaba por la noche, en la Plaza, antes de entrar a la “Academia”, como se llamaba pomposamente a las clases de adultos. En él participaban todos los escolares, un tanto talludos. El que se quedaba intentaba coger al resto de jugadores, que salían corriendo de las “barreras” -cuchillo del frontón y poyo de la plaza, y la pared existente en el lado opuesto, ocupada hasta hace poco por el edificio de la central de teléfonos-; cuando cogía a alguno le golpeaba en la espalda, mientras decía: “un, dos, tres, cantigües” y éste se quedaba con él para intentar coger a otros jugadores, hasta que no quedaba ninguno o hasta que el comienzo de las clases ponía fin al juego. A la salida, para combatir el largo tiempo de inactividad y de silencio, se continuaba la partida.

Otro muy parecido, también practicado en las noches invernales era el “Reino”. Como en el anterior, las “barreras” eran el poyo y la barda opuesta. El que se quedaba soportaba los cachetes de los otros jugadores e intentaba cogerlos. Cuando lo lograba, asidos de la mano, intentaban atrapar a los otros, formando un verdadero látigo humano.

II. JUEGOS INFANTILES

Si importante, como hemos visto, es el juego para el adulto, mucho más importante lo es para el niño, por lo que tiene de didáctico, de aprendizaje, de conocimiento de sí mismo y del mundo que le rodea, al que va descubriendo y ampliando paulatinamente. El niño ve que detrás de un cerro, hay un valle y después de ese valle, otro monte, otra fuente, otro río... Está en contacto directo con la Naturaleza, y, en este maravilloso libro en el que vive inserto, aprende a relacionarse con el entorno, cada vez más dilatado y con los seres que lo pueblan, inertes, unos; llenos de vida, otros -plantas y animales-. Todos ellos le sirven como juguetes y como centro de atención y esparcimiento.

Tiene el juego, también, un gran valor como formador del carácter y de la personalidad del niño. Cuando participa en cualquiera de ellos, tiene que someterse a unas leyes, a unas normas. Estas normas, casi siempre, eran conocidas de antemano, no obstante, en muchas ocasiones, eran los mismos jugadores los que, democráticamente, las discutían, aprobaban y hacían cumplir. Si se suscitaba alguna discusión y el “mandantín” de turno quería hacer valer la razón de su fuerza, podía conseguirlo momentáneamente, pero terminaba por verse solitario y marginado por sus posibles compañeros de juego. Además, siempre, sobre él y sus deseos, estaba el veredicto de la “madre” -chico mayor y hasta adulto que dirigía el juego y zanjaba cualquier disputa-. Su figura, en muchos juegos, era imprescindible. Con la aceptación de las reglas del juego, el niño adquiría unos comportamientos, unas aptitudes -actitudes también- y unos

hábitos, que iban moldeando a este “pequeño aprendiz de hombre”, para que, ya adulto, pudiera enfrentarse con relativas garantías de éxito a una vida esperanzadora, llena de posibilidades, pero erizada también de múltiples normas que cumplir y obstáculos que vencer.

La gran cantidad de juegos existentes se pueden clasificar en los siguientes grupos, atendiendo a sus características:

Juegos de fuerza.

Juegos de precisión, habilidad y destreza.

Juegos de inteligencia.

Juegos de azar, etc.

Sin embargo, en casi todos, aparecen entremezcladas estas características, impregnadas, en ocasiones, con manifestaciones mágicas; el niño, para echar a suertes, para acertar, para salir airoso de algún lance de juego comprometido, busca e impetra ayuda de fuerzas esotéricas, por medio de gestos y hasta de frases a modo de ensalmos y sortilegios.

Cuando en el transcurso del juego, había alguna discusión, no se llegaba a un acuerdo y el jugador que se “quedaba” quería dejar de jugar, se lo pensaba mucho, porque para este caso había una norma disciplinaria, por todos conocida y aceptada, a la que se debía someter: los “trampaculos”.

Eran éstos un verdadero suplicio que casi nunca se aplicaba y consistía en que cada uno de los jugadores asía por los hombros al que se quedaba y le propinaba tres rodillazos en las posaderas. Ante tan desproporcionado castigo, el jugador se tragaba el enfado y optaba por continuar el juego hasta liberarse.

La práctica de la mayor parte de estos juegos se realizaba al aire libre. Sólo en los días de frío intenso o de lluvia o nieve continuada se buscaba el abrigo del interior. La tónica en el desarrollo de los mismos, era la falta casi total del juguete comprado suplida por los contruidos por los niños a base de ingenio, paciencia y habilidad.

Como el juego es imitación, muchos de estos eran comunes a todos, grandes y pequeños: Los adultos eran imitados por los mozalbetes y éstos, a su vez, por otros más pequeños y la única diferencia que se establecía en su práctica era la mayor o menor destreza que se alcanzaba tras mucho tiempo de adiestramiento. Aun así, había unos juegos propios de los niños más pequeños que consistían en la repetición de retahilas a las que acompañaban unos movimientos rítmicos.

A parte de los archisabidos “Cinco lobitos” y del “Cura sana”, me vienen a la memoria los siguientes:

A la buena ventura,
si Dios te la da.
Si te pica la mosca,
¡Ráscatela! ¡Ráscatela!

Mientras se recitaba esta corta poesía se hacían cruces con el canto de la mano, en la palma de la del niño y, en las dos últimas palabras se le pellizcaba y se le hacían cosquillas.

Pin, pin	y barbechar
zarramacatín	y darle vueltas
A la meca, la meca	a la redonda.
la cascaruleta.	Esta manecita tonta,
Un hijo del rey	que se esconda.
que sabía arar	

Otro muy parecido en el que en vez de esconder la mano había que llevarla a la oreja decía así:

Pin, pin	vendiendo botijos
zarramacatín	y botijones.
debajo de la torre	La tía Juana,
de San Agustín	la Botera
hay un viejo	puso la mano
y una vieja,	en la orejera.

En este otro, que también valía para echar a suertes o para retirar la mano:

Pinto, pinto, gorgorito,	¿En qué calleja?
saca la vaca de veinticinco	La Moraleja.
¿En qué lugar?	¡Esconde la mano.
En Portugal.	que viene la vieja!

Con los dedos de la mano se recitaba cogiendo, uno por uno, todos ellos, empezando por el pulgar.

Este fue por leña.	Este los frió.
Este la cargó.	Este más pequeño,
Este fue por huevos.	todos se los comió.

LA MAMOLA.- Al niño, todavía bebé, se le señalaba el cielo o el techo con el dedo mientras se le decía:

-¡Mira un pajarito sin cola!

Cuando levantaba la cabeza intentando ver el inexistente pajarito, se le hacían cosquillas en la garganta, mientras se gritaba:

-¡Mamola! ¡Mamola!- ¡Te engañé. Te engañé!

La broma era agradecida por las alegres risotadas del niño.

LA CARTUJA.- Era un juego para niños un poco más mayores. Uno de ellos se quedaba reposando la cabeza en el regazo de la “madre” -señor mayor, muy chiquero-,

que dirigía el juego mientras canturreaba, coreado por el resto de jugadores:

A la cartuja,
A la cacaramuja.
Al bergar.
Nadie dar. (Si alguno lo hacía, se quedaba)
Dar sin risa “
que se ha muerto la tía Luisa,
Dar sin hablar. “
que se ha muerto el tío Blas
Tirar un pellizquito
e ir a besar a....

Casi siempre se mandaba besar al más antipático de los contertulios.

A medida que transcurría el tiempo, se iba alejando el objeto a besar. El último que llegaba era el que se quedaba.

TIO BORRACHO, TIO CAPACHO.- Este era un juego de “mimo” puro. Uno de los jugadores imitaba el paso vacilante de un borracho, y, armado con un palo, mejor con una cima -raíz y parte del tronco de un repollo, sin hojas-, con el que intentaba ahuyentar y defender la tinaja del ataque de los otros chicos que, cantaban:

Tío borracho, tío capacho,
que le rompo la tinaja.

LA TABA.- Era un juego de azar; se jugaba con una sola y cada posición que mostrara después de lanzar recibía los siguientes nombres:

Saca -tripa, parte convexa.- Cogía una unidad de lo apostado.

Mete -hoyo, parte cóncava.- Ponía una unidad, en el montón común.

Mete cinco -Cuando estaba para arriba la parte lateral y más irregular- Ponía cinco unidades en el montón común.

Arrebanche.- Cuando quedaba arriba la parte opuesta. El jugador “arrobanchaba”- se llevaba todo lo que hubiera en el montón.”

He dicho anteriormente que seres inertes y animados servían de juguete y de entretenimiento al niño. Sirvan como ejemplo los siguientes:

LAS BOTIJILLAS.- Solían practicarlos los niños pequeños, a veces no tanto. Consistía en hacer un hoyo en la arena. En él se vertía agua, pero si la fuente estaba lejos, se recurría a los líquidos orgánicos más cercanos: la propia orina. Cuando todo el líquido había sido absorbido por la tierra, se procedía a desgastar por la parte que permanecía seca, hasta sacar una especie de cazuela, con la parte hecha barro, que se desmoronaba al menor movimiento.

LAS MAJUIJILLAS.- Así llamaban a los frutos de la gayuba. Cuando estaban verdes, las niñas los ensartaban con un hilo y se hacían con ellos collares y pulseras. Ya maduros, servían de comida, poco apetecible por lo harinoso que resultaban.

Los estigmas y los estambres de la flor del “pelotillo” -peonía- eran cluecas las primeras, y polluelos, los segundos, para la imaginación infantil. Panes eran los frutos de las malvas y melones pedían a los vilanos del cardo, mientras se le soplaban para enviarlos lejos.

La mariquita se paseaba por la mano, saltando de dedo a dedo, hasta que, cansada de oír la cantinela de:

Mariquita, quita, quita,
ponte el manto y vete a misa.

O terminada la detenida explotación, abría los élitros, sacaba el “manto” e iniciaba un vacilante vuelo de alejamiento.

El caracol salía de su casa y se arrastraba perezosamente, mientras se le cantaba la sabida letrilla de:

Caracol, col, col,
saca los cuernos
y vete al sol.
que tu padre y tu madre
están en Aragón,
regando la ropa
con un cucharón
de Nuestro Señor.

Algunas veces, la víctima, más que el juguete de un niño, lo constituía un pájaro recién salido del nido. Para evitar que se escapara, se le cortaban las plumas de una de las alas y se ataba un hilo a la pata. El pobre animal intentaba, una y mil veces, levantar el vuelo, hasta que, para su bien -dice la maldición gitana: “Pájaro te vuelvas y en manos de un niño te veas”-, terminaba su sufrimiento en el estómago de un paciente y ladino gato que se relamía, goloso, al tiempo que el “angelito” lloraba la pérdida que su juguete.

Hecho este repaso por los juegos, en primer lugar de los adultos y después de los más pequeños, vamos a hacer una incursión por los juegos de la chavalería, siguiendo un orden cronológico.

Este ciclo lo inicio en septiembre, por ser prácticamente, cuando empezaba a contar el año infantil: antes de la fiesta y después de la fiesta. Hay juegos y diversiones claramente estacionales; otros son intemporales y lo único que se necesitaba para practicarlos eran unas condiciones climatológicas adecuadas.

Como ya dije, los juegos eran comunes a todos, y lo mismo que los chavales de diez o catorce años imitaban a los más pequeños y a los mayores, éstos últimos, muchas veces, no desdénaban imitar a los adolescentes, aunque solo fuera por recordar tiempos pasados.

III

La fiesta había transcurrido con su animación, ruido y atracciones, dejando el consiguiente regustillo amargo de todo lo agradable que acaba. Más en esta ocasión que, al final de la fiesta, empezaba una nueva estación: el otoño; aburrido, triste y gris. Su inminente aparición se presagiaba por el notable acortamiento de las horas de sol, un fresquillo, tirando a frío, en amaneceres y anocheceres y la persistente presencia de nubes plomizas que entoldaban el cielo. Hasta los animales detectaban el paulatino hundimiento en el mal tiempo: las golondrinas hacían continuos y zizagueantes vuelos a lo largo de la carretera a sólo unos centímetros de su piso irregular de piedra apisonada. Algunas -pobrecillas-, lucían en su espalda un lazo de seda de colores, anudado por los habitantes agradecidos de la casa donde habían anidado. Inconscientes, ellos, de que este extraño adorno podía engancharse en cualquier maleza, en sus vuelos rasantes, y que iba a constituir una pesada rémora para la simpática avecilla en su largo viaje hacia los refugios de invierno, africanos. En caso de lluvia, el agua, empapada por la vistosa cinta, añadiría un peso adicional insalvable para el pobre pájaro, que moriría víctima del involuntario atavío. Todos los atardeceres se agrupaban en los cables del tendido eléctrico o de telégrafos e iniciaban unos parloteos chirriantes e interminables en los que parecían discutir los pormenores del largo y azaroso viaje, en busca del buen tiempo y de la comida que ya empezaba a faltar. Después de varias tardes de ruidosos conciliábulos, una mañana cualquiera, observábamos que las respetadas golondrinas ya no surcaban nuestro cielo, ni lo surcarían hasta la próxima primavera.

Como nosotros no podíamos -tampoco lo deseábamos- emigrar, teníamos que adaptar nuestros juegos y diversiones a los nuevos tiempos. Seguíamos, mientras las condiciones meteorológicas lo permitieran, con los juegos válidos en cualquier ocasión y algunos nuevos propios de la nueva estación.

LOS TOROS.- La fiesta, recién terminada, había reavivado en nosotros las casi muertas aficiones taurinas y celebrábamos en la plaza nuestras corridas de toros, emulando las casi nunca imitables faenas de los diestros de turno. Un compañero hacía de toro llevando en cada mano un palo a guisa de cuernos, en otras ocasiones portaba una "corná" elaborada con las astas de los toros de fiestas pasadas, bien fijados a un armazón.

Los toreros, sin divisiones en maestros y peones, intentaban burlar, lo mejor posible las tarascadas del toro, armados con un saco como capote, que se transformaba en muleta solo con poner un palo en uno de sus costados. Después de dar mil y un capotazos, llegaba el tercio de banderillas. En ese momento el que hacía de toro, venía, dócil y resignadamente, hasta el rehiletero de turno que, con todo el cuidado, ponía entre los tirantes dos palos, a modo de banderillas. Terminada la colocación de los palitroques,

el “toro”, imitando al de verdad de la fiesta, saltaba, bramaba y sacaba fuerzas de flaqueza para perseguir a sus antagonistas. Llegada la hora de matar, como en las banderillas, venía, mansamente, para que le colocaran un palo a modo de estoque, daba unas cortas carreras y caía redondo en el suelo. Si había dado buen juego y quería continuar haciendo de toro -milagros de la imaginación-, se levantaba para seguir correteando persiguiendo toreros. Después de cada capea, había más de un puntazo corrido en muslos, posaderas y espaldas y, lo que era peor, algún siete en el pantalón, en la camisa, o en la blusilla que había servido de capote.

LA PELOTA A MANO.- Para la práctica de este viril deporte, el preferido de todos los peñalveros, teníamos la emulación -ya se sabe de la importancia de la imitación en el niño- de grandes pelotaris de reconocida fama local, y un excelente frontón de piedra y cemento; en cuanto al útil -la pelota-, nos la confeccionábamos nosotros mismos haciendo un derroche de imaginación para buscar las gomas, la lana, y a veces, el forro necesario para este juguete.

De dentro a fuera estaba formado por el “pelotín”, hecho de goma de cámara de bicicleta, aunque los más apreciados eran los de “tripa de caballo” -goma empleada por los peloteros profesionales-, varias capas de lana y, por último, una más ligera de algodón o hilo, todo ello bien cosido, en cuyo menester rompíamos o doblábamos más de una aguja.

Con tan barato, como querido juguete, disputábamos interminables partidos. Cuando los jugadores éramos muchos, “echábamos una perdiguita”, que consistía en jugar uno, alternativamente, contra cada uno de los restantes jugadores, debidamente ordenados, hasta que perdía el saque. El que ganaba el tanto era el que sacaba y el perdedor ocupaba el último lugar de la larga hilera de chavales.

LOS CARRICOCHES.- A finales de Septiembre se podaban las mimbreras y los mimbres se llevaban al pueblo para proceder a su “pelado”. Aprovechando cualquier solana bien protegida del viento, que empezaba a ser frío, se iniciaba el proceso: Dos o tres hombres pasaban, de punta a punta, con la “mordaza” -culata de mimbre doblada- todos los mimbres para romper su cáscara; las mujeres y los niños la iban separando hasta dejar los mimbres, blancos y húmedos, apilados en gavillas. Las mondas duraban poco en la solana, todos los chicos que habían colaborado en la limpieza, ayudados por otros espontáneos, hacían un montón de cáscaras entrelazadas, de la que tiraban unos cuantos de una maroma tejida con las mismas mondas, mientras otros iban caballeros en el artilugio. De vez en cuando, desmontaban los montados y ocupaban su sitio en el carricoche: los que antes lo habían arrastrado.

También, aprovechando las mondas, se hacían dos roscas unidas por una cuerda trenzada con las cáscaras -“morcigallos” se llamaban-, después de muchos intentos, quedaban, por fin, colgadas en los cables de la luz, hasta que, descompuestas por el agua, caían al suelo.

LA ARRANCA CEBOLLA.- Se jugaba en las eras, principalmente en la existente en el “Calvario”, sobre la curva de la carretera desde la que se avista el pueblo. Pero valía, en caso de lejanía, cualquier montón de paja y hasta muladar -no había miedo a las infecciones, o se desconocía el peligro-. Se desarrollaba del siguiente modo:

El que se quedaba -ligaba- se ponía a “cuatro patas” -a gatas- y tenía que ir cogiendo y derribando, sobre el mullido suelo, al resto de jugadores. Estos se defendían saltando alrededor del que se quedaba y cacheteando sobre su espalda. Todos los que iba tirando al suelo, le ayudaban a cazar al resto de jugadores, hasta que no quedaba ninguno en pie.

EL TI.- Este era un juego muy entretenido y de mucha aceptación entre la chiquillería. Hace mucho tiempo leí en una revista argentina la descripción de este mismo juego con el mismo nombre y las mismas reglas, al que, por lo visto, eran muy aficionados los niños argentinos.

Se jugaba principalmente en la Plaza, que era lo suficientemente espaciosa para correr y tenía bastantes entrantes y salientes para hacer más movido y complicado el juego. Para realizar éste, se hacía una hilera vertical de hoyos -tantos como jugadores- de dos o tres centímetros de profundidad por ocho o diez de diámetro. El dueño del primer hoyo lanzaba una pelota de goma, del tamaño de una de tenis, a “restreguilla”, hacia los hoyos. Si la pelota no quedaba en cualquiera de los hoyos, el número dos salía corriendo a cogerla, mientras los demás se desperdigaban en todas las direcciones; cuando la cogía, decía ‘Ti! y, automáticamente, se paraban todos los jugadores. Daba dos o tres zancadas para acercarse al más próximo y lanzaba contra él la pelota con ánimo de darle, pero intentando rozar, apenas, la ropa con ella para que ésta corriera lo más posible y le diera tiempo a él y a los otros a alejarse. El jugador tocado salía tras ella y, cuando la tenía agarrada, decía ¡Ti! y todos se quedaban parados. Cuando alguno de los jugadores erraba el tiro, se depositaba en su hoyo una piedrecilla -china-. El primero que juntaba tres era castigado a ponerse agachado de espaldas, apoyado en una pared. Seguidamente, los jugadores, por riguroso turno, empezando por el primero, lanzaban desde ocho o diez metros de distancia, tres pelotazos cada uno. El primer tiro se lanzaba flojo, intentando asegurar el golpe y los otros dos restantes con fuerza y mala intención para dar o en las posaderas, o en las desnudas pantorrillas donde producían más escozor. Si alguno fallaba los tres tiros, sustituía al perdedor y sobre él tiraba el resto de jugadores.

EL GUA.- Juego muy entretenido para el que se precisaba mucha habilidad. Se jugaba con bolas. Las había de barro- piedra-, de mármol, de cristal, procedentes casi todas éstas de las botellas de gaseosa, llamadas de bola que se rompían y las de “ajo” -cánicas de cristal, de colores entonces muy escasas-. El juego consistía en meter en un hoyo -guá- la bola propia, después de haber dado tres golpes con ella a la bola del contrario. El primer golpe se llamaba primera; pie, el segundo y, matute, el tercero; a continuación: se metía la bola en el gua y se ganaba lo apostado. El segundo golpe -pie- era el más complicado, había que dejar la bola golpeada y la golpeadora a la distancia

equivalente o mayor al pie de uno de los jugadores elegido como medida.

Dar dos matutes estaba penalizado con la pérdida del reo para tirar y, cuando la bola del contrario caía en el “gua” impulsada por la propia, había que sacarla del hoyo golpeándola con ésta tres veces, de no hacerlo así, se perdía el juego.

EL CAPUCHINITO.- Para los días de frío, sobre todo los de lluvia y nieve, había este juego del capuchinito, variedad de la “gallinica ciega”, que contaba con muchos partidarios. Se jugaba en un portal, en el cortado de una tinada, o en cualquier lugar cerrado de no muy grandes dimensiones. Al que se quedaba se le vendaban los ojos con una bufanda para que no viera nada, y el que hacía de jefe le decía:

-¿Qué se te ha perdido?

-Una aguja y un dedal.

-Pué da tres vueltecitas -se le hacía girar tres veces para desorientarle- y, echate a buscar.

Nada más decir la última palabra, llovían sobre las espaldas del que se quedaba una buena tanda de cachetes. Este luchaba, a ciegas, para intentar agarrar a alguno. Cuando lo conseguía decía:

-¡Capuchinito!. ¡“Tó” el mundo quieto!

Todos los jugadores quedaban quietos y callados, mientras el vendado intentaba acertar el nombre de su presa. Para ello se valía del tacto, sin hacer mucho caso del jersey o blusa que para despistar se habían intercambiado los jugadores; haciéndole reír, mediante cosquillas y otras mil argucias para hacer hablar y poder identificar, por su voz, al jugador. Si acertaba con el nombre del cogido, éste se quedaba; si fallaba, se quedaba el mismo.

SAN ISIDRO LABRADOR.- Verdadera carrera de obstáculos. Se jugaba a lo largo de una calle, o dando vueltas alrededor de la Plaza. Un jugador se ponía con las piernas flexionadas, la espalda casi horizontal y apoyando los brazos en los muslos. Sobre él iban saltando los otros jugadores y colocándose en la misma postura, a cuatro o cinco metros del último jugador saltado. De este modo se formaba una cadena sinfín, mientras se cantaba la siguiente letra y otra parecida que en aquel momento improvisara el más inspirado de los jugadores:

San Isidro labrador,
muerto lo llevan en un serón.
El serón era de paja,
muerto lo llevan en una caja.
La caja era de pino,
muerto lo llevan en un pepino.
El pepino era de a cuarto,

muerto lo llevan en un zapato.

... ..

La retahila de pareados siempre terminaba del mismo modo:

Muerto lo llevan en una pelota.

La pelota se rompió

y san Isidro se escapó.

EL TROMPO.- Así llamábamos al peón o peonza. Los había de distintos tipos que se distinguían, no sólo por su forma y tamaño, sino por su modo de “rilar” -bailar- “serenico” el que bailaba mansamente, zumbando y sin moverse, apenas, del sitio, y, “escarabajero”, al correndero, saltarín de baile rápido e irregular. Se jugaba simplemente a bailarlo, a veces con el ánimo de romper el del compañero, pero en la mayoría de las ocasiones se jugaba de dinero. Para ello se hacía un “ronde” -círculo- en el suelo y, en el centro del mismo, se colocaban las monedas apostadas por los jugadores, que, previamente, habían echado a suertes el orden de salida. El primero lanzaba el trompo intentando golpear el “carruco” -montón- de monedas, la que saliera del “ronde” era suya. A continuación lo cogía y desde la palma de la mano lo lanzaba dos o tres veces -“res-treguillas”- sobre las monedas; por último, cuando ya el trompo estaba en “apuranzas” -no le quedaba impulso para seguir “rilando”- daba el “toste” con su parte superior. Si alguna de las monedas botaba, se le podía impulsar fuera, dándole un manotazo.

EL CHURRO.- Se jugaba por equipos de dos, tres o cuatro jugadores. El primer jugador del equipo que se quedaba, se colocaba con las piernas semidobladas, la espalda horizontal y la cabeza bien protegida sobre las piernas de la “madre”; detrás de él, con la cabeza entre sus piernas, se situaba el segundo y, a continuación, de la misma forma, el resto de jugadores. Los del equipo rival tomaban carrerilla y saltaban sobre las espaldas de los que se quedaban, cuando lo habían hecho todos, el jefe de equipo decía cantando: Churro, taina, media manga, manga entera, adivínalo a la primera, ¿el qué será? El jefe del otro elegía una de estas posibilidades y, si coincidía con el lugar donde el anterior había colocado el dedo: churro, palma de la mano, taina; muñeca; media manga, codo, y manga entera, hombro, ganaban y se quedaba el otro equipo.

LA “RILANCA” O LA “RODANCA”.- Con estos nombres se conocía el juego del aro. Seguramente que de estas dos palabras, la primera puede ser una onomatopeya del ruido que hacía la “rilanca” al deslizarse por el piso irregular de la carretera; o derivarse de “rilar”, que aquí tenía la acepción de rodar, verbo que daba su nombre a la segunda palabra.

Como aro se empleaba el reborde del fondo de un cubo, otras de hierro, muy pesadas y, el que tenía suerte, una llanta vieja de bicicleta. Para impulsar y dirigir la rueda se empleaba el “guía” construido por los mismos chicos, aprovechando un muelle de somier de las antiguas y mullidas camas, al que estiraban y daban la forma conveniente en las barras del freno de los carros.

LOS CORREAZOS.- Consistía en encontrar una correa escondida por uno de los jugadores. Este dirigía la búsqueda indicando con las palabras de ¡frío! o ¡caliente! la proximidad al cinturón oculto. Cuando se acercaban mucho, los gritos, coreados por los curiosos que no jugaban, iban en aumento en intensidad, rapidez y volumen, cantando nerviosamente:

¡Qué te quemas!
¡Qué te abrasas!
¡Por los pies
y por las patas!

El que encontraba el cinto la emprendía a correazos con los otros que buscaban como refugio el punto de partida.

CAÑÁS.- Era una especie de guardias y ladrones. La “madre” controlaba al que se quedaba, mientras los otros se escondían. Cuando pasaba un tiempo prudencial, cantaba para avisar el comienzo del juego:

Que va, que va,
que va mi gavilán.
Si no me trae caza,
lo voy a matar.
¡Qué va! ¡qué va! y ¡que fué!

y salía a buscar a los demás, el que se había quedado.

Para llamar a los jugadores cuando se había terminado gritaba:

¡Cañas! ¡Cañas! ¡Cañas!

LUMBRE.- Era como el juego de las cuatro esquinas. Recibía ese nombre porque, el que se quedaba, pedía “¡lumbre!”, dirigiéndose, alternativamente, desde su lugar, en el centro, a todos y cada uno de los otros jugadores. Estos contestaban, señalando: -“por aquella esquina “gulle”-bulle-, intentando despistarlo para intercambiar los sitios. El que lo perdía se quedaba en el centro. Se jugaba en la magnífica plazoleta -mirador, que había en el “cementerio”, puerta principal de la iglesia-, adornada con cuatro hermosos árboles: dos olmos y dos acacias (hoy desgraciadamente desaparecidas).

Todas las correrías con la “rilanca” se hacían por la única vía practicable: la carretera de piedra apisonada. Las calles, otrora empedradas, presentaban demasiados desconchones como para que rodaran estos artilugios metálicos. Después de tres o cuatro subidas y bajadas por esta carretera, la parada obligatoria y la consiguiente concentración de chavales, era en “la covanchera negra”, al amor de la lumbre encendida y alimentada con la colaboración de todos -“el que no trae leña, no se calienta”-. Aquí se repetían las espeluznantes consejas oídas en las trasnochadas hogareñas y, se daban las primeras chupadas a los tallos secos de las “zarramagueras”, sucedáneos de los cigarrillos de

tabaco. Algunos de los más mayores liaban, valiéndose de dos o tres “camisas” -papeles de fumar-, pitillos de hoja de patata, bien seca, cuyo humo tenía un aroma muy parecido al tabaco rubio. Los tempranos anocheceres de los meses otoño-invernales ponían fin a la animada cháchara. Algunos de los más medrosos, en cuanto veían lucir las mortecinas lámparas del alumbrado público -“venían las luces”-, cantaban:

¿Quién se viene?
¿Quién se queda?
que a la noche,
zurra lleva.

Otras veces era el coche de línea el que, al aparecer asmático, lento, renqueante, arrastrándose perezosamente por la curva de la Navarriisca, mal empujado por el gasógeno, ponía fin a la tertulia. Todos competían con él para intentar -a veces se conseguía- llegar antes a la parada.

Cuando no se podía jugar al “Arranca cebolla”, por estar el suelo demasiado mojado, el centro de los juegos era alguna de muchas bodegas próximas a la carretera. La mayor parte de las mismas tenían sobre la bóveda de entrada, formada por piedras de toba, perfectamente labradas, una cimbra formada por multitud de capas superpuestas de los sarmientos de pódas inmemoriales. Gracias a estos incorruptibles vástagos, la bóveda y el primer tramo de la bodega, de menos espesor que el fondo de la misma, quedaban perfectamente impermeabilizados.

Desde esta cimbra, de considerable altura, se lanzaban unos tras otros, en una cadena sin fin, todos los jugadores, sobre la entrada a la cueva, ocupada por un muladar de mullida paja, que amortiguaba el golpe de la caída. Nada más aterrizar había que levantarse para no recibir el impacto del siguiente saltador y ponerse en fila para repetir el lance. Pese al evidente riesgo, creo que no hubo ninguna fractura de pierna, ni siquiera, un tobillo “descontorcido” -dislocado-.

IV. LOS JUEGOS DE NAVIDAD Y/O INVIERNO

A primeros de diciembre -muchos desde mediados de noviembre- ya estaban preparando el instrumento musical más típico de las fiestas navideñas: la zambomba. Los mayores ya habían trasquilado y metido en remojo alguna piel de cabrito, mientras los pequeños se afanaban para encontrar una piel de liebre o de conejo cazados sin tiro para evitar que las perforaciones de los plomos arparan la piel e impidieran hacerla. Los olivos cercanos al pueblo proporcionaban los retallos necesarios para, una vez pelados y redondeada su cepa, sirvieran de varillas. Todavía mojada la piel, se tensaba sobre cualquiera de las bocas abiertas de una cubeta, lata o tonel. Una vez seca se templaba impregnándola, a conciencia, con ajo y calentándola en la lumbre hasta que alcanzara la tensión suficiente. Para el día de la Inmaculada ya estaban todas a punto, así como el resto de instrumentos musicales propios de estas fechas: almireces, calderos, huesos, panderos...

y todo lo que era capaz de producir un ruido bronco, pero acompañado. El diez de diciembre, día de la Santa, así se conoce a la titular de la parroquia, Santa Eulalia de Mérida, muy venerada en el pueblo y de la que dice el villancico:

En medio el altar mayor
ha nacido una arboleda
y Santa Eulalia bendita,
está en la rama primera.

alcanzaban las rondas su máximo apogeo, mantenido todas las noches, festivas o no, hasta el día de Reyes.

Los rondadores daban, cantando, repetidas vueltas al pueblo. Se rondaba a los familiares, amigos, novias, esposas, etc., que, agradecidas daban una propina en metálico y, en ocasiones, invitaban a todos los componentes de la ronda a degustar la fruta del tiempo: turrón y mazapán, regado con coñac, anís o “chapurriao”, según apetencias.

La fórmula para iniciar la ronda en las casas era la siguiente:

A esta puerta hemos llegado
y hemos dicho Ave María,
los de dentro han contestado:
sin pecado concebida.

Se continuaba rondando al cabeza de familia, esposa e hijos, siguiendo un turno riguroso. Para todos se empleaba la misma letra, de la que sólo cambiaba la palabra por la que había que echar la copla, que debía rimar siempre con el nombre del rondado. La canción decía así:

Tengo que echar una copla
por encima de un baúl
“pa” que Dios le de salud
al señorito Raúl.
Señor don Raúl
no se enfade usted
que es una coplita
que le canto a usted.

Que le canto a usted
ha dicho mi compañero,
Virgen sagrada María
Madre del divino Verbo.
Madre del divino Verbo,
digan todos y diré:
Viva la Virgen María
y el glorioso San José.

Cuando en la casa había niños pequeños, para abreviar, se cantaba:

Que bien parece el niño (o niña)
al ladito de sus padres,
es un ramo de azucenas,
que lo bambolea el aire.

O bien:

Las dos hermanitas (o hermanitos) duermen,
en una cama de seda
y de cabecera tienen
la Virgen de la Salceda.

En la mayoría de las casas, sobre todo los mayores, eran invitados a entrar. Para agradecer este detalle de hospitalidad los rondadores cantaban:

Bendita sea esta casa
y el albañil que la hizo,
que por dentro está la gloria
y por fuera el paraíso.

O correspondían con otra, también muy cumplida, que decía así:

La escalera de esta casa,
no sé cómo no reluce,
bajándola quien la baja,
subiéndola quien la sube.

A los pequeños se les ponía a prueba su paciencia, retrasando adrede, la entrega de la gratificación. Estos, impacientes, entonaban una copla de “recuerdo”.

Dános, danos, danos,
si nos has de dar,
que la noche es corta
y hay mucho que andar.

Seguida de otra de peor tono, si se demoraba la entrega de la dádiva:

Ya baja la vieja
con el aguinaldo
y se le hace mucho
y le va quitando.

Si estas dos coplas no surtían el efecto apetecido, había una tercera en el repertorio, que, afortunadamente, no se cantaba casi nunca -la gente era bondadosa y desprendida y siempre daba algo- con la que se denostaba a la familia rondada:

Los paredes son de hierro,
los cimientos son de alambre,
y los dueños de esta casa,
se están muriendo de hambre.

El dinero ganado en la ronda era recogido por el “tesorero” y repartido equitativamente entre los pequeños rondadores. La mayoría de ellos lo invertían rápidamente en trozos de rico alajú.

Estas frías noches de celebración navideña se potenciaban con la celebración de las matanzas a las que asistía toda la familia, propiciando unas largas y multitudinarias trasnochadas dedicadas a rondas, tertulias y juegos diversos. La chavalería mataba gran parte de la noche jugando al parchís, oca, cinquillos y a otros menos conocidos que paso a describir:

LA RAPOSA.- Se repartían, una a una las cartas “boca arriba” entre los jugadores. Al que le correspondía el cuatro de oros, ganaba lo apostado. Una variante de este juego, era el “orillo”. En éste, el as de oros era el que hacía ganar.

LOS CACHIMORRONES.- También se llamaba el “burro”. Se iniciaba el juego repartiendo, a partes iguales, todas las cuartas de la baraja. A continuación, se echaban, por riguroso reo, las cartas descubiertas sobre la mesa, dando, cada uno de los jugadores el nombre correlativo: as, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, sota, caballo y rey. Si el nombre dicho coincidía con el valor del naipes arrojado, este jugador tenía que coger todas las cartas jugadas; pero, si el siguiente no se apercebía de esta circunstancia, y echaba carta, era para él todo el montón. Al final, siempre quedaba un sólo jugador con naipes, que iban echando, una a una, todas las cartas. Si tenía la suerte de que no correspondiera ninguna con su nombre pronunciado al echarla, se salvaba. Si, por el contrario, coincidía, se tenía que someter al castigo, consistente en recibir, inclinado sobre la mesa, el castigo de cachetes que mandaba la “madre”, siguiendo el orden de salida de las cartas y el valor de las mismas:

- | | |
|---------|--|
| As | Madamita |
| Dos | ¡Ojo! A la cuadra |
| Tres | Chiquilitoque la mano del “Roque”. Un, dos, tres. Toque. |
| Cuatro | |
| Cinco | Un pizco -pellizco- |
| Seis | Pelcis |
| Siete | Cachete |
| Sota | Sota, sotana debajo de la cama hay un “farol” (?) que dice: sol,sol y sol. |
| Caballo | Caballo, caballero de fuente Mayor, reluce la capa de nuestro señor. |
| Rey | Rey de España tirando tiros con una caña; tantos tiró que reventó. |

EL JI-JI.- Se jugaba, según el número de jugadores, repartiendo entre ellos nada más que las figuras: reyes, caballos, ases y sotas. Las tres únicas cartas que tenían valor para tomar parte activa en el juego eran:

Caballo de oros Ji-Ji

Rey de oros	Mandátus
Sota de oros	Especie de juez

Entre los que llevaban estos naipes se establecía el siguiente diálogo:

C. de oros decía	“Ji-Ji”
Rey de oros	“Mandatus”

Ji-Ji.- Ladrones hay en casa.

Mandatus.- ¿Cuántos?

Ji-Ji.- Mil y tantos.

Mandatus.- Manda el rey a castigar al... decía el nombre del naipe que iba a sufrir el castigo. El poseedor del mismo se sometía a él, hasta que la sota de oros decía ¡Alto! y amnistiaba al castigado.

En todos estos juegos de naipes, los fallos o equivocaciones se discutían acaloradamente, hasta que mediaba la “madre” emitiendo una sentencia salomónica e inapelable: “¡Carta en la mesa, pesa!” y se calmaba la chiquillería.

LA VEJIGA DE CERDO.- La celebración de la matanza del cerdo parece una reminiscencia ancestral de alegre participación, como pueblo cazador, en el banquete propiciado gracias a la pieza abatida. Tenía, además, una gran carga de culto a la familia, de solidaridad -hoy soy huésped, mañana anfitrión- y de jolgorio, todo ello revestido de un ritual muy preciso.

La tropa menuda participaba plenamente en los festejos matanciles, gozando de una mayor permisividad y libertad de lo que era habitual y del pasatiempo extra que le proporcionaba la vejiga del cerdo sacrificado:

Nada más extraerla el matarife y arrojarla lejos de sí, el más avisado de los chavales la recogía, prácticamente antes de tocar el suelo y, acompañado del resto de invitados pequeños, procedía a preparar el depósito de la orina para que cumpliera otra misión menos prosaica. Para ello la embadurnaba de ceniza y la restregaba, con los piés, en el suelo. A continuación la golpeaba repetidamente contra una piedra para adelgazar sus musculosas paredes, hasta conseguir que dieran de sí. Concluida esta soba concienzuda, se hinchaba -boca a boca- y seataba convenientemente, con el fin de que, durante unos días, sirviera como sucedáneo del balón, en aquél entonces casi desconocido. La excesiva resecación de la membrana, o alguna laña suelta de las abarquillas calzadas por los pequeños futbolistas, perforaba la antigua vejiga y ponía fin a este juguete procedente del cerdo, animal, que, según el dicho popular, “no tenía desperdicio”.

V. INTEMPORALES

El largo invierno iba declinando y, poco a poco, se manifestaba una primavera prometedora de tiempo bonancible en la que, la Naturaleza, profundamente aletargada, recobraría su total identidad tras una prolongada duermevela, plagada de continuos adelantos y retrocesos climatológicos, en los que, aparentemente, se perdían, en un momento, todos los progresos de varios días.

Para la chiquillería, era también un renacer de los juegos y de las actividades, un tanto olvidados y dejados de practicar por las malas condiciones del terreno; se recuperaban todos los juegos de exterior, como el gua, el ti, etc. y se realizaban otros -diríamos que intemporales- como los siguientes:

LAS CAJETAS.- Recibían este nombre los cartones de las cajas de cerillas. Con ellos se jugaba al "Ronde" -se denominaba, indistintamente, con esta palabra al redondel -círculo- o al rectángulo- trazados en el suelo. A seis o siete metros se marcaba una recta -mano- delimitada por dos cortas, perpendiculares -clavos-. Los jugadores lanzaban su "chita" -trozo de teja o losilla de piedra- o "rilete" -disco de goma de una suela o tacón de zapato-, desde el "ronde" a la "mano", para marcar el turno, por orden de acercamiento. Los últimos eran los que su "chita" o "rilete", caía "fuera clavo" es decir, fuera del trozo de recta delimitado por las otras dos, cortas y perpendiculares a ella. Lanzaba el primero directamente al "carruco" -montón de cajetas apostadas- o muy cerca del ronde, para desde él tirar sobre el montón con mayores posibilidades de acierto. Si algún jugador, aunque fuera el último, sacaba desde la "mano" alguna cajeta, o golpeaba con su "chita" la de otro jugador, continuaba lanzando hasta errar el tiro a las cajetas o no "mataba" el "rilete" del contrario.

LA RAYUELA.- Era muy parecido al anterior, sólo que en este lo que había que sacar del "ronde", eran las monedas apostadas por los jugadores. El orden de tirada y las reglas del juego eran idénticas al de las cajetas. En lugar de tirar con un chita, se hacía con una moneda de cobre de diez céntimos.

LA TUCA.- Sobre un bote se colocaba la apuesta de todos lo jugadores. Esta apuesta podía consistir en cajetas o monedas. Desde la mano, por riguroso turno, se lanzaba el "tejo" para golpear el bote. Si se conseguía, todas la monedas más cercanas al "tejo" eran para el lanzador. Había un lance llamado "Tuca pina", en el cual, la "tuca" golpeada y desplazada no perdía su verticalidad. En este caso todo lo apostado era para el diestro jugador.

Este juego tiene un gran parecido con el ahora tan practicado juego de la "petanca". Muy bien podría ser su precedente.

LAS RESTREGUILLAS.- Se llamaban así una especie de toboganes que se habilitaban aprovechando cualquier terreno inclinado, principalmente en el declive del terraplén existente en la carretera, sobre el que se construyó un magnífico muro de contención y de ampliación. Había otra "restreguilla", ésta para los mayores, que iba

desde el camino de Valdecuevas, al de la Vega, salvando una distancia de más de cuarenta metros de gran pendiente. Sobre el carril marcado por innumerables pasadas, se deslizaban en cuclillas, sobre un pie, en un equilibrio muy inestable. Para que el deslizamiento fuera más suave y rápido, se vertían en la parte superior unos cuantos cubos de agua. Lo que se ganaba en velocidad se aumentaba en salpicaduras de barro y en caídas.

LA TOÑA.- Era este un juego prohibido por su gran peligrosidad. Se practicaba a escondidas de personas mayores. Consistía en lanzar lo más lejos posible una “toña” -vara de unos cuarenta centímetros de largo por tres o cuatro de diámetro, con los dos extremos afilados- impulsándola con otra vara, a modo de bate de béisbol inglés, de las mismas dimensiones. Para ello se colocaba la “toña” sobre un lugar elevado -poyo, piedra, etc.- sobresaliendo de su apoyo la mitad, poco más o menos. Con la otra vara se golpeaba el extremo libre, con lo cual sufría la “toña” un movimiento de elevación, mientras giraba sobre su centro. Cuando se hallaba en plena ascensión, se batía, de nuevo, en su punto medio, intentando alejarla lo más posible. En otros lugares este juego recibía el nombre de “estornija”. Su similitud con el beisbol es evidente y a drede he elegido la palabra bate, para denominar la vara impulsora.

EL PAN Y TOMATE.- Juego de los más niños. Consistía en agarrar, el que se quedaba, a cualquiera de los otros jugadores, mientras canturreaba: “pan y tomate “pa” que no te escapes”. Los otros desafiaban al que se quedaba cantando, puestos en cuclillas: “Aquí te espero comiendo un huevo, una vaca y un carnero”. El jugador cogido reemplazaba al que se quedaba.

SIETE Y MEDIA EN EL SUELO.- Se trazaba en la tierra un rectángulo dividido en cuatro partes. El tirador lanzaba, una a una, las monedas a los cuarteles numerados con palotes, a modo de números romanos, intentando sumar siete, la media se obtenía situando una moneda sobre cualquiera de las líneas que formaban el rectángulo. Había dos jugadas que, por sí mismas, equivalían al “siete y media”: Cuando la moneda quedaba cubriendo el punto central donde se juntaban las medianas de los lados y cuando se acertaba a colocar una de ellas en la “casuta” -especie de chimenea trazada en la parte superior de la línea media vertical, fuera del rectángulo.-

VI. PRIMAVERA Y VERANO

EL ESPUMARAJE.- Aprovechando el buen tiempo primaveral, las salidas al campo se hacían más frecuentes. En ocasiones era, simplemente, el afán de corretear lo que llevaba a la chiquillería a estas salidas; en otras, era la búsqueda de acederas, bayas de gayuba, nidos, etc, la causa principal de estas pacíficas incursiones. A menudo, de regreso, se traían manojos de “espumaraje” -hierba plumosa, muy abundante en los baldíos. Sus finos tallos de hasta cuarenta centímetros de largo, presentan una especie de espiguilla vellosa de visos plateados al ser agitadas por el viento-. Estos menudos tallos se igualaban bien en sus culatas y se ataban fuertemente. Después se lanzaban a lo alto, habiendo mojado la base de los cálamos con barro -a veces excrementos- con el fin de

hacerlos más pesados. Ayudados por este peso adicional, se comportaban como verdaderos tentetiesos vegetales y caían siempre de pie, mostrando en su parte superior la nacarada blancura de su espiguilla.

EL CHIFLO.- Este pito se hacía con una caña de cebada caballar, todavía verde. Para ello se cortaba -siempre son los dientes- por debajo de un nudo; desde este corte se hacía una incisión hacia abajo y se probaba a ver se “chiflaba”, no sin hacer previamente una cruz en la frente mientras se recitaba:

Lagarto, lagarto,
si no me chiflas,
te parto.

Si no funcionaba, se le acortaba, otra vez con los dientes y se repetía el ensalmo, hasta lograr que el chiflo sonara.

Aprovechando la ocasión, se cogían varias espigas a las que se rapaba, convenientemente, sus peligrosas barbas para poder comer sin mucho riesgo sus dulces y refrescantes granos.

LOS NIDOS.- Muchas de las salidas al campo se dedicaban al poco ecológico entretenimiento de buscar nidos. Este pasatiempo tenía entonces plena disculpa y justificación por el innato instinto cazador, por la abundancia de especies y de ejemplares en todas ellas y por lo que tenía de observación y aprendizaje de las costumbres y formas de anidar de las distintas familias de aves.

Se distinguían distintas etapas en el estado de construcción de los nidos, destacando las siguientes:

-Haciéndolo, cuando apenas era un hoyo en el suelo, o unas pajillas en la rama de cualquier árbol o arbusto.

-Al poner, cuando ya estaba terminada la acogedora casa.

-“Engüerando” -incubando-, cuando después de terminada la apuesta, pasando unos días, se dejaba acercar la hembra a muy escasa distancia, hasta levantar el vuelo. También se notaba la incubación por el brillo grasiento de los cascarrones.

Pasados unos quince o veinte días, según especies, salían los polluelos del huevo, ciegos y totalmente desnudos -“emporretudos”- para pasar sucesivamente por: “en pelo malo”, cuando tenían el cuerpo cubierto con una escasa pelusilla; en “cañones”, con los cálamos de las plumas muy gruesos y con mucho riego sanguíneo, y, para terminar, -esta palabra es muy bonita, con resonancias de romance- “volandericos”-, concluido ya el desarrollo y dispuestos a abandonar el cómodo, pero ya estrecho nido, en cualquier momento.

En ocasiones, se ponían trampas en estos nidos para intentar coger a la hembra cuando entrara a realizar la puesta. Las dos más utilizadas eran la “losilla”, para las que



anidaban en el suelo, y la percha, para las que los construían en árboles o arbustos.

La primera consistía en una piedra lo más plana y delgada que se encontrara, colocada de pie, un poco inclinada, sobre el nido, y sujeta con un palillo a modo de puntal. Al entrar la pájara a poner, retiraba el palillo y caía la piedra, aprisionándola sobre el terreno.

La segunda era una lazada “escurridiza” hecha con hilo de algodón, siempre que el ave fuera pequeña, y con cerdas de las colas de las mulas, bien trenzadas, para las perdices y otras aves de similar tamaño. Se colocaba a la entrada del carril y en ella caían y se estrangulaban los pobres animales.

LA HOJA DEL AMOR.- Así se denominaba una planta herbácea de tallo rastrero, hojas aovadas con dos estípulas basales pequeñas de la misma forma que éstas; flores amarillas diminutas semillas en vaina curva segmentada, semejante a la cola de un escorpión -de ahí su nombre de “escorpionera”-.

Esta hoja presenta un limbo de cinco o seis centímetros de largo por la mitad aproximadamente de ancho, se mordisqueaba cuidadosamente con los dientes y se colocaba en un brazo, o en cualquier parte del cuerpo, mientras se repetía el siguiente ensalmo:

Por.....(Aquí se decía el nombre de la “dama de los desvelos infantiles”).
Si me quiere bien,
que me salga una rosa
como un clavel.
Si me quiere mal,
que me salga una ampolla
que me haga llorar.

Se retiraba el emplasto y se esperaba el resultado de la prueba que casi siempre era el mismo: Brazo inflamado, presentando una fea ampolla de la misma forma y tamaño que la “hoja del amor”, generadora de la llaga, plagada de multitud de vejiguillas serosas; enrojecimiento, temperatura alta en toda la zona, dolor continuo y picor insoportable, etc., producido todo ello, más que por el desamor de las “dulces enemigas”, por las propiedades vesicantes de la referida planta.

Pasados unos cuantos días de molestias -algunas veces el estado de la úlcera se complicaba con una “seca” -infección de los ganglios axilares- y tardaba mucho tiempo en sanar; después de sufrir alguna reprimenda y hasta castigo, por parte de los padres, el brazo de los enamoradizos chavales -casi todos los integrantes de la pandilla-, volvía a la normalidad; sus poseedores a enamorarse de nuevo, pero ya sin poner a prueba, ni a intentar medir la cantidad y la intensidad de amor que les profesaban sus platónicas y esquivas admiradas sin entrar a más averiguaciones, propias de amantes desconfiados, curiosos e impertinentes.

El verano era la estación -sobre todo en su primer tramo- menos abundante en juegos debido a la escasez de jugadores. El trabajo del campo acuciaba y la colaboración de chicos y grandes era necesaria para dar fin, lo antes posible, a una recolección siempre insegura, amenazada constantemente por un incendio fortuito, o por un pedrisco inoportuno.

Aún así había unos pasatiempos -pelota, gua, cajetas, etc-. propios de estación seca, en los que se aprovechaba el frescor de los largos atardeceres,, especialmente, el sofocante medio día que se intentaba aminorar con refrescantes baños en cualquiera de las breves y cenagosas represas, construidas para remansar el menguado caudal del arroyo y emplear el agua así embalsada par regar las hortalizas, o en las escasas “presas” -estanques construidos para el mismo fin-. Debido a la poca profundidad y longitud de tales “piscinas”, el entretenimiento, más que natación, consistía en saltos y chapoteos, acompañados por el guirigay de los vocingleros bañistas.

Para el baño, lo mismo que para echar a suertes, o en los lances difíciles de algunos juegos, se seguía un ritual propio y específico:

-Antes de meterse al agua, como quitaperezas, se hacían, con agua, una cruz en el pecho.

-Eruptar durante el baño era señal feliz de que el baño no iba a cortar la digestión, ni a producir daño alguno.

-A lo largo de la sesión se repetía varias veces el lance de “la carta”. El bañista flotaba de espaldas, mientras hacía mención de escribir con una mano sobre la otra, ambas elevadas todo lo posible, sobre el cuerpo. Se daba la vuelta y hacía la misma simulación.

-Para poner fin al baño se efectuaba la despedida: el chapoteador, flotaba sobre su espalda mientras repetía: “La despedida de Cristo, cojo la ropa y me visto.”

Esta promesa casi nunca se cumplía, porque, poco antes de vestirse, venía otra cuadrilla y en su compañía se reanudaba el baño.

A LA UNA CANTABA LA MULA.- Era una variante de “dola”, muy practicado por chicos de ocho a doce años, seguramente por ser menos complicado que el anterior. Mientras se saltaba se repetía una cantinela y se accionaba, en cada momento, conforme decía la letra:

A la una, cantaba la mula.

A las dos, tiró la coz.

A las tres, los tres saltitos de San Andrés.

A las cuatro, brinco y salto.

A las cinco, salto y brinco.

A las seis, lique por lique inglés. (Se daba un espolonazo en el trasero)

A las siete, planto mi “capiruchete”. (Se colocaba, al

saltar, sobre la espalda del que saltaba, una boina o pañuelo.)

A las ocho, lo recojo con mis manecitas de corcho.
(Había que coger el pañuelo propio sin tirar ninguno de los pertenecientes a otros jugadores)

A las nueve, quiere parir la burra y no puede.

A las diez, paridita es.

A las once, llaman al conde.

A las doce, le responden con campanillas de bronce.
¿Qué quiere Ud., señor conde: azote, lique o “culá”? (El que se quedaba, para complicar las cosas, no por masoquismo, pedía las tres cosas que había que administrar simultáneamente. El que no lo conseguía, se quedaba.)

A las trece, amanece.

A las catorce, anochece.

¿A las quince, machaco los ajos en una almirez?

A las dieciseis, cabezota buey. El que se quedaba, cambiaba la dirección de su cuerpo y se saltaba desde la cabeza, para salir por las nalgas.

A las diecisiete, coz y cachete.

A las dieciocho, lio, lio las tripitas en un corcho. Se salía del salto haciendo gesto de devanar un ovillo.

A las diecinueve, levanta la bota y bebe.

A las veinte, la carta. (El jugador colocaba los pies sobre la espalda del que se quedaba, inclinaba el cuerpo hacía abajo, apoyando las manos en el suelo, donde simulaba escribir).

A las veintiuna, busca el hueso de la aceituna. El jugador salía del salto a “la pata coja”.

EL AVION.- Juego de “pega”. Se jugaba en muy pocas ocasiones; casi siempre para castigar a algún chico presumido, muy raras veces con un minusválido, pese a la crueldad infantil, por fortuna poco frecuente.

Cuando alguno caía mal y venía “dándoselas”, bastaba una seña de complicidad y la sugerencia de jugar al avión. Nada más oírlo, tres o cuatro de los más fuertes, manifestaban con movimientos de manos, ruidos, risas y saltos, que ellos eran los motores; otros, que ellos la cola y el “fantasmilla” era invitado a actuar como cuerpo del avión. Este aceptaba y cuando estaba suspendido y bien aseguradas su cabeza, manos y pies sobre los hombros de los fornidos “motores” y “cola”, se emprendía una carrera entre gritos y ruido, rodeados por los otros jugadores que procedían a soltar el cinturón, replegaban pantalón y calzoncillo y propinaban una azotaina a “culo visto” al inocente muchacho.

Esta burla bajaba los humos del presumido, que se tornaba más modesto.

VII. DE INGENIO E INTELIGENCIA

Como juegos de ingenio y de inteligencia se pueden citar los siguientes:

TRES EN RAYA.- Juego universal. Se practicaba en cualquier solana, al resguardo del aire, en días de invierno. Como ya sabemos, este juego consiste en alinear tres piedras en los puntos marcados en las medianas de los lados o en los vértices de las diagonales y punto central de un cuadrado.

EL BI-BI.- Ponía a prueba el conocimiento de nombres de pueblos y ciudades de los jugadores. El que mandaba decía, repetida, la primera sílaba del nombre a completar y los jugadores, por orden, procuraban adivinar la palabra. El que lo conseguía, pasaba a mandar y decir la sílaba del lugar elegido por él. Muy parecido al presente juego, era el conocidísimo Veo- Veo.

JUEGOS CON CUERDAS (CUNAS).- Es un juego muy extendido por todas las partes del mundo. Se realizaba con una cuerda fina (bramante) entrelazada entre los dedos de ambas manos, formando figuras, algunas muy complicadas. Los más hábiles hacían “La cuna del Niño Jesús” y “El serrucho”.

En esta edad infantil hay una gran afición a la resolución de enigmas y adivinanzas. Con estos pasatiempos se agudizaba el ingenio y se hacía trabajar la imaginación para resolver el problema, desdeñando las pistas, encubiertas, casi siempre, con enunciados de marcado carácter sexual, para despistar a los “edipos”.

Entre los enigmas más corrientes entre los chavales, recuerdo los siguientes:

Doce, redoce, veinticuatro y catorce: ¿Cuántas son?

Pan y pan y pan; pan y pan y medio, cuatro medios panes, dos panes y medio. ¿Cuántos panes son?

Este es más conocido: Cien pollos metidos en un cajón, entre picos y patas. ¿Cuántos son?. Aquí se jugaba con el doble sentido de metidos y metí dos.

En este último, era de “pega”, llevaba la solución incluida en el enunciado: Tres cinquillos y dos diecisiete. ¿Cuántas son?

VIII. EL JUEGO FEMENINO

Al hablar del trabajo, veámos cómo la mujer realizaba las tareas consideradas como propias de su sexo y que, cuando el hombre se sentía agobiado en la realización de las suyas propias, aceptaba de grado, o reclamaba por fuerza, la ayuda de ella, sin que esta colaboración llevara consigo una contraprestación, en la que el hombre auxiliara a su compañera en tareas propiamente femeninas. Estas labores no le agradaban al varón, que veía mermada su hombría, y hasta puesta en tela de juicio su virilidad, en la realización de las mismas; ni a las mujeres tampoco, que tildaban a estos maridos complacientes de

falderos, “recloqueros” y cocinillas. ¡Eran otros tiempos!

Si acaso, consentía la ayuda en alguna de las más duras labores de la matanza: “esmagrar” -desmagrar-, dar a la máquina para picar la carne y posteriormente para embutir el chorizo. Le estaba vedado, sin embargo, -seguramente esta prohibición puede tener un sentido alegórico de marcado carácter sexual-, participar y hasta presenciar el “llenado” -embutido manual de las mórchillas-. Si algún varón intentaba romper este voluntario y ritual apartamiento, era alejado, con cajas destempladas, del “gineceo”, luciendo, a veces, la cara embadurnada, por mano de alguna fémica, entre jaranera y enfadada, celosa guardiana de su intimidad y la de sus compañeras, con la papilla -cebolla, sangre y manteca-, ingredientes de este rico y succulento embutido.

Su mala suerte, en lo referente al trabajo, tampoco mejoraba en lo relativo a la holganza y a la diversión:

-Sus juegos, más sosegados y tranquilos que los masculinos, podían ser -sobre todo en los primeros años- imitados por los niños. No podían hacer lo mismo ellas con los de los varones, so pena de pasar por “machuchos”, “chicotes” y “marimachos”, en cuanto practicaban alguno de los vedados.

-Desde muy pequeñas iban acostumbrándose a las tareas femeninas -fregar, barrer, lavar, coser, etc.- y a ser un poco subalternas de sus hermanos.

Mientras los chicos jugaban y correteaban por el pueblo y por el campo, a sus anchas, sin trabas ni cortapisas, ellas -¡hacendosas las pobres!-, permanecían en la “solana”, con sus madres, familiares y vecinas, enfrascadas en pacientes labores de aguja, acostumbrándose, paulatinamente, a tener la “pierna quebrada”, para que cuando se hicieran mayores fueran mujeres honradas y hogareñas. Seguramente, entre puntada y puntada, daban un resignado suspiro, envidiando, si no la condición, sí la mayor libertad que gozaban los muchachos.

La mayor parte de estos juegos eran acompañados de canciones, algunas alusivas y propias de cada uno de ellos. En muchas ocasiones las letras de estos cantares eran inocentes, aunque casi siempre escondían y velaban una segunda intención; en otras, la letra tocaba temas sobre amores no permitidos, incestuosos y hasta sacrílegos, propios de coplas de ciego o del más truculento de los romances. Ni qué decir tiene que los más atrevidos y atroces, eran entonados, únicamente, cuando no había personas mayores presentes. Con unos y otros acompañaban sus juegos, especialmente el corro y sus paseos por la carretera, eras, etc.

Hecho este inciso, voy a pasar a describir algunos de estos juegos compartidos por niñas y niños, y de otros, específicamente femeninos:

LOS CUADROS.- Este juego era compartido por niñas y niños hasta que éstos eran un poco mayores. Para practicarlo se marcaba en el suelo un rectángulo de tres metros, poco más o menos, al que se dividía en cuatro partes iguales; se trazaba una línea

longitudinal por el centro del rectángulo, dejando libre y entero el cuadro del extremo opuesto a la salida. Se saltaba de uno a otro, a la “pata coja” mientras se recitaba: perro, gato, manso y descanso, aquí, en el cuadro grande del extremo, se posaban los dos pies y se volvía por la otra hilera, hacia la mano, diciendo pesca, pescadilla, bacalao y salvao. A continuación, se iba impulsando una “chita” de cuadro en cuadro, siempre al primer toque. Si quedaba ésta sobre cualquiera de la líneas, era falta. Después, para complicar más las cosas, se pasaba de casilla en casilla, siempre mirando al cielo, preguntando al resto de jugadoras. ¿piso?, ¿piso?. Si no se pisaba en ninguna línea, se había superado la prueba.

LA PICOTILLA.- Juego muy practicado, también por niñas y niños. Consistía en poner cada jugador igual número de monedas en un “carruco” -columna- todas en el mismo sentido, de “cara” o de “cruz”. Por orden riguroso, cada jugador iba tirando una moneda, de canto, sobre ellas, para intentar darles la vuelta. La tirada se continuaba hasta que fallaba el golpe y no volvía ninguna moneda. Todas las volteadas pasaban a ser de su propiedad.

EL “PASIMISÍ, PASI MISÁ”.- Dos de las jugadoras se ponían una frente a otra a poco menos de un metro de distancia, agarrándose las manos y elevando un poco los brazos para formar la “puerta”. Por debajo de esta “puerta” pasaban los jugadores mientras todos cantaban:

“Pasi misí, pasi misá”,
por la puerta de Alcalá
los de “alante” corren mucho,
el de atrás se quedará.

Al cantar este último verso, bajaban los brazos y aprisionaban a la jugadora que pasaba en ese momento. Esta se quedaba -dejaba de jugar-. La canción se repetía hasta que no quedaba ninguna niña en la fila.

La mayoría de las letras se transmitían oralmente, sufriendo, en muchas ocasiones deformaciones propias de este tipo de transmisión. Así parece suceder con las palabras “pasi” -más eufónica que pase- y con “misa” -señora.

LA ZAPATILLA.— Todas las jugadoras se sentaban en el suelo formando un círculo. Una de ellas -a la que le tocaba- se quitaba una zapatilla, zapato o sandalia y recorría el corro por detrás mientras cantaban y accionaban como indicaba la canción:

La zapatilla por detrás,
ni la ves, ni la verás.
¡Mirad “pa” “riba”
que caén judías!
¡Mirad “pa” bajo,
que caen garbanzos!

En una de las vueltas, dejaba, disimuladamente el calzado detrás de cualquier jugadora. Esta se tenía que dar cuenta, coger la zapatilla y correr tras de la que la había dejado, intentando golpearla con ella, hasta llegar a la barrera que era el lugar que había quedado vacante ocupado por la jugadora perseguida.

LA COJITA.- Todas las niñas se ponían en círculo y en el interior otra, que a la “pata coja” iba siguiendo las vueltas de las otras, mientras cantaban;

Desde chiquitita me quedé,
me quedé,
algo resentida de este pie,
de este pie.
Y aunque el andar
es cosa muy bonita
disimular
que soy una cojita
y aunque lo soy,
lo disimulo bien.
Anda, anda, anda,
que te pego un puntapié.

La niña amenazada con la patada, reemplazada a la coja.

LA COMBA.- Este era un juego muy practicado por las niñas y, esporádicamente, también por los chicos. Como reto de buena saltadora, estaba la modalidad del “tocino”, en la que las dos niñas que movían la cuerda daban a una velocidad tan endiablada, mientras cantaban: “pan, vino y tocino”, que la saltadora parecía no posar nunca los pies en el suelo. Pero lo habitual era que se diera a velocidad normal. La saltadora y demás jugadoras entonaban canciones como las conocidísimas de: “El cocherito, leré”, “Soy la reina de los mares”, etc.

A continuación transcribo la letra de dos canciones menos conocida:

Las niñas bonitas
no van al cuartel
porque los soldados,
las pisan el pie.
- Soldado, soldado,
no me pise usted,
que soy pequeñita
y me puede doler.
-Si eres pequeñita
te voy a comprar

un vestido blanco
que te ha de gustar.
Yo no quiero eso
que quiero otra cosa,
que quiero un vestido
de color de rosa
con picos delante,
con picos detrás,
con cuatro volantes,
y, adiós, capitán.

La otra dice así:

La esperanza me mantiene
y el Señor me lo conceda,
que el muchacho que yo quiero,
el también a mi me quiera.

Arroz con leche,
me quiero casar
con una muchacha
de este lugar,
que sepa coser,
que sepa bordar,
que sepa echar
cuentas de multiplicar.
Uno, dos y tres

salte niña
que vas a perder.
Que vas a perder
y no encontrarás
a ese muchachito
que acabas de hablar.
El no te quiere,
porque no tienes edad,
ni sabes coser,
ni sabes bordar,
sólo sabes, niña,
echar esas cuentas
de multiplicar.

Al terminar de cantar este último verso, la niña se alía de la comba y, al momento, era reemplazada por otra saltadora.

Había otra variedad de salto en el que las niñas que daban, imprimían a la cuerda un movimiento pendular, llegando esta a poco más de medio metro de altura, a derecha e izquierda, mientras entonaba, la también conocida canción de “Al pasar la barca”.

EL CORRO.- Nada más aprender a andar, las niñas empezaban a practicar este juego con el llamado “Corro de la patata”. A medida que iban creciendo, las “Naranjitas y limones” que, según la letra, comían los señores, sabían a poco y eran sustituidas por canciones de letras más extensas y acompañadas, casi siempre por una complicada mímica. Como dije anteriormente, el tema de las mismas era siempre amatorio y galante, cuando no caía en lo ordinario, grosero y hasta chabacano.

De todos son conocidas canciones como: “A Atocha va una niña”, “Arroyo claro”, “El patio de mi casa”, “Quisiera ser tan alta como la Luna”, “La Chata Merigüela”, etc. A continuación transcribo las letras de algunas menos conocidas que las citadas anteriormente:

JARDINERA.- Como en el juego anterior se formaba un corro y en el centro se situaba la “jardinera”, alrededor de la cual giraban cantando:

Adelanta, una lancha
y una cañonera mía,
regando sus lindas flores
al momento le decían:
-Jardinera, tu que entraste
al jardín de nuestro amor,
de las flores que tu riegas

dinos cual es la mejor.
-La mejor es una rosa
que se viste del color
del color que se le antoja
y verde echa la hoja.
Dos hojitas tiene verdes
y las demás encarnadas,
a ti te cojo amiguita,
por ser la más resalada.

La niña elegida, agradecía el cumplido cantando:

-Muchas gracias Micaela (deformación de jardinera)
por el gusto que has tenido
de haber tantas en el corro
y a mí sólo me has cogido.

Esta ronda se repetía indefinidamente, haciendo de jardinera, sucesivamente la niña escogida.

LA CARRASQUILLA.- Es otra variedad del juego de Corro. Este giraba alrededor de una niña situada en el centro. La letra de la canción era la siguiente:

Este juego de la carrasquilla
es un juego muy disimulado,
en poniendo la rodilla en tierra
todo el mundo se queda parado.
A la vuelta la vuelta a Madrid,
que este baile no se baila así,
que se baila de espalda, de espalda,
señorita "melé" -menea- esa saya,
señorita "melé" -menea- esos brazos
y a la media vuelta se dan los abrazos.
En mi pueblo no se estila eso,
que se estila un abrazo y un beso.
En mi pueblo se suele estilar
un abrazo y un besito más.

Al tiempo que se cantaba, se escenificaba lo que indicaba la letra, y al final, -siempre había un número impar de jugadoras- se quedaba la que no encontraba pareja.

LA GORRA VERDE.- Las jugadoras formaban un círculo, giraban acompasadamente, cantando:

Tengo una gorra verde
Chundará.
Que la tengo que teñir
Chundará ¡Que tiroteo!
Chundará ¡Qué cañonazo!
Con la sangre de(se decía el nombre de la niña)
Chundará ¡Qué tiroteo!
Chundará ¡Qué cañonazo!
Chundará que se vuelva de culazo.

Esta niña se daba la vuelta, con la espalda dirigida al centro del corro. Se repetía la canción hasta nombrar a todas las jugadoras. Después se deshacía el giro nombrando, una por una, a las jugadoras, hasta quedar todas, de nuevo, mirando al centro.

LA PAJARA PINTA.- Esta canción acompañaba el juego del corro.

Estaba la pájara pinta
sentadita en el verde limón,
con el pico recoge la hoja,
con el pico recoge la flor,
¡ay mi amor,
cuánto te veré yo!
Me arrodillo a los pies de mi amante
fiel y constante;
Dame una mano,
dame la otra,
dame un besito
sobre mi boca.

También se cantaba:

Ya está el pájaro pinto
puesto en la esquina,
esperando que pase
la golondrina.

Estas tres canciones que transcribo a continuación tienen el carácter amatorio y galante propio de este tipo de coplas, adobado con un cierto matiz contestatario, en las que con una letra -como en la mayoría de ellas-, impropio de la escasa edad de las jugadoras, se vapuleaba, aunque sólo fuera en plan festivo, a los componentes del otro sexo:

-Papá, si me deja ir
un ratito a la alameda
con las hijas de Merino
que llevan rica merienda.
A la hora de merendar
se perdió la más pequeña
su papá la echó a buscar:
calle arriba, calle abajo,
calle de Santo Tomás,
donde la vino a encontrar,
en un portalito oscuro
hablando con su galán.
De esta manera decía:
-Contigo me he de casar,

LAS CALABAZAS

Tengo las calabazas
puestas al humo
y al primero que pase
se las emplumo.
Anda que bueno fuera
que bueno fuera,
que pasara mi novio
y se las diera.
¿Qué haces ahí mozo viejo
que no te casas,

ROSITA DE ALEJANDRIA

En una salita oscura,
llena de iluminaciones, (1)
me puse a considerar,
lo falsos que son los hombres.
Lo falsos que son los hombres,
lo digo porque lo sé;
si alguno me está escuchando,
también lo digo por él.
Lo digo porque lo sé,
lo digo porque lo siento,
si alguno me está escuchando,

aunque me cueste la vida.
Mi abuelo tiene un peral
que cría las peras finas
y en la ramita más alta
cantaba una tortolilla.
Por el ala echaba sangre
y por el pico decía:
Que tontas son las mujeres,
que de los hombres se fían.
A los hombres garrotazos,
y a las mujeres natillas,
y a las niñas de este pueblo,
caramelos y rosquillas.

y te estás arrugando
como las pasas?
Tanto reloj de oro
tanta cadena,
el puchero en la lumbre,
y no tiene cena.
El puchero está roto,
tiene una raja
y por allí se sale,
la calabaza.

que diga si yo le miento,
Que diga si yo le miento,
Rosita de Alejandría,
que vengó a verte de noche,
porque no puedo de día.
Porque no puedo de día
porque me marchó al trabajo
ahí te dejó mis amores,
en la ventana de abajo.
En la ventana de abajo
y también en la de arriba

(1) Pensamientos, meditaciones.

ahí te dejo mis amores,
Rosita de Alejandría.
Rosita de Alejandría,
Rosita de los rosales,
ya no me caso contigo,

que me voy a Buenos Aires.
Si te vas a Buenos Aires,
¿con quién me quedaré yo?
Con tu padre y con tu madre,
que tienen la obligación.

LA MUJER SOLDADO.- Esta canción puede ser una versión tardía de muy poca calidad literaria del romance del siglo XVI, titulado "*La doncella guerrera*". En él nos sitúa el autor anónimo en una declaración de guerra entre Francia y Aragón. Un noble aragonés quiere participar en la contienda, pero se ve "viejo, cano y pecador" para esta lid, y maldice de su mujer la condesa, por haberle dado siete hijas, pero ninguna varón. En su ayuda acude la hija menor, que le pide no maldiga de su madre y sus armas y su caballo. El padre no quiere que vaya y, para evitarlo, le va poniendo pretextos: Primero, sus pechos, después, sus manos muy blancas para varón y, por último, el de sus ojos. La hija va rebatiendo éstos argumentos con soluciones acertadas. Marcha a la guerra y toma el nombre de D. Martín de Aragón. El hijo del rey queda prendado de los ojos de D. Martín, de los que dice: "son de mujer, de hombre no". Su madre, la reina, le da consejos para que intente descubrir la condición verdadera de D. Martín. Este va superando satisfactoriamente todas las pruebas, pero la última; "Convídalo tú, hijo mío, en los baños a nadar". D. Martín ve la imposibilidad de seguir fingiendo y, entristecido, pide permiso para ir a ver a su padre "enfermo para finar". Le es concedida la autorización; llega a su casa y, casi al mismo tiempo, a la puerta llama el príncipe.

En la desafortunada versión que voy a transcribir parece más una copla de ciego. Hacia el final hay una depreciación, no se sabe si a la hija del rey enamorada, en este caso, del falso soldado o a la Virgen María y una terminación embarullada y reiterativa:

Si te quieres casar conmigo
niña bonita
al tiempo serías madre
la más buena y la más bonita.
Ya se casaron los dos
y tuvieron siete hijos
y ninguno fue varón.
Un día a la más pequeña
le tiró la inclinación
de irse a servir al rey
vestidita de varón.
- No vayas hija, no vayas
que te van a conocer,
llevas el pelito largo
y la cara de mujer.
- Si llevo el pelito largo,

padre, me lo cortaré
y después de bien cortado
a la guerra marcharé.
Siete años peleando,
y nadie me conoció
nada más la hija del rey
que de mí se enamoró.
Tú si te quieres casar,
pero no sueñes conmigo
que el doctor me tiene dicho,
que no sirvo para marido.
-Búscate otro y sé feliz,
yo bien que te lo deseo.
Muchas gracias muchachita,
no te acuerdes más de mí,
ya encontrarás otro chico

y con él serás feliz.
- Adiós, reina de los cielos,
adiós, madre celestial,
quisiera subir al Cielo
y contigo poder hablar,
aunque sabes lo que he hecho
al ejército engañar
y esta niña se enamora
y yo la vuelvo a engañar,
de que me encuentro enfermo
y no me puedo casar.
¡Cuántos hubieran querido

tener esta ocasión
que se hubiera enamorado
de hombres mejor que yo!
Ya he terminado la mili,
ya me marchó con mis padres
y yo les explicaré
que no me conoció nadie
Nada más la hija del rey
y allí la dejé solita,
triste y llorosa
acordándose de mi.

Muy conocida y repetida era también esta canción de “*La Carolina*”, que parece una versión actualizada y, como siempre desafortunada, del precioso poema, titulado “*Romance de la linda Alba*”.

En éste, el marido, como en la versión moderna, está de caza por los montes de León. Tanto Alba como Carolina, acceden rápidamente y sin remilgos a las pretensiones amorosas, la una, del conde D. Grifos y, la otra, a las de un anónimo soldado del segundo batallón. Las maldiciones para los maridos burlados son muy parecidas:

-Carolina desea que se caiga del caballo y se parta el corazón.

-D. Grifos, quiere que le sea traspasado “por lanzada de moro izquierdo” que debe ser el colmo de las desgracias, superior a la más terrible de las maldiciones gitanas.

-Este quiere que rabien sus perros y que un aguililla le mate el halcón.

-Y Carolina, que los perros le lleven en procesión.

En plena escena amorosa, son sorprendidas ambas por sus respectivos maridos, que reparan en el nerviosismo y en lo demudado del color de sus esposas:

-Para Alba, este mal color es debido al abandono que sufre al quedarse sola, mientras él se solaza en el ejercicio de su afición.

-Carolina lo achaca no al dolor de muelas o nuevo amor que le propone el amoscado marido, como posible coartada, sino que lo atribuye al disgusto producido por la pérdida de las llaves de plata de su mirador.

A continuación, ambos cónyuges observan un caballo, unas armas, una lanza -escopeta en la nueva versión-, arrepentida, pide la muerte, que dice merecer. La Carolina, al parecer más aplomada, sale mejor librada del trance y el pagano debe ser el bigotudo soldado.

Se cantaba, repitiendo después del primer verso, como estribillo, Rau, cataplau y, después del segundo: ¡Ay si, Ay no!

La letra dice así:

LA CAROLINA.

Estaba la Carolina
de pechos en el balcón
esperando que pasara
el segundo batallón.
Pasa por allí un soldado
del segundo batallón
y le dice a Carolina:
-Con usted durmiera yo.
-Suba, caballero, suba,
por una noche o por dos,
mi marido está de caza
por los montes de León
y, para que más no venga,
le echaré una maldición:
Que se caiga del caballo
y se rompa el corazón
y para que más no venga
le echaré otra maldición
los perros de mi ganado,
lo lleven en procesión.
Al decir estas palabras,
el maridito llamó.

Ha llamadito a la una
y ha respondido a las dos.
Ya baja la Carolina
cambiadita de color.
-¿Qué te pasa Carolina
que has cambiado de color?
-Si tienes dolor de muelas
o has cambiado nuevo amor.
-Ni tengo dolor de muelas,
ni he cambiado nuevo amor
se me han perdido las llaves
de mi hermoso mirador.
-Aquellas eran de plata,
de oro las traigo yo.
Al entrar para la cuadra,
el marido reparó:
-¿De quién es ese caballo
que en mi cuadra veo yo?
-Tuyo, tuyo, maridito,
que mi padre te lo dió.
Cien años viva tu padre
que caballo tengo yo,

que cuando no lo tenía
no me lo quiso dar, no.
Al subir por la escalera,
el marido reparó:
-¿De quién es esa escopeta
que en mi rincón veo yo?
-Tuya, tuya, maridito
que mi padre te la dió.
-Cien años viva tu padre
que escopeta tengo yo,
que cuando no la tenía,
no me la quiso dar, no.
Al entrar para la alcoba
el marido reparó
-¿De quién es ese chiquillo
que en mi cama veo yo?
-El chico de la vecina
que en mis brazos se durmió.
-Sea chico o sea grande,
barba tiene como yo.
Si lo pilló por las patas,
lo tiro por el balcón.

ME CASO MI MADRE.- Con esta canción acompañaban el juego del “corro” y otros más. Su letra es muy espontánea a diferencia de otras, casi iguales, pero más artificiosas y descafeinadas.

El primer verso se “bisaba” y después del segundo que, también se repetía, se añadía como estribillo: “¡Ay, ay, ay!”. Como ejemplo pongo la primer estrofa que vale para el reto:

ME CASO MI MADRE

Me casó mi madre,
me casó mi madre,
Chiquitita y bonita,
¡Ay, ay, ay!
Chiquitita y bonita,
con un muchachito,
con un muchachito,
que yo no quería
¡Ay, ay, ay!

que yo no quería.
A la media noche
el pícaro se iba.
Le seguí los pasos
por ver donde iba.
Ya lo vi entrar
en casa la querida.
Me puse a escuchar
por ver que decía.

Ya le oí decir
hermosa, querida,
a ti te daré
sayas y mantillas,
pero a mi mujer,
palos y mala vida.
Me marché a mi casa
triste y afligida.
Me puse a barrer,
barrer no podía
me puse a limpiar,
tampoco podía.
Me asomé al balcón
por ver si venía,
todos los que pasaban,
él me parecían.
Ya lo ví subir

por la calle arriba.
Venía diciendo:
ábreme, María,
que vengo cansado
de buscar la vida.
No vienes cansado
de buscar la vida
que vienes de casa,
de casa la querida.
Me pegó un cachete,
me dejó tendida.
Llamé a la Justicia
y al Corregidor
Quedate con Dios, rosa,
boquita de piñón
que por tí me llevan
a la Inquisición.

COLOFON

Hemos hecho un largo recorrido por los trabajos y juegos de tiempos pasados, enumerando y describiendo los más utilizados, o los más típicos y raros. Indudablemente, había muchos más, de unos y otros, y su simple relación alargaría este trabajo innecesariamente.

Si numerosos y duros eran los primeros, tampoco iban a la zaga los segundos en cuanto a su número, en unos tiempos en los que, aún primando el trabajo y estar considerado como castigo bíblico, se realizaba como algo natural, e inherente al hombre, empleándose en él con alegría de sentirse útiles, realizados y satisfechos por el deber cumplido a conciencia. Estas circunstancias ayudaban a suavizar y mitigar la indudable fatiga, generada en su desarrollo.

En la década de los cuarenta, los cincuenta y, seguramente, algo después, el niño tomaba parte activa en los trabajos del campo, ayudando a sus familiares. En muchas ocasiones este trabajo se convertía en un agradable pasatiempo, -por ejemplo en la tarea de la escarda, sobre todo si la cuadrilla de escardadores estaba formada exclusivamente por chavales-. En los más fatigados y duros quehaceres del campo -recoger "olivas" y segar-, el niño los llevaba a cabo con la alegría de sentirse provechoso, cooperando con su trabajo al mayor bienestar de la casa, notándose, casi hombre, que gana el pan con el sudor de su frente.

El juego también se realizaba a conciencia, aprovechando al máximo los momentos que el trabajo dejaba libres para la actividad lúdica, dedicándose a ellos en cuerpo y alma sin ninguna clase de complejos, con toda espontaneidad, y a plena satisfacción.

La “Declaración de los Derechos del Niño”, y, más que nada, las nuevas técnicas de trabajo, la introducción de la maquinaria en el campo y toda la serie de progresos en los sistemas de producción, logrados en los últimos tiempos, han hecho que el trabajo infantil, afortunadamente, haya sido desterrado de nuestros pueblos -¡ojalá lo sea pronto en todos los países del mundo, y todos los niños de la Tierra, tengan tiempo suficiente para dedicarse a tareas propias de su edad!. En cuanto al juego, los derechos del niño llegaron, como en tantos otros aspectos de la vida, a sancionar y ratificar, por ley, un logro, que ya era “norma y costumbre”, ganado a pulso, desde varias generaciones anteriores: “el derecho sagrado e irrenunciable del niño a gozar y a disfrutar del juego”.

LAS FIESTAS PAGANAS EN PASTRANA EN LOS PRIMEROS AÑOS DEL SIGLO XVII

Aurelio García López

Este breve artículo de las fiestas paganas de Pastrana (comedias y toros) trata de dar a conocer el mundo de las comedias en esta villa en los primeros años del siglo XVII. La documentación que aporéo para este estudio procede de los Protocolos notariales. Únicamente me limito a ofrecer una serie de documentos, no muy excesivo pues prácticamente los documentos son muy similares. Intentando aportar nuevas noticias sobre las fiestas profanas (1) para que pueda ser continuado, en cualquier momento, por otros investigadores. Centrándome en el estudio de las comedias y en los toros.

Las comedias se celebraban en Pastrana únicamente el día del Corpus. Fernández Martín, nos habla en el caso de Valladolid que el rito propio de la fiesta del Corpus era la danza (2).

(1) Para el conocimiento de las representaciones teatrales en la provincia de Guadalajara en los primeros años del siglo XVII, véase Aurelio García López "Representaciones teatrales en la provincia de Guadalajara durante el reinado de Felipe II (1.598-1.621)", en CUADERNOS DE ETNOLOGIA DE GUADALAJARA, 18 (1.991. 2º); pp. 101-111, donde aparece una amplia bibliografía y un buen apéndice documental.

(2) FERNANDEZ MARTIN, S.J.: "Comediantes, esclavos y moriscos en Valladolid. Siglos XVI y XVII". *Estudios y Documentos n.º XLIV*, Valladolid, 1.988; p. 14. Contiene un amplio estudio sobre el mundo de los comediantes y compañías de teatro de Valladolid.

La afición por las comedias era muy intensa en Guadalajara y en el resto de la provincia, aunque únicamente se celebraban en los núcleos de mayor población (3).

Las comedias que se hacían en estos años admitían gran variedad de asuntos. Las compañías que se desplazaban a Pastrana, eran denominadas “de legua” (4), que prácticamente se desplazaban por la totalidad de la geografía española. Las que llegaban a Pastrana solían proceder de Madrid. Sus representaciones eran muy variadas sobre todo era el gangarillo, cambaleo, garancha y farándula (5). En Pastrana las comedias se concertaban para el día del Corpus a través de contratos realizados por el municipio o las cofradías. En 1.613, se hacían elecciones de un mayordomo que se encargaba y obligaba “traer a esta villa una compañía de hacer y Representar la fiesta del Santísimo sacramento” (6).

La fiesta más celebrada durante estos años era el Corpus Christi. Donde se desarrollaba una procesión del Santísimo Sacramento y era procedida de una fiesta popular. Es indudable que, esta fiesta religiosa se acompañaba de su correspondiente fiesta profana, que se integraba por mascaradas, juegos de cañas, y representaciones teatrales que tuvieron un amplio desarrollo a lo largo del siglo XVII.

Estas representaciones teatrales eran pagadas por el concejo por medio de un contrato previo con un intermediario o con el dueño de la compañía de cómicos. Parece ser que las compañías que fueron a Pastrana durante estos años eran contratadas en Madrid. En algunos casos por el propio concejo o por los mayordomos del Santísimo Sacramento. En 1.602, los alcaldes ordinarios del concejo de Pastrana, por medio de un intermediario hacían una carta de obligación para que estos fueran “a la villa de Madrid y a otras partes para concertar músicos y mujeres y vestidos para hacer las comedias que se han de representar el día del corpus” (7).

Cuando la contratación de las comedias era realizada por el mayordomo del Santísimo Sacramento, en este caso, algún miembro de esta cofradía se desplazaba a Madrid a realizar el contrato en persona con el comediante.

El Ayuntamiento de Pastrana contrataba anualmente a varios ministrales que tocaban las chirimía en las festividades religiosas (8).

(3) LAYNA SERRANO, F.: Historia de Guadalajara y sus Mendozas en los siglos XV y XVI, Tomo III, págs. 151 y 443.

(4) SALAS, Horacio: Historia Informal de España. La España Barroca. Madrid, 1.978, P. 131.

(5) *Ibíd.*

(6) P.N.P. (Protocolos Notariales de Pastrana), e.p. Francisco Morillejo, 13 de Noviembre 1.613.

(7) P.N.P. Sebastián Cano, 12 de Marzo 1.602.

(8) A.M.P., Libro de Actas del Concejo, 12 de Septiembre 1.609.

En la representación de las comedias de 1610, el concejo de Pastrana gastaba en música y adorno de los vestidos para las comedias la cantidad de 500 reales (9).

En estos años las comedias se representaban el jueves y viernes de la festividad del Corpus. Estos días se solían hacer cuatro comedias. Aunque en algunos casos, se representaban tres comedias y un auto. Caso que ocurrió en 1.616, donde “se han de representar tres comedias y un auto jueves y viernes” (10), en cada comedia se hacía un entremés y dos bailes con música, que estaba integrado por cuatro personas “voces”, en general eran comedias con bailarines, entremeses y música.

En líneas generales, el costo del espectáculo, según palabras de Bartolomé Bennassar (11) era muy elevado y se recurría a los bienes de propios de la villa. En 1.602, las comedias alcanzaban el valor de 100 ducados. Precio que se fue elevando. Ya en 1.616, se pagaba al comediante “tres reales por rraçon de cada persona y posada y camas” además de “tres carros y dos mulas de silla” para el desplazamiento de la compañía de Madrid a Pastrana, pagándose una suma total de 235 ducados (12).

El acontecimiento pagano más celebrado era la fiesta de los toros. Pero realmente qué conocemos de esta fiesta. Parece ser, que se realizaban corridas a plaza cerrada en la plaza del mercado, donde sabemos que existían unos toriles para guardar los toros, en una especie de jaula de madera que se hacía en medio de la plaza. En otras ocasiones los toros eran corridos por las calles del pueblo. Es curioso señalar que cualquier festividad se aprovechaba para traer toros a la villa. Disponemos de documentación donde en festividades como el Corpus, San Agustín, San Roque, San Juan se traía toros a la villa para celebrar estas fiestas. En 1.604, los mayordomos de la fiesta de San Roque, pagaban la cantidad de 4.000 maravedís a un vecino de Valdemoro que debía de traer dos toros a Pastrana “que a de traer y encerrar en la plaza de esta villa” (13).

En 1.616, el 3 de Octubre, se traían a Pastrana cinco toros “los cuales se han de correr y hacer fiesta” (14). Posiblemente los toros no fueran toreados, sino mas bien lidiados, y para darles muerte se emplea la garrocha (15). Es importante señalar la brutalidad que se producía en estas corridas con los toros.

(9) A.M.P., Actas del Concejo, 28 de Marzo 1.610, F. 16r.

(10) P.N.P. e.p. Andrés Escolar, 15 de Octubre de 1.616.

(11) BENNASSAR, Bartolome. Valladolid en el siglo de Oro. Una ciudad de Castilla y su entorno agrario en el siglo XVI. Valladolid, 1.983;p. 145 y siguientes. Nos dice que en Valladolid la mayoría de las fiestas se hacían a “expensas de la villa” pagadas con los bienes de propios, e incluso desde 1.561 para la celebración de fiestas se tenía que recurrir por parte del concejo a pedir prestamos para poder pagar el costo de las fiestas.

(12) P.N.P. Andres Escolar, 15 de Octubre 1.616.

(13) P.N.P. Andres Escolar, 28 de Julio 1.604, f. 196v a 197v.

(14) Ibidem, 22 de Septiembre 1.616.

(15) CHACON JIMENEZ, Francisco: Murcia en la centuria del quinientos. Murcia, 1.979; p. 436.

La visita de los duques de Pastrana a esta villa se acompañaba de una fiesta de toros con de una banda de música. En 1.607, la cuadrilla de la Castellana, proporcionaba “un toro y músicos” para la fiesta que se iba a realizar por motivo de la llegada de los duques a Pastrana (16).

A modo de conclusión, destacar el afán del concejo de Pastrana por celebrar en cualquier momento y por cualquier circunstancia actos públicos para la diversión del pueblo en general, que nos demuestra que estos primeros años del siglo XVII no fueron de penuria económica para esta villa. Se trata, en líneas generales, de una serie de alegrías, en las cuales se intenta contentar al pueblo por medio de la fiesta de los toros (17).

Pero las diversiones eran pagadas por el pueblo, que veía sus impuestos como aumentaban de forma progresiva, para poder costearse estas diversiones. Incluso en muchos casos, dinero procedente de los propios de la villa, que podía ser destinado a la reparación y cuidado de las calles de la población, eran desviados a la diversión del pueblo. Caso curioso del que hace referencia el hispanista francés B. Bennassar, llegando en muchos casos los concejos a pedir prestamos para la celebración de estas fiestas. Señalar por último, que tras las fiestas de toros en muchos casos se comía la carne de las bestias, lo que suponía en aquella época para estas personas tan sufridas una cierta celebración.

DOCUMENTOS.

1

1.604, julio 28. Pastrana

Jerónimo García y Francisco Ruíz, mayordomos de la fiesta de San Roque, vecinos de Pastrana, se obligan mancomunamente para pagar a Esteban Jimenez, vecino de Valdemoro, dos toros que ha de traer para la celebración de la fiesta de San Roque en la Villa de Pastrana.

A.P.N., e.p. Andrés Escolar, año 1.604, fol. 196 v a 197 v.

Sean quantos esta carta de obligacion bieren como nos Jeronimo Garcia y Francisco Ruíz / vecinos desta villa de Pastrana y mayordomos de las / fiestas que se han de hacer en esta villa para / la fiesta de San Roque deste presente año. Otorgamos / y concedemos juntos y de mancomunidad y a / boz de uno y cada unos de nos por si y en / por el todo ynsolidum rrenunciando como / renunciamos las leyes del duobus reis de

(16) P.N.P. Miguel Bermejo, 16 de Diciembre 1.607, f. 79v.

(17) CHACON JIMENEZ...Op. cit. p. 435. Este autor nos dice “era participación y regocijo general se argumenta también como algo necesario a dar al pueblo en los momentos duros, por malas cosechas, de tristeza, para así levantar y alegrarlo mediante los toros”.

vendido / y la autentica presenta y / de todas las demas de la mancomunidad en ellos se requiere / que nos obligamos de pagar / a Estevan Ximenez Correa vezino de Val / demoro y al mesmo señor y a qualesquier / y a quien el poder de su magestad y suso obiere / es a saver y a sus tesoreros en su corte es a saver / beynte y quatro myll maravedis, los quales / hemos de pagar por dos toros que para / la dicha fiesta el dicho Esteban Ximenez a de traer y encerrar en la plaza desta villa y çien / to y çinquenta rreales de la cabestraxe / y a de traer el toro que se solto en esta villa / la fiesta de San Juan y dallo encerrado / como dicho es y si acaso el dicho toro no pareciere / ni estubiere para de ser traydos a esta villa y encerrados / a treçe de agosto en el termino desta villa y otro dia / siguiente por la mañana encerrados en el / toril desta villa todo a costa del dicho Esteban / Ximenez, y de los dichos toros siendo nes / çesarios damos desde luego por con / tentos y entregados nuestra voluntad / y en rracon de la entrega de que presente no / pareçe rrenunciamos las leyes que en esta rrazon / hablan como en ellas se contiene y es / plaço a que los pagaremos para quinze dias / an dados del mes de octubre deste año / de myll y seisiçientos y quatro mes de octubre deste año / de myll y seiscientos y quatro juntos / y en un pago puestos y pagados en la / dicha villa de Valdemoro o en el Escorial a nuestra costa y en su de / fecto pagaremos de salario a la persona que a la / cobrança viniere quinientos maravedis por cada / un dia de los que en ellos ocupare así de la / venida como destada y buelta y por ello / como por el principal podamos ser execu / tados con el juramento... (continúa carta de obligación)

Otorgada ante el exscrivano publico e testigos / en la villa de Pastrana a veynte y ocho / dias del mes de Jullio de mill y seisiçientos / y quatro años, testigos Miguel Garcia y Dionisio / Caro y Miguel de Moya vecinos desta villa / e yo el escribano que doy fee conozco lo firmaron y por el que no un testigo a su ruego.

Rubrica Francisco Ruiz, Jeronimo Garcia, Miguel Garcia Paso ante mi Andres Escolar.

2

1.607, Diciembre 16. Pastrana

Carta de obligación de la cuadrilla de la castellana en cumplimiento de una cédula del concejo para costear un toro y música por la venida de los duques de Pastrana.

A. P.N.P., e.p. Miguel Bermejo, 1.607, Fol 79 r-v.

En la villa de Pastrana en diez y siete dias del mes de diciembre deste / año de seiscientos y siete se junto la cuadrilla de la Caste / llana en cumplymmiento de / una cedula yncuada por el ayun / tamiento en que manda de juntarse la dicha quadrilla / para que vean con que dinero pue / de la dicha cuadrilla servir para / las fiestas que se an de haçer / en la benida de los señores / duques desta villa no en / vargante que en los años pas / ados la dicha quadrilla avia pro / metido de dar un toro y músicas / para la dicha fiesta / que se tratan de aßer lo / concierten y traten de ma / nera que mas barata les / salga. a los veçinos

desta qua / drilla con cuyo passen / de la costla que podra tener un / toro que la quadrilla e fieles / con que el tal toro que la quadrilla / diere se le a de entregar / a la dicha quadrilla despues / de averse corrido para que le rrepartan entre los veci / nos de la dicha quadrilla para / hacer pago al dueño del / dicho toro.

3

1.613, Noviembre 18. Pastrana

Los mayordomos de la fiesta del Santísimo Sacramento se obligan a traer a Pastrana a la compañía de teatro de Antonio Martínez, vecino de Madrid, para representar las comedias e autos de la fiesta del Corpus de 1.608.

A. P.N.P., e.p. Francisco Morillejo, 1.608, s/f.

En la villa de Pastrana a diez y ocho dias del mes / de Noviembre de mil seisçientos y treçe años / ante mi el escribano publico y testigos aqui contenidos aparecieron presentes de la una parte Juan rriz mi / guel de Corita, andres Escolar y bartolome Cid vecinos desta / villa y mayordomos para la fiesta del Santisimo / sacramento del año que viene de myll seisçientos catorçe e juntos y de mancomun y a voz de uno cada uno / dellos de por sy ye ynsolidun por el todo tenido / y obligado rrenunciando como Renunciamos la ley de duo bux rrex de / bendi yel autentico presente hoc y tadesi de justor / ebus y el / beneficio de l adivisión y excursion de la ley e pistola / del divino Adriano y de mas leyes de la mancomunidad / como en ellas se contiene debajo de la qual / y de la otra Antonio Martinez, vezino de la villa de Madrid y dijeron / que son conbenidos y concertados en esta manera / que el dicho Antonio Martinez se obliga a traer a esta dicha villa una com / pañña a hacer y representar la fiesta del Santisimo sacramento del dicho año de seysçientos catorçe / en la qual an de venir por rrepresentantes el / suso dicho y doña Ysabel de Cordoba su muger y hijas y dos bai / larines , deo hombres y dos mujeres y Alonso de Obiedo y Juan de Guevara, Antonio Reman, Juan de Aranga, Melchor de Villarroel, Juan Bautista de Ahedo y las demás personas que fueren ne / çesarias para representar las quales an de ser a con / tento y satisfacción de los dichos mayordomos o de qualesquiera dellos y la dicha satis / façion a de ser en todo el mes de henero del dicho año y an de rrepresentar tres comedias y un / auto juebes y vierenes las quales dichos mayordomos / le dixeren que represnte para lo quel queda de / termino hasta finde henero des dicho años y se le an de dar / las dichas comedias para le dicho día y sino se le dieren / a de ser las mejores que el dicho Antonio Martinez quisiere / escojer y en cada comedia se a de haçer su entremes / y dos beiles y la musica de quatro voces y se an / de partir para esta villa el dia que feueren avisados / que se partan y para ello se le a de dar al dicho Antonio Martinez tres carros y dos mulas de silla y la costa / dellos hasta el viernes del Santisimo sacramento / de ser por que quenta de la dichos mayordomos que se entiende de tres reales de rracion cada / persona y posada y camas y la buleta a de ser / a costa del dicho Antonio Martinez y demas de esto / se le an de dear y pagar dos mill tresçientos çinquenta / reales y no otra cossa alguna, los quales se le jan de pagar / en esta manera

duçientos Reales luego de contra / tado y ochenta Reales el dia de Pascua y Resurreçion y la resta el viernes siguiente del Santisimo sacramento del dicho año de seisçientos y catorce sopena de execuçión con costas...

4

1.616, Octubre 15. Pastrana.

Carta de poder de varios vecinos de Pastrana otorgada a otros de Madrid, para que contraten un comediante que venga a Pastrana a representar cuatro comedias en la fiesta del Corpus.

A. P.N.P., e.p. Andres Escolar, 1.616, s/f.

Sean quantos esta carta de poder / bieren como nos el Licenciado Juan Ruiz y Antonio Rodriguez y Nicolas Fernandez y Tomas Nuñez / Navarro vecinos desta villa de Pastrana / y mayordomos de las fiestas del Santisimo Sacramento. Juanto y de mancomunidad e a boz de uno y cada uno de nos...y Manuel Muñoz / y Simon Fernandez y Juan López veçinos de la villa de Madrid. a todos siete y cada uno / por si ynsolidun especialmente para / que por nos y en nuestro nombre rreparen / tando nuestra propias personas / nos puedan obligar y obliguen baxo de / la dicha mancomunidad y concertar y conçiertan / con quatro / comedias para que las hagan y rrepresenten / en esta dicha villa los dias del santisimo sacramento y el viernes siguiente del año que viene de mill seisçientos y diez e siete con sus baylarines / y entremeses y musiça neçesarios por el presçio y presçio de maravedis que se pueden conçertar puniendo para ello por la una y otra parte / las condiçiones y capitulaciones que conben / gan haciendo en Raçon de los sus dichas / escripturas de asiento y concierto...

5

1.616, Septiembre 22 Pastrana

Rafael de Málaga, vecino de Sacedón, se obliga a traer cinco toros a Pastrana para correrlos y hacer fiesta con ellos, según las condiciones puestas por los mayordomos de la fiesta.

A.P.N.P., e.p. Andres Escolar, 1.616, s/f.

En la villa de Pastrana a beynte y dos / dias del mes de setiembre de myll seisçientos / y diez y seys años. Ante mi el escribano y testigos aqui contenidos paresçieron presentes / Fabian Perez y Juan Bautista vezinos / desta villa y juntos y de mancomun y a boz de uno y cada uno de nos / ... y de la otra parte Rafael de Malaga vezinos de la villa / de Saçedon y dijeron que son conbenidos / y conçertados en esta manera que el dicho Rafael de Malaga se obliga a encerrar / en la plaça del mercado desta villa / cinco toros el lunes que se contaran tres de octubre / que vieene deste presente año a la mañana, los quales se an de correr y hacer fiesta / el dicho día y a garrocillos matar el / uno a los

que pareçiere a los dichos Fabian / Perez y Juan Bautista y an de ser al contento / Y
satisfaçion suya y abiendo una / buelta cada uno y no contentando / se les a de soltar y no
le an de dar / cosa alguna mas dejan solamente / doçe ducados por su trabajo y cabestraje
/ y siendo a contento la dicha fiesta se le a / de dar y pagar al dicho rrafael de malaga /
quarenta y seis ducados y a quien su poder / oviere se digo que sean de dar y pagar los /
dichos quarenta y seis ducados a Juan Soto / vezino de la villa de Alcazar de San Juan.

ROMERIA DE LA “SANTA CRUZ” A CABANILLAS

Antonio Villalba Plaza

Como es sabido, los albalateños celebramos y veneramos una imagen de la Cruz del siglo XIII, hallada de modo milagroso, a la orilla del río Tajo, un 27 de Septiembre de 1.514, en los campos de Cabanillas, un hecho trascendental en la Historia de la Villa de Albalate. Dos de sus vecinos Juan García Serón y Alonso Valiente, que estaban labrando en aquellos parajes observaron como su perro blanco llamado “Cosula”, escarbaba con extraño afán en un sitio donde unas peñas naturales presentaban grutas y oquedades no muy profundas, al acercarse hallaron una preciosa cruz de metal, adornada de colgantes y piedras. Es suceso, que fue tenido como milagroso, se conoció pronto por toda Castilla, y cundió la fama del hallazgo. Edificaron en aquel sitio los naturales una devota ermita, que recientemente ha sido restaurada, y el mismo emperador Carlos V adoró esta cruz y guardó para sí, con ánimo piadoso, una de aquellas piedras. También adoró la cruz personalmente Felipe III.

El notable monumento es de bronce, lo cual se encubrió, como dicen los autores de la relación, a los plateros que lo examinaron: tiene los remates flordelisados, con placas representando a los Evangelistas, y el crucifijo ostenta corona y ojos de zafirillos incrustados, cubriendo labores incisas, las caras de los mismos brazos, cada uno de los que lleva engarzada al aire una gema de cristal de roca. Del travesaño penden todavía dos cadenitas, rematando cada cual en una cuenta que también parece de cristal de roca. En el centro del reverso la imagen de Jesucristo en actitud de bendecir: los brazos miden de largo 0,465 y de ancho 0,280. Es indudablemente del siglo XIII, y se le puso peana de plata labrada en el XVIII.

Además de la ermita que se construyó en el sitio donde fue hallada, se le hizo otra capilla en la iglesia. La representación de esta cruz se ve todavía en las portadas de algunas casas del pueblo.

Como ya viene siendo tradicional desde el año 1.980, el domingo anterior al día 27 de Septiembre, todos los años se celebra la tradicional romería a Cabanillas con la imagen de la Santa Cruz que había estado 34 años sin celebrarse.

A las 9:30 de la mañana, todos los albalateños oímos tañir las campanas de la parroquia con mayor intensidad que de costumbre convocando a los fieles y romeros ante la iglesia para iniciar las celebraciones. La Cruz recibe un cerrado aplauso cuando aparece en la puerta. Los que pueden forman la procesión a pie hasta la ermita de Cabanillas, donde la Cruz es bajada en andas por fieles devotos, que con júbilo recorre el camino, ese camino que han recorrido nuestros antepasados, y que durante muchos años lo habían dejado, sin saber por qué circunstancias.

Unas cuatrocientas personas arropan la marcha de la Santa Cruz durante la hora y media de andadura. Van rezando, exponiendo peticiones espontáneas, cantando...

Ya próximos a la ermita, la banda de música y los que llegaron en coches salen a recibir el cortejo. Cuando la imagen entra en su ermita, una vez que ha cruzado el umbral de la puerta para posar en su casa, cuántas lágrimas se ven correr todos los años, y no sólo a las mujeres más sentimentales en estos casos, muchos hombres también lloran de emoción.

Una vez en Cabanillas, todos procuran pasarlo lo mejor posible, con armonía y olvidándose de los rencores y momentos amargos que la vida nos depara, y a fe que como si de un milagro de la Santa Cruz se tratara todos los años lo conseguimos.

En seguida tiene lugar la Eucaristía con el recinto abarrotado. Ahora suman bastantes más de cuatrocientos iniciales. Todos ellos pasarán a adorar la Santa Cruz al concluir la Misa. Allí mismo, en la ribera del Tajo para disfrutar de la comida campestre en gran fraternidad; todos preparan las lumbres para calentar la comida, se puede comer de todos los sitios paella, sardinas, patatas con carne o conejo, chuletas de otro corro, tortillas, chorizos, etc., los menús son de lo más exótico, y de vino no hablemos, las botas corren de mano en mano reflejándose así el dicho de "entre el pastor y el garrote no paraba el botillo".

Después de la comida favorecidos por el buen tiempo, hay juegos populares, tirar de la maroma, los bolos alcarreños, carreras de sacos para grandes y pequeños, al baile del huevo, y simultáneamente la música hace las delicias de los allí presentes, con "congas", "raspas" y pasodobles "pa qué contar".

A las seis de la tarde se emprende el regreso al pueblo en vehículos; y Cabanillas queda triste y alegre, triste porque el día se hace corto y se goza junto al río Tajo, y alegre porque nada más falta un año para volver a recibirnos con los brazos abiertos.

La Cruz regresa en un remolque adecuado al caso. Las campanas anuncian el regreso al pueblo que queda como dormido. El sacerdote sale hasta la carretera para recibir a la comitiva y subir en procesión hasta la parroquia, donde el sonoro aplauso rubrica la hondura del sentimiento del pueblo. Quienes no pudieron bajar a la ermita hacen ahora la adoración de la Santa Cruz.

Y el pueblo se despierta al son de los pasacalles y bailes, terminando un día inolvidable que se repite todos los años.

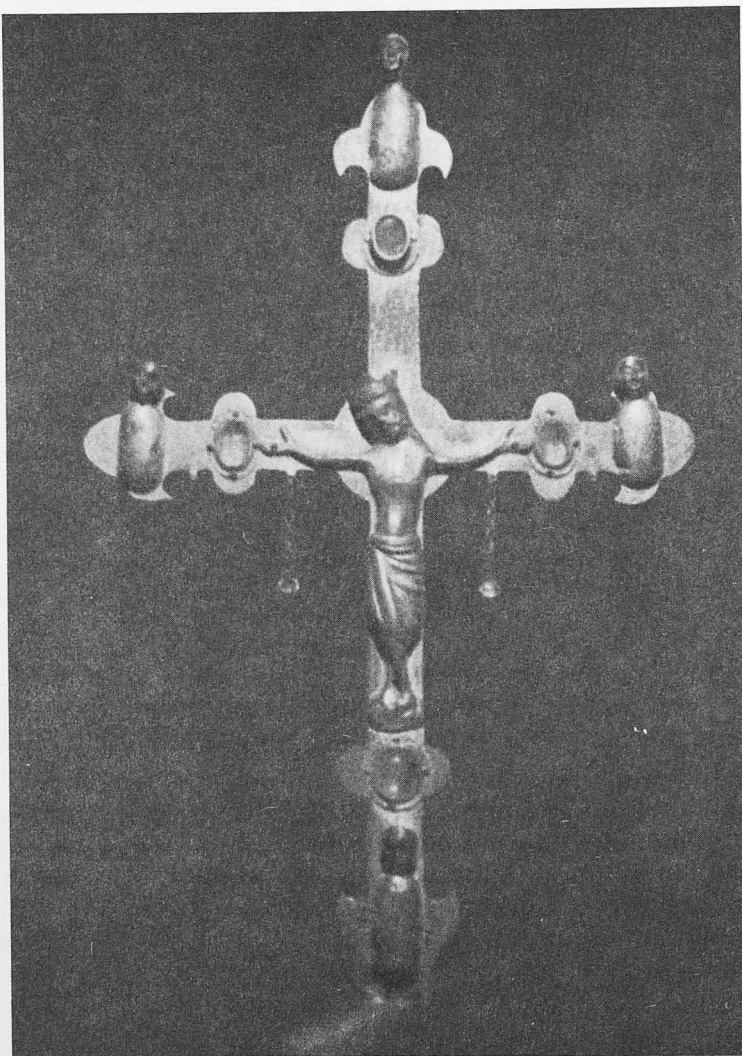
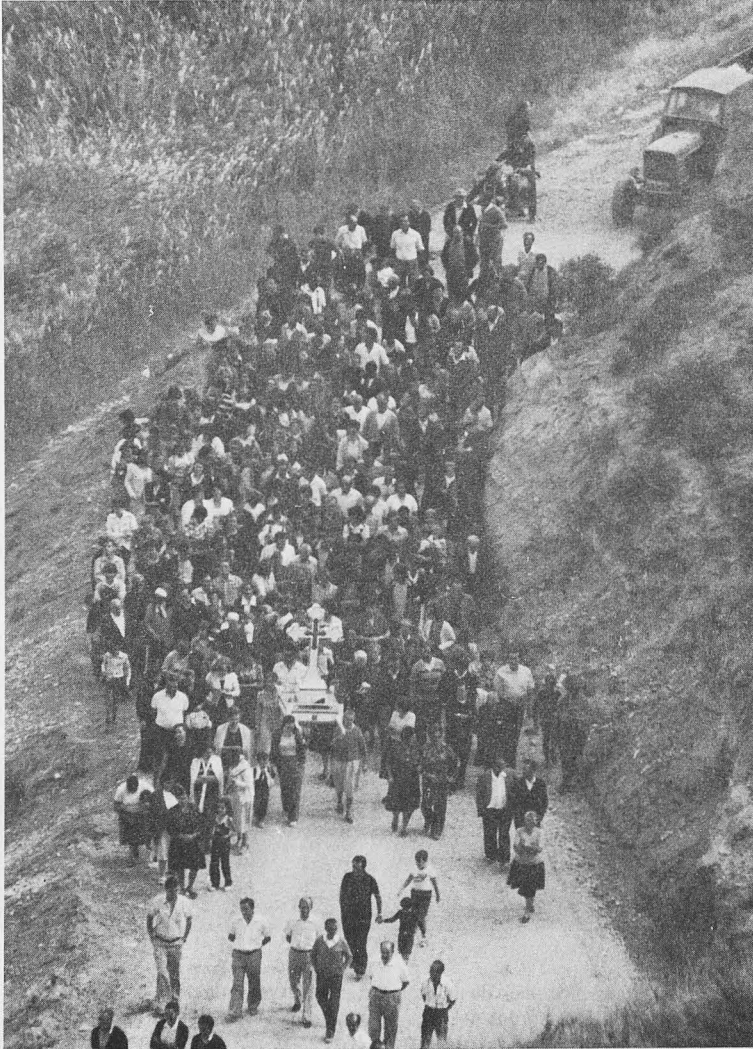


Imagen de la Santa Cruz





Romería en procesión a Cabanillas



Llegada en procesión de la Santa Cruz a la explanada de la ermita. Es recibida, a los acordes del himno nacional.

